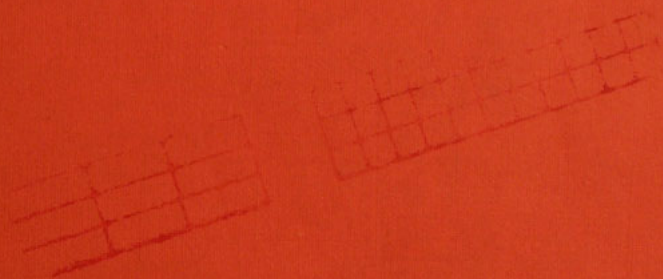


Proposiciones



Nos

al

I N D I C E

APUNTES SOBRE EL SINDICATO PARA EL CHILE DE HOY (Patricio Castro).....	026
SINDICALISMO, POLITICA, PARTIDOS: PRIMER COMENTARIO (Mario Alburquerque).....	027
AUTONOMIA POLITICA Y CULTURA OBRERA: SEGUNDO COMENTARIO (José Bengoa).....	028 ✓
LA JIBARIZACION DE LA CLASE OBRERA (Javier Martínez y Eugenio Tironi).....	029
EL MOVIMIENTO DE POBLADORES: UNA EVALUACION CRITICA (Vicente Espinoza).....	030 ✓
CRITERIOS COMUNES DEL TRABAJO SOCIAL EN POBLACIONES (María Teresa Marshall).....	031
CON LUZ PRENDIDA (Andrea Rodó).....	032
LA REFORMA Y EL MARTILLO (Eduardo Valenzuela).....	033
VIDA Y MUERTE EN EL NUEVO ORDEN, Y GENESIS DE UNA MORAL ALTERNATIVA (Germán Bravo).....	034

APUNTES SOBRE EL SINDICATO PARA EL CHILE DE HOY *

Patricio Castro

* Texto de la charla presentada en la Mesa Redonda sobre la actual situación del sindicalismo en Chile, realizada en SUR en octubre de 1981.

Estos apuntes están divididos en dos grandes partes. Un primer punto se refiere a los tipos de sindicatos que en nuestro juicio existen. Con esto buscamos que quien conozca estas reflexiones compare con la propia experiencia y el sindicato al cual pertenece y saque las conclusiones que correspondan. El segundo gran punto busca delinear gruesamente el tipo de proyecto de sindicato que postulamos. En él encontraremos muchas bases de continuidad del sindicato que en general hemos conocido tradicionalmente, pero, también habrán puntos de quiebre, de superación de esa tradición, sobre todo en aquellas partes donde vemos limitaciones o errores a superar.

Nuestra intención es solamente la de provocar la reflexión, el debate y el aporte para superar la situación en que estamos. En el desarrollo a parecieran posturas críticas y posiciones criticables. Debe entenderse que ambas son realizadas desde dentro del movimiento y no desde la galería. Las proposiciones tienen que ver con un sano esfuerzo por encontrar un camino eficaz para el sindicato en la actual sociedad chilena y dejar de repetir el planteamiento grueso y la propuesta que fue tan valiosa hasta el 73, pero que quedó sepultada allí -en mucho- con los escombros de la sociedad o tipo de Estado que se derrumbó con el golpe de aquel año.

PRIMERA PARTE: LOS MODELOS O TIPOS DE SINDICATOS MAS IMPORTANTES

Cuatro son los tipos de sindicatos fundamentales. Todos tienen un determinado tipo de relación con los patrones, con el Estado y los partidos políticos. En este punto tocaremos solamente 3 de ellos, ya que el cuarto corresponde al que nosotros postulamos y lo desarrollaremos en la segunda parte.

1. El modelo de sindicato reivindicativo puro

En este modelo de sindicato es central el hecho de pretender facilitar la unidad sindical de los trabajadores y de luchar solamente por objetivos inmediatos y los más cercanos intereses de los mismos trabajadores, co-

mo es principalmente el salario.

Lo negativo de este modelo es que no considera la situación de la clase trabajadora en el conjunto de la sociedad y que además ignora los derechos y necesidades de los trabajadores y las masas populares que no están en condiciones de afiliarse sindical y políticamente. Este tipo de sindicato proscribía como negativa y cuasi-delictual la participación política de los trabajadores, aunque muchas veces su dirigencia tiene relaciones de negociación y utilización de sus bases con respecto a determinados sectores políticos o económicos.

Una de las expresiones más acabadas de este sindicalismo la encontramos en la cúpula de la AFL-CIO en Estados Unidos desde la post-guerra en adelante y, hoy día, en algunos personeros sindicales en Chile, habiendo también una cuña -quizás la más extrema- en quienes postulan el sindicalismo oficialista. En el fondo, con un discurso apolítico, reivindicacionista en lo económico, se esconde una postura política sobre todo de sus dirigentes que es de apoyo al autoritarismo y a las relaciones de explotación. Desarrolla un tipo de relación basada en el favor personal, la generación de camarillas de poder y la fácil corrupción.

2. El modelo tradeunionista

En este caso, el sindicato busca superar las limitantes del modelo precedente. Este tipo de sindicato tiene a veces relaciones de equilibrio, o tras de subordinación o bien de dominio con el movimiento político reformista.

Se ha experimentado sobre todo en Inglaterra y tiene su expresión política fundamental en el partido laborista de ese país. Las "trade-unions" -de allí su nombre- buscan tutelar a los trabajadores sobre el plano directamente contractual y, en conjunto, busca darle una salida también política a sus intereses. Como decíamos, de esta manera busca superar los límites del modelo reivindicativo que proscribía la participación política. Pero al mismo tiempo, en la medida que no se plantea el cambio de las bases estructurales del sistema social en el que actúa, lleva consigo la impotencia y la actuación limitada sólo al nivel de reformas dentro del sistema. Obsérvese en todo caso, no sólo el sindicalismo inglés con el laborismo como expresión política sino que también el de Alemania Federal y otros países de Europa Occidental con la Social Democracia como exponente en el plano político.

3. El modelo de la "correa de transmisión"

En este modelo de sindicalismo, la relación entre sindicato y partido político se caracteriza por ser casi siempre de subordinación del sindicato respecto de movimientos revolucionarios o partidos que se proponen un cambio radical de la sociedad burguesa: un término del sistema capitalista.

La matriz de este sindicato es marxista y el más lúcido pensador de ella ha sido Lenin primero y luego Stalin con sus deformaciones burocrático-autoritarias. Este modelo asume como objetivo central la emancipación completa del trabajador luchando globalmente por la superación de la sociedad capi

talista y por tanto privilegia la conciencia y la lucha obrera exclusivamente política.

En la complejidad de las actuales sociedades y en el caso particular de Chile en América Latina, este modelo es de difícil aplicación porque supone una elevada conciencia y homogeneidad política (propia de un partido) de la clase obrera y la presencia de un conjunto de condiciones que hagan posible la realización de este sindicato.

Uno de los grandes problemas o limitaciones de este modelo tiene que ver con el papel que desde fuera del sindicato se le asigna a éste (desde el partido). Este modelo supone a priori que es el partido el portador de la conciencia, del saber, de la visión global de la sociedad. Supone que el obrero a nivel del sindicato es intrínsecamente de conciencia atrasada -sólo reivindicacionista- y por ello el partido, que es el motor pensante y lúcido, debe transmitir a través de sus militantes que actúan en el sindicato lo que debe y no debe hacer la organización sindical (ellos conforman la correa de transmisión). Es el partido el que determina qué luchas se dan y cuáles no; éste mismo, determina quién es representativo y quién no lo es, cuándo debe haber unidad sindical y cuándo no, etc.. Lo anterior es lo que determina el papel de subordinación y dependencia tradicional de la organización respecto de la política.

Podríamos decir que el modelo de la "correa de transmisión" es el polo extremo opuesto al modelo de reivindicación pura (Modelo 1). Quizás buscando superar la limitación fundamental de aquél, ha llevado los requerimientos políticos al extremo de abandonar en los hechos de manera mayoritaria, la lucha por toda reivindicación que no sea de liberación total o superación de la sociedad actual y de los regímenes que la expresan. De la misma manera, este modelo comete el error de suponerle homogeneidad a una organización que reúne a los trabajadores por su condición de trabajadores y no por afinidad ideológica o política, como ocurre con las personas que conforman tal o cual partido. En la medida que muchas veces esta suposición no es real, entonces, en vez de corregir el supuesto, se aplica de manera sectaria la transmisión de órdenes y se excluye a todo aquel que no se enmarque en la postura del partido. De la misma manera se divide cuando es necesario para el interés del partido (por ejemplo la CTCH en la década del 40) y se une también cuando es necesario para el mismo partido.

Así las cosas, la suerte del sindicato está determinada básicamente fuera de él. Para hacerla aparecer desde dentro, está el conjunto de militantes -del partido y no del sindicato- que conforman la correa de transmisión hacia el sindicato. Están también, diversas formas de manipulación (entre otras el crioello muñequero), de maniobras, descalificaciones, tergiversaciones, etc. etc.. En todo caso, no es a los partidos políticos marxistas y a los sindicatos afines a quienes se les puede catalogar de exponentes exclusivos de este modelo de sindicalismo. Sobre todo en el caso chileno, hay sectores que exponiendo un discurso democrático y de crítica a este modelo, en la práctica aplican el mismo tipo de relación entre la organización política y la sindical, pero en la perspectiva de sostén del sistema y régimen actual.

Evaluando esquemáticamente este punto podemos decir que:

El problema de las relaciones entre sindicato y esfera política está presente en todas las experiencias y modelos sindicales, aunque ellos, programáticamente o de manera formal, no lo asuman.

En la historia secular del sindicato, aparece vivo, recurrente y cambiante el dilema de la autonomía del sindicato de una parte y la necesidad de una dimensión política de la otra parte.

La experiencia enseña que los resultados más concretos y avanzados han sido conseguidos por los movimientos sindicales que tienen fuerte autonomía, verdadera capacidad de interpretación de las exigencias efectivas de los trabajadores y también de evitar los peligros del tacticismo político o bien de la acción corporativa y particularista. Lo anterior también se da cuando subsisten las condiciones objetivas para considerar aceptable una ligazón del sindicato con el partido. En este caso, es común y muy necesario, un buen grado de autonomía del primero (el sindicato) en la confrontación con el segundo (el partido), porque la vivencia y el método sindical contienen elementos de ductibilidad, de flexibilidad, de practicabilidad y de experiencia que no se pueden dar por descontados por parte del partido.

SEGUNDA PARTE: NUESTRO MODELO DE SINDICATO: UN SINDICATO DE CLASE, DE MASAS POLITIZADAS Y AUTONOMO

a) Alcances previos

Partimos de la base que el sindicalismo clasista chileno, habiendo logrado múltiples cualidades, adoleció al mismo tiempo de muchas limitaciones.

Una primera limitación que anotamos tiene que ver con lo restringido de la participación de las bases sindicales en la vida cotidiana de él y en su línea de dirección. Otra tiene relación con la débil estructuración interna. En efecto,, la mayoría de los sindicatos se han caracterizado por tener la directiva arriba -a la que equivocadamente se le denomina "el sindicato"- y hacia abajo, la asamblea casi sin estructura. En la mayoría de los sindicatos, en el mejor de los casos existe la directiva y la comisión revisora de cuentas, pero casi ninguna otra que permita canalizar las inquietudes de las bases sindicales.

Una tercera limitación se refiere a la vida del sindicato que ha sido de tipo esporádica, es decir, el sindicato funciona por momentos durante cada año y después de cada momento ocurre como si no existiera. En lo fundamental actúa cuando se realiza la noegociación colectiva y no en todos los casos con participación de las bases. Un segundo momento es para el aniversario, otro es cuando hay elecciones de dirigentes; cuando se sale a vacaciones y en determinados casos para el primero de mayo. Si sumamos lo anterior, no alcanzamos más allá de 3 a 4 meses de funcionamiento regular.

Sin embargo, esto no quiere decir que al interior de las empresas o secciones de ella no exista vida o relación entre los trabajadores. Lo que pasa es que las inquietudes que están más allá de lo económico, se canalizan a través de organismos que no tienen nada que ver con el sindicato actual.

Así ocurre con los deportes, donde muchas veces los clubes deportivos fabi les son manejados -inclusive- por el propio jefe de personal de la empresa, utilizando así, el deporte como actividad neutralizadora del quehacer del sin dicato. Lo mismo ocurre con quienes se inquietan por el problema de la vivien da, para lo cual se organizan algunas cooperativas que casi no tienen rela- ción con el sindicato; y así suma y sigue: con el problema del consumo de al- imentos, para lo cual se crean economatos; en la cultura, en los problemas sociales, etc., etc.. En algunos sindicatos -sobre todo en los más grandes- se asumen estos aspectos, pero ellos no son más que las excepciones que con- firman la regla general.

Esta situación es la que ha llevado al sindicato chileno a carcateri zarse como un sindicato economicista. Se ha ido estrechando su ámbito de ac- ción solamente al económico -a la reivindicación fundamental del sueldo o sa- lario- dejando fuera de la actividad y responsabilidad muchas de las dimen- siones de vida del trabajador (en cuanto padre de familia, deportista, veci- no, etc.). En esta misma medida, se ha ido despolitizando (más allá de los deseos) y bajando objetivamente el nivel de conciencia y la voluntad masiva de cambio social, de cambio de las estructuras de la sociedad chilena. Arras tramos la enorme contradicción entre la necesidad de una efectiva conciencia política de la clase trabajadora y la enorme ideologización del discurso, confundido con propuesta política. La ideologización extrema ha sido una de las deformaciones más grandes que han limitado la politización real de las masas trabajadoras. En nuestra opinión, este problema se ha agravado en los últimos años acentuando el divorcio entre el movimiento sindical -en su am- plia acepción- y el movimiento político, dejando al primero en su tradicio- nal dimensión económica y sobre todo, haciendo que en 8 años de este Gobier- no, no logremos movilizar masivamente a los trabajadores por el cambio.

b) ¿Por qué cosas estamos?

Si postulamos la participación política de los trabajadores y sus sin dicatos, y si pensamos que nuestra lucha política es por la democratización de Chile, por la participación del pueblo en los destinos del país, por el cambio de la sociedad capitalista, es imprescindible que ello vaya expresán- dose primero que nada al interior de las organizaciones del pueblo; y, en el caso de quienes estamos en el movimiento sindical, seamos nosotros mismos quienes impulsemos la participación real de las bases sindicales y la demo- cratización de nuestras organizaciones en todos los niveles. Estamos por lo tanto, por un sindicato participativo y democrático que permita efectivamente que las bases vayan asumiendo paulatinamente tareas y responsabilidades di- rectas y permanentes, que al mismo tiempo los vayan preparando como dirigen- tes y sujetos de la suerte de su organización.

Hay que buscar las formas que hagan al sindicato tener una vida perma- nente durante los 12 meses del año, rompiendo así con el funcionamiento espo- rádico. Que su quehacer no esté concentrado sólo en 3 ó 4 tareas, sino que se amplíe el campo de acción sindical. Tenemos que superar la tradición reivin- dicationista pero partiendo de la reivindicación real por las cuestiones fun- damentales y asumiendo al hombre trabajador en todas sus dimensiones: en cuan to persona humana y por tanto también, como sujeto social y político, como pa- dre de familia, como deportista, como artista, etc., etc..

Necesitamos un sindicato abierto, una organización integrada a la sociedad en su conjunto; integrada a la comunidad y no encerrada en las cuatro paredes de la empresa. Postulamos un sindicato que integre a la familia del trabajador a las diversas actividades, especialmente a las esposas y mu jeres y en este caso, no como apoyo o vagón de cola solamente, sino como par tes iguales; con todos los deberes y derechos inherentes a ello; con todas las tensiones que implique en un primer momento pero, al mismo tiempo, con todo lo positivo que puede ser para adelante.

Es obvio que la generación y desarrollo de este tipo de sindicato tiene un conjunto de desaffos e interrogantes, es claro que su realización es mucho más difícil. Este sindicato rompe en la práctica con buena parte de las tradicionales limitaciones. Es claro que también conserva y desarrolla muchas de las mejores tradiciones y cualidades de nuestro sindicalismo histórico. Parte de lo alcanzado en la historia de nuestro movimiento, pero no se queda en ella ni en la mitología desarrollada sobre él. La asume autocríticamente y también valoriza todo lo que hemos sido y lo que hemos alcanzado a reconstruir en estos últimos 8 años.

Tenemos exigencias y dificultades en todas las actividades del sindicato. Veamos dos ejemplos: respecto de la negociación colectiva aparecen preguntas tales como; ¿cómo prepararla con anticipación y participación de las bases?; ¿cómo impedir la acumulación de stocks?; ¿cómo organizar nuevas formas de presión y lucha?; ¿cómo lograr que la negociación no sea meramente una cuestión técnica?; ¿cómo aprovechar el aporte técnico sin que en la práctica se traslade la responsabilidad a los asesores? En el trabajo anual: ¿cómo trabajar con un plan o programa para los 12 meses que permita evaluar objetivamente a dirigentes y bases?; ¿cómo trabajar y participar en el sindicato dejando de lado las veleidades, los caudillismos, personalismos y camarillas que sólo alejan e imposibilitan el aporte de tanta gente leal y valiosa?.

c) Sobre la estructura del sindicato de base (primer grado)

Para poder participar y canalizar las inquietudes, para organizar la participación democrática, no basta con el discurso; con decir a terceros lo que deben hacer. Entre otras cosas es necesario desarrollar una estructura sindical que desde el sindicato base, hasta la federación, confederación o grupo nacional, canalice esta participación democráticamente.

Para lo anterior, expondremos lo que en nuestro juicio deberían ser algunos de los comités o comisiones permanentes del sindicato. Es necesario entender que éstas son especies de metas a las que hay que llegar poco a poco. En ningún caso se puede pretender comenzar con todo; por otro lado, tampoco es necesario tener grandes comités o comisiones; en algunos podrá comenzarse con dos personas, en otros con el que sea el responsable de conformarlo, así como en otros posiblemente habrá participación mayor desde el inicio.

Los comités o comisiones que exponemos a continuación no están en orden de prioridades; en cada sindicato, zona o federación puede naturalmente comenzarse de acuerdo a lo que la propia realidad indique.

Comité o Comisión de Difusión

Debe tener a su cargo la información permanente a los trabajadores sobre el acontecer interno y externo del sindicato. Debe publicar el diario mural o boletín que contenga noticias y análisis de lo que pasa en el país, en el sector productivo o en la zona geográfica donde esté ubicado. Debe promover la publicación de un periódico u otro medio de prensa obrera en general, tanto en la rama de producción como en la comunidad popular que circunda a la empresa a que pertenezca el sindicato.

Comisión, Departamento o Comité de Formación o Capacitación

Esta actividad es una de las importantes del sindicato que proponemos: es la que va formando a bases y dirigentes coherentes con la línea de la organización. La formación o capacitación debe ser acorde con el proyecto o línea que se haya dado el sindicato.

Por otro lado tenemos que el cambio estructural ocurrido en Chile debido al accionar del Gobierno, dejó obsoletas muchas de las capacidades y la formación que habíamos desarrollado en el marco de un Estado y modelo económico distintos a los actuales. Ambas cuestiones inciden directamente en el sindicalismo de hoy. Por lo mismo es necesario asumir con voluntad la recapacitación de bases y dirigentes. Tenemos que capacitar y formar para conocer las leyes que nos han impuesto y en este caso, no para someternos sino que para conocer bien los medios o instrumentos legales de los que se valen los patrones y sobre esa base ir encontrando las formas de superarlas. Pero no sólo se trata de capacitar en el terreno anterior; también tenemos que formar al trabajador en el plano social, en lo político, en lo cultural, etc.. Se debe partir de lo modesto a lo superior, de lo puntual o primario a lo general o global.

Comité de Relaciones

Debe tener a su cargo los contactos, conversaciones y relaciones con otros sindicatos, con la o las federaciones o bien, con otro tipo de organizaciones populares tales como las de pobladores, estudiantiles, etc.. Debe coordinar al sindicato con aquellas organizaciones sobre todo cuando el conflicto permanente entre trabajador y empresario o Estado aumenta y se hace más frontal.

Comité o Comisión de Cultura

Tiene a su cargo la canalización y promoción de la cultura y creación popular en particular y también, del arte y cultura general. El teatro, la música, la novela y poesía popular entre otras manifestaciones, deben ser el campo de acción de este comité de tal manera que proyecte y refleje la capacidad de creación del trabajador, recreándola y elevándola paulatinamente.

Comité, Comisión o Club de Deportes

El deporte es una de las actividades que moviliza y se practica más a nivel de los trabajadores. La promoción y práctica no tenemos por qué dejarla a la parte patronal, al CANADELA o DIGEDER. Es posible y necesario que

el sindicato promueva la práctica de todos los deportes. Con preferencia aquellos que permitan la participación colectiva y de equipo tales como el fútbol, baby, básquetbol, etc.. También debemos considerar que hay muchas experiencias individuales (personales) y de grupos de trabajadores que a través del deporte han ido elevando la conciencia y organización y han adoptado posteriormente posturas clasistas en su sindicato y en la sociedad.

Comité o Comisión de Solidaridad con los Conflictos

La solidaridad manifestada entre uno y otro sector del pueblo y entre trabajadores ha sido una de las expresiones más ricas y extendidas de la tradicional generosidad y solidaridad en los sindicatos y otras organizaciones desde hace muchos años. Ella constituye uno de los hechos o experiencias más valiosas logradas también en estos años y es por lo mismo que creemos necesario expresarla en el plano de la estructura orgánica del sindicato. Este comité puede constituirse solo o integrado a otro, como podría ser el de relaciones. Lo importante es hacer de la solidaridad una actividad permanente, activa, que exprese un sentir y el desarrollo de un sindicalismo renovado, con revalorización de las mejores tradiciones sindicales.

Comité o Comisión Vivienda

En este sentido se trata de que al igual que en otros quehaceres de los trabajadores, el sindicato asuma en su interior el problema de la vivienda. Que no esté fuera, como ha sido tradicionalmente en la generalidad de los casos. Se trata de que el sindicato, junto con las organizaciones de pobladores y otros sectores, reivindique el derecho a la vivienda digna ante el Estado y a quién corresponda; pero que no se quede allí, sino que también vaya gestando y desarrollando una capacidad propia, autónoma del Estado en lo que se refiere a este y otros problemas de fondo del pueblo trabajador; y que, de la misma manera, vaya adelantando y generando su propia capacidad de autogobierno y de desarrollo de una sociedad nueva. Creemos que las cooperativas son aún una de las mejores herramientas para lograrlo y ellas no tienen por qué estar fuera del sindicato.

Comité o Comisión de Bienestar Social

Debe asumir los problemas sociales de los trabajadores que están más allá de los anteriores y ayudar en una tarea que muchas veces impide el aporte del hombre, la mujer y la familia en su organización tales como las relaciones familiares, entre padres e hijos, etc.. También debe ocuparse de la higiene y la salud de cada trabajador y su familia. Los servicios de salud a nivel de federaciones son posibles de impulsar, sobre todo hoy día, cuando el Estado lo privatiza todo, cuando de cada necesidad social quiere hacer un negocio rentable, es más necesario y posible integrar dentro de la organización la capacidad de resguardo de la salud.

Los anteriores son algunas de las actividades que a nuestro juicio puede y debe asumir el nuevo sindicato. Existen muchas otras, pero, así como sus formas de desarrollo, deben ser los propios trabajadores y sus sindicatos los que tienen que ir encontrándolas. Estamos seguros que de ésta y otras maneras, el trabajador común revalorizará su organización, verá que ella tiene mucho que aportarle, que es eficaz y le entrega un aporte más allá de lo di-

ficultoso que puede ser el aspecto económico. Pensamos que así podremos impedir también los intentos de destrucción del movimiento sindical que a día rio nos golpean a través de la legalidad laboral imperante.

Pero lo cierto es que de lograr estas metas en el sindicato de base, habremos avanzado bastante pero aún no romperemos en la práctica con la atomización, el aislamiento y la marginalidad en que nos quieren dejar. Por lo mismo es necesario y posible organizarse en federaciones, confederaciones y grupos nacionales o centrales sindicales. Necesitamos una estructura y superestructura nacionales. No debemos confundir el estilo de reconstrucción sindical desde la base con el basismo (quedarse sólo en la base) que le hace el juego y es funcional al estado actual de las cosas. No debemos confundir los problemas y limitaciones de hoy que existen en estructuras y superestructuras con la vigencia y necesidad de ellas ya que otro de los mejores valores y tradiciones del sindicalismo chileno fue precisamente su carácter nacional. Para negociar el aspecto económico o cualquier lucha es necesaria una propuesta y estructura nacional. Tenemos que articular lo simple a lo complejo, la lucha por el mejor sueldo con otros problemas y ello sólo es posible con una estructura federacional y confederal, es decir, con una estructura y superestructura nacional eficaz y representativa. Por lo anterior, tocaremos esquemáticamente el problema de la estructura que en nuestro juicio cabe desarrollar a este nivel.

d) Sobre la estructura de segundo grado (Federación o Confederación)

La forma de organización vertical (por rama de producción) ha sido históricamente la manera más conocida -y casi única- de desarrollar las federaciones. La Federación por rama de producción aún no ha sido superada en ninguna parte del mundo para desarrollar de manera articulada la lucha sindical a nivel local y nacional en los sectores productivos a los que pertenezcan los trabajadores. Tanto en los países más avanzados como en Chile -con mayor razón- se ha venido revalorizando una de las mejores estructuras alcanzadas y en ese sentido pensamos que, asumiéndola, tenemos que ponerla al día, adecuarla al Chile actual. Por ello debemos esforzarnos por federar a los trabajadores que están en los núcleos de empresas o actividades económicas "coherentes" con el actual modelo en aplicación.

Ahora bien, en el plano del sector económico (federación por rama) tenemos que combinar la posibilidad de federar nacionalmente con la federación por región o provincia. Sin embargo, es claro que no podemos pedirle a la federación por rama más de lo que puede dar. Hay un conjunto de aspectos a asumir en el tipo de sindicato que proponemos que recomiendan la necesidad de federarse también de manera territorial, por sector geográfico.

Proponemos el impulso de la federación geográfica o territorial que cohesione orgánicamente a los sindicatos basándose en la pertenencia a un sector o zona geográfica aunque sean de distinto sector productivo o económico. Se trata de que, a diferencia de la cohesión lograda por pertenencia o identidad a partir de una rama de producción, se cohesione e identifique también a partir del territorio donde se ubica el sindicato.

Este tipo de federación es complementaria y no contradictoria o paralela a la de rama de producción. Sólo un punto de vista sectario puede cues-

tionar esta forma y concebirla como contrapuesta. De la misma manera, quienes logran federar territorialmente no pueden caer en "chauvinismos territorialistas" y levantarse como portadores de la "nueva verdad" contraponiéndose en los hechos también a la federación por rama. Es necesario superar las posturas absolutas -de blanco o negro-, complementar diversas formas de organización y así avanzar en la estructura sindical general que dé cuenta de las exigencias del Chile de término de siglo.

Las experiencias más avanzadas del sindicalismo internacional de nuestros días, tanto en los países desarrollados de occidente como también en los países socialistas, contemplan estas dos formas de federación y Chile no es una isla. Estas dos formas no sólo responden a determinados modelos económicos dentro del sistema capitalista; también buscan responder al avance tecnológico, a la era de la computadora, a la complejidad de la civilización actual, a sus instituciones y Estado.

Cada país de acuerdo a su propia realidad, modelo económico o institucional, debe encontrar sus formas particulares. Nuestro movimiento sindical está llamado a encontrar nuevas formas organizativas que no sólo nos permitan salir a nosotros de este momento de derrota, sino que al igual que en el pasado -asumiendo lo mejor de él- aprendamos y aportemos de y a otros movimientos sindicales de América Latina.

La organización territorial de segundo grado (Federación territorial) es una de estas nuevas formas para nosotros. Ya existen algunas experiencias incipientes que demuestran prácticamente su factibilidad. Corrigiendo algunos brotes de un nuevo tipo de dogmatismo, avanzar complementando y renovando creadoramente la estructura y concepción de nuestro sindicalismo.

En este punto de nuestras reflexiones, se nos hace necesario intentar exponer conceptualmente nuestro esbozo de proyecto o modelo de sindicato. A continuación mencionaremos algunos de los valores o conceptos fundamentales que lo expresan e intentaremos explicarlos esquemáticamente. Todos tienen relación entre sí y -obviamente- también con el Estado y el mundo político, y por ello es necesario que hagamos antes algunas consideraciones.

En primer lugar tenemos que considerar que, históricamente, el sindicato es uno de los instrumentos de los trabajadores en su lucha contra quienes los explotan. Por ello, por un lado rechazamos la versión fundamentalmente economicista y por otro, reivindicamos la autonomía del sindicato respecto de los partidos políticos. En todo caso, esto no implica por ningún motivo que el sindicato pretenda reemplazar a los partidos políticos o menos aún, que los rechace. Es necesario enfatizar eso sí, que el sindicato constituye un ámbito específico de participación política en el sentido amplio del concepto.

En segundo lugar, hay que comprender que se ha puesto inevitablemente en crisis la vieja concepción del "sindicalista" y ello ha exigido la creación de un nuevo modo de dirigir y organizar a las masas trabajadoras. Hoy se rechaza el ejercicio de una "autoridad" delegada (solamente) por la organización y se rescata al mismo tiempo el mandato entregado por los trabajadores luego de una selección y elección que se realiza partiendo del lugar de trabajo, es decir, del lugar donde se realiza el primer enfrentamiento de clase.

Los mandatos o delegaciones se deben basar, a nuestro juicio, en las capacidades de los sujetos para constituir puntos de referencia unitarios y expresiones claras de las opciones políticas del sindicato y su proyecto estratégico.

En tercer lugar, en lo que se refiere a la relación partido-sindicato, es necesario tener presente que por la situación de explotación de los trabajadores en el conjunto de la sociedad y que se refleja en cada centro de trabajo, es necesaria la intervención de las instituciones políticas; y en este sentido, el sindicato debe establecer relaciones con los partidos. Es claro que el sindicato se ve obligado a establecer esas relaciones y a asumir iniciativas políticas tendientes a tutelar de un modo más amplio los intereses de los trabajadores. Pero por otra parte, precisamente porque el sindicato tiene funciones diferentes a las de los partidos y porque debe expresar los intereses de trabajadores de diferente orientación ideológica y política, es imprescindible que se mantenga autónomo de los partidos tanto en las orientaciones que asume como en las decisiones a seguir y en los hombres que lo dirigen.

Las realidades señaladas, demuestran una necesaria convergencia entre el ámbito político y el sindical, pero insistimos en la autonomía del sindicato. En rigor deberíamos hablar de autonomía de ambas organizaciones, una respecto de la otra. El sindicato debe presentarse como la organización de todos los trabajadores y puede aglutinar líneas políticas que representen más de un sector de la clase trabajadora. Sin embargo, los partidos políticos se presentan con otro tipo de representación y como decíamos su función es distinta a la del sindicato. Debemos asumir el hecho de que la masa trabajadora no sólo tiene "olfato" político, sino que conciencia y visión políticas. En ningún caso -en lo fundamental- es esa supuesta masa "atrasada"; y por lo mismo, entre vanguardia (partido) y masa sólo hay una diferenciación de funciones, pero no una relación de subordinación de ninguna respecto de la otra. No cabe entonces el monopolio político del partido, sino una real paridad entre las dimensiones de lucha que hemos señalado. Solamente de esta manera es posible asegurar que el sujeto protagónico del cambio sea la clase trabajadora en su conjunto.

Se requiere por lo tanto un movimiento sindical que en primer lugar sea efectivamente democrático y participativo. Concebimos una organización sindical que nos posibilite la vida democrática en su interior, para que desde ella vayamos democratizando y logrando la participación en el país, en el conjunto de la sociedad.

En segundo lugar nos parece que el sindicato debe ser unitario. Una unidad real, extendida, profunda y sobre todo en cuanto trabajadores. Estamos por la unidad por encima de las diferencias ideológicas, políticas o religiosas. Debemos basarnos fundamentalmente en la condición de explotados.

En tercer término estamos por un sindicato de clase y de masas, un sindicato clasista. Postulamos un sindicato que tenga conciencia de clase. Un sindicato conciente de que en cuanto clase trabajadora tenemos intereses irreconciliablemente distintos a los de los patronos y del Estado que a ellos los expresa y con el cual nos dominan. Por lo mismo, como clase debemos luchar por una sociedad distinta a la actual. Proponemos un sindicato con un

proyecto de sociedad global diverso al actual.

En cuarto lugar estamos por un sindicalismo solidario. La solidaridad ha sido uno de los valores más grandes del pueblo trabajador; ello se ha acrecentado, extendido y profundizado con la experiencia de estos años. Debemos contraponer al egoísmo individualista, impulsado desde el Estado, la generosidad del trabajador de tal manera que ésta nos lleve a compartir las luchas de unos con otros. Sobre todo, debemos expresar este concepto de manera práctica en los momentos de conflictos más agudo como las huelgas, los despidos, el desconocimiento de derechos, etc..

En quinto lugar estamos por un sindicato combativo. Pensamos que sólo la capacidad de lucha del trabajador a través de su sindicato, al igual que en el pasado, nos permitirá reconquistar lo perdido y superar la actual situación. La conciliación con los empresarios y el Estado no tiene cabida en nuestro proyecto de sindicato -y no porque no quisiéramos, sino que simplemente porque no es posible; y es por ello que la combatividad es condición esencial para un sindicato clasista, democrático, solidario como el que proponemos.

En sexto lugar, parece indispensable un sindicato politizado. Ante la pretensión de negar la participación política del trabajador, que nos quiere imponer la posibilidad de reivindicar económicamente cada vez con mayores restricciones, nosotros postulamos el derecho a la participación en política del trabajador sindicalizado. Concebimos la política de manera amplia. Pensamos que hacer realidad el tipo de estructura que proponemos en párrafos anteriores, requiere de una adecuada formación cultural y política, requiere de la politización sana del trabajador y por otro lado, implementar los conceptos de democracia, participación, etc., también exige un trabajador altamente politizado y conciente de su papel y suerte como individuo y como parte de su organización. Lo anterior -naturalmente- es politización, pero también la concebimos en el sentido de una relación cristalina y autónoma con las organizaciones políticas.

Por último, en séptimo lugar, proponemos un sindicato autónomo. Creemos que la autonomía del sindicato es esencial para hacer realidad los conceptos anteriores. Quisiéramos explicar sintéticamente cómo la concebimos.

Primero que nada planteamos la autonomía respecto de la clase patronal en general y de cada empresario en particular. Hoy, cuando se pretende artificialmente desconocer -a través de la propaganda y otros medios- los intereses contrapuestos que hay entre trabajador y patrón, cuando se plantea la "colaboración y el sacrificio" porque la empresa sería "una comunidad" cuya suerte dependería de la colaboración y entrega incondicional de los trabajadores y su organización; cuando el martilleo de la propaganda y de los personeros de los patrones y del régimen han logrado una cuña a su favor dentro de algunos sindicatos a través de dirigentes oficialistas (y de la apatía e indiferencia de las bases de los sindicatos oficialistas), es fundamental reafirmar esta primera forma de autonomía en un proyecto sindical.

Segundo, concebimos la autonomía respecto del Estado y todo Gobierno. En efecto, uno de los costos y deformaciones más grandes del antiguo sindicalismo fue

la institucionalización extrema y la subordinación al Estado, a contar de la promulgación del antiguo Código del Trabajo. El sindicalismo chileno fue sometiendo paulatinamente a la institucionalización de un Estado y de sucesivos Gobiernos que no eran de los trabajadores a tal punto que en la década del 70, el sindicato, quizás más que ninguna otra organización popular, estaba atado y subordinado a ese Estado. El pueblo trabajador a través de su sindicato fue uno de los sectores que más respetó y defendió un Estado creado por y para los patrones. Posteriormente, con la instauración y conformación de un nuevo tipo de Estado (que expresa esta vez un bloque de dominación distinto al del pasado), se excluye totalmente, se margina a la clase trabajadora y al pueblo en general. Volvemos así a la exclusión y marginalidad de comienzos de siglo y, en nuestro juicio, no debemos volver a cometer el mismo error de subordinarnos y meternos a un Estado hecho para dominarnos y explotarnos como nunca antes. Debemos sí, luchar y reivindicar el conjunto de derechos que nos atañen pero no atarnos de manos y pies como sucedió en el pasado. Debemos aprovechar la actual situación para corregir y autonomizamos creando -con todas las dificultades que ello implique- nuestra parte de sociedad, basada en el respeto a las personas, en la igualdad, en nuestra cultura, etc..

Pero la autonomía respecto del Estado y los Gobiernos no sólo la planteamos dirigida a las autoridades de este momento. También la proponemos respecto de cualquiera que venga en el futuro. No debe volver a suceder lo que sucedió con el sindicalismo entre el 70 y 73, ni con dirigentes de los trabajadores que pasan a ser ministros del Gobierno (que es lo mismo que criticamos y rechazamos hoy cuando los hombres de confianza de los grupos económicos ocupan ministerios o cargos de confianza en el actual Gobierno). Tampoco podremos -en cuanto sindicato- intentar "amarrarnos" a otro Gobierno, aunque sea popular o de los trabajadores. En cuanto postura o compromiso político de cada uno de nosotros sí, pero en cuanto organización social (que por lo mismo es heterogénea y con diversas posturas políticas en su interior) no será correcto ni posible. El sindicato reivindicará siempre, luchará siempre -en cualquier Estado y Gobierno- por la totalidad de los intereses del pueblo y de los trabajadores. Esa es la diferencia de función con el partido político, y ella es válida hoy y mañana si acaso queremos ser efectivamente consecuentes.

En tercer lugar, proponemos la autonomía respecto de los partidos políticos -de todos, inclusive de los partidos populares-. En rigor, este tipo de autonomía sólo es consecuencia de nuestra autonomía respecto del Estado y los Gobiernos. En nuestro modo de ver, el partido político propone y se plantea sobre todo respecto del Estado y naturalmente debe postular llegar a ser Gobierno. En eso se diferencia de la organización sindical; es aquí donde existe una de las diferencias de función específica y por ello en realidad ambas organizaciones son autónomas respecto de la otra en este terreno. Podrán compartir un proyecto global de sociedad (por ejemplo una sociedad socialista), pero en la búsqueda y el logro de ella, hay responsabilidades distintas y eso nos autonomiza.

Lo anterior debe entenderse en el sentido de que proponemos una dimensión y acción política en el sindicato, y que también postulamos una relación sana y una participación conjunta en el quehacer político con el partido político. Pero creemos en un nuevo tipo de relación. Debemos dejar atrás en la

historia la relación de dependencia y subordinación del sindicato respecto del partido. Las cuestiones que atañen al sindicato en sus más diversos ámbitos y niveles deben resolverse dentro de él y no fuera. Postulamos la participación del partido en el sindicato como educador, proponiendo políticas, convenciendo y convocando, pero en ningún caso imponiéndose u ordenando. No participamos del rechazo a los partidos ni en el movimiento sindical, ni en ningún otro tipo de organización, ni menos en el conjunto de la sociedad o del Estado. Tampoco estamos por la mantención de la misma concepción de partido del pasado, su mismo tipo de relación muchas veces arbitraria y autoritaria. Estamos por crear nuevas y diversas formas de intermediación de las organizaciones populares -en especial del sindicato- en la relación que, nos guste o no, hay que mantener con el Estado y los Gobiernos y los partidos. Estamos por una relación de respeto y de igualdad con el partido basada en la particularidad, naturaleza y responsabilidad de cada uno en el marco de un proyecto de sociedad compartido por ambas organizaciones. Nuestro proyecto de sindicato no niega a los partidos, no es contrapuesto, sólo propone autonomía mutua que permita valorizar el aporte de los partidos y que permita corregir los errores que objetivamente cometimos en el pasado.

En cuarto lugar, postulamos la autonomía del sindicato respecto de todos los credos religiosos, iglesias e instituciones. La situación abierta a contar del 73 ha ido generando verdaderos nuevos intermediarios o mediadores. Las iglesias en general han jugado un gran papel en la defensa del pueblo y los trabajadores. También han surgido un conjunto de instituciones de tipo solidario desde los primeros años y, luego una variedad de centros y organismos muchos de ellos concebidos como apoyos. Sin embargo, por la propia debilidad del mismo movimiento sindical, muchas veces el apoyo se transforma en dirección real y poco a poco de nuevo se va subordinando la organización social a ellas. También ocurre que estos organismos e instituciones, en cuanto realidades y por las condiciones y limitantes que tienen en su accionar, van formándose como cuerpos compactos e identidad de intereses y también con concepciones respecto de qué hacer en el movimiento social -en este caso el sindical- y también en lo político. ¿Estamos frente a otro peligro de subordinación, ya no sólo de los partidos sino que además de estos organismos? . Creemos que el problema de fondo es cómo desarrollar una buena relación sin caer en la dependencia de dirección, de línea, orgánica, etc.. La cuestión no es pretender subordinar a estos organismos e instituciones ni por parte de los partidos ni tampoco por parte de las organizaciones sindicales; tampoco se puede pensar siquiera en la eliminación de ellas. Lo único que cabe es esforzarse por la generación de un fuerte movimiento sindical que no sólo reivindique, sino que posibilite realmente una relación constructiva y autónoma respecto de iglesias, instituciones, etc..

Finalmente quisiéramos reiterar que la intención de estas notas es solamente la de aportar al debate, a la implementación de una experiencia y tipo de sindicalismo que ya está en marcha, más allá de sus contradicciones e incoherencias.

SINDICALISMO, POLITICA, PARTIDOS: PRIMER COMENTARIO

Mario Alburquerque

El trabajo "Apuntes sobre el Sindicato para el Chile de Hoy" contiene proposiciones que llevan a una transformación profunda de la actitud sindical frente a la política. Como se ha discutido tanto, el esquema básico de la politización del sindicalismo hasta el 73 pasaba por la delegación, en los distintos niveles superiores de la organización sindical, de las principales funciones políticas.

Es en este punto central donde se propone un replanteamiento radical al sostenerse la necesidad de un nuevo sindicalismo politizado en la base; y por cierto, de un nuevo sindicato que cumple por sí mismo funciones políticas.

Para que una opción de este tipo tuviese sentido, deben darse las siguientes condiciones:

1. Que de la propia acción del sindicato devengan contradicciones superables sólo en el plano político.

2. Que la organización sindical vea necesario enfrentar por sí misma dichas contradicciones.

Pero, hay en los "Apuntes..." un planteamiento implícito, el que un sindicalismo como el propuesto juegue un rol político en un sentido socialista. Para que esto sea así debería darse una condición más:

3. Que el nivel de homogeneidad político-cultural de los trabajadores parta sobre la base de la transformación global de la sociedad. Esta condición, bastante compleja, dificulta la puesta en práctica de este modelo sindical para el conjunto del movimiento sindical, ya que la realidad actual e histórica es muy distinta a ésta.

En primer lugar, hay que preguntarse cómo se construye la generalidad desde la particularidad de la acción sindical. La propuesta de los "A-

puntos..." es hacerlo de manera horizontal, es decir asumiendo el conjunto de problemas del trabajador como ciudadano y no sólo como productor. Sin embargo, esto no asegura un sentido único de construcción de dicha generalidad, ya que las mismas situaciones son vividas en la base de manera lo suficientemente disímil como para pensar un discurso global homogéneo emergente de la mera actividad del sindicato de base.

El segundo problema, se refiere por tanto a la manera de articular la reivindicación (y la acción) política de la base con la del resto. El supuesto clasista expuesto en los "Apuntes...", refiere no sólo a la reacción espontánea frente al patrón sino que va más allá: a la constitución de un su jeto colectivo. Dicha constitución lleva a preguntarse por el tipo de estructuras superiores que el nuevo sindicato debe generar.

Y ya en el plano del tipo de Movimiento Sindical compatible con un sindicato renovado, politizado en la base, cabe preguntarse por el carácter del discurso de ese movimiento sindical: ¿levanta una reivindicación socialista, o al menos "no-capitalista" respecto a la sociedad? ¿Será capaz de hacer a ese nivel planteamientos "únicos" que permitan hablar de un comportamiento clasista y socialista a la vez? En el fondo, la pregunta es por el ti po de politización que se genera y por el sentido de ella.

Por último, la propuesta parece asumible sobre todo por el sindicato de empresa -especialmente industrial- que por su típico aislamiento está más dispuesto a buscar la movilización de base intersindical para lograr sus fines reivindicativos (sobre todo en el marco de un Plan Laboral que no es satisfactorio como vía para obtenerlos). El problema que se presenta es, si es posible articular este tipo de acción sindical con la de otros sectores beneficiados por el modelo (donde el Plan Laboral no produce efectos tan negativos), o de sindicatos unitariamente más fuertes (cobre, por ejemplo).

El conjunto de estos problemas apunta a señalar una cierta incompatibilidad entre una propuesta socialista y un movimiento sindical que la levanta. Parece, por el contrario, más probable que la alternativa socialista sea la alternativa de un sector del sindicalismo que puede aspirar a ser en el me jor de los casos hegemónica respecto a otras orientaciones y sectores.

Sólo de esta manera además se borra la aparente contradicción que pre sen ta la existencia de un sindicalismo politizado que no aspira a convertirse en Estado, y que por el contrario, sigue manteniéndose autónomo de él aun cuando una alternativa socialista se haga realidad.

De esta manera, la politización sindical no resuelve el problema de la generación de una opción política de orden socialista, aunque redefine indudablemente la distribución de funciones políticas entre partido y sindicatos resituando además el tema de la hegemonía.

Partiendo por esto último, parece claro que la construcción de un pro yecto hegemónico alternativo no es posible sin el consenso de sujetos colectivos reales (y no de meros referentes abstractos invocados desde el discurso). De aquí que un proyecto hegemónico anticapitalista en un país como Chile supo ne entre otras condiciones:

a) La generación de una contra-cultura, generada y portada por referentes sociales reales;

b) El carácter popular y no solamente obrero del "frente" anticapitalista, por razones de índole cuantitativa y cualitativa (donde el carácter heterogéneo de la "clase" trabajadora es una de las más importantes).

En este sentido, la existencia de una corriente sindical politizada en la base es un elemento de primera importancia para hacer factible una alternativa socialista, sin ser suficiente sin embargo como para generarla por sí sola.

En lo que se refiere al problema del "partido" y su relación con el movimiento sindical, es necesario descartar de partida cualquier visión que tienda a la generación de partidos del tipo laborista (donde los sindicatos devienen partido). A no ser que se reasuma como válida la posibilidad de un sindicalismo que aspira a ser Estado o, en términos más realistas, a dominar lo. Un tipo de partido "laborista" parece ser más adecuado a la situación en que, al interior de un sistema democrático formal, la clase trabajadora ha optado por una alternativa reformista.

El tipo de partido obrero, que asume por sí y ante sí la representación de la clase en virtud de su fidelidad a los principios obreros y acapara el monopolio de la política tampoco es compatible con una opción de un síndicato que "hace" política.

Sin embargo, la necesidad de una organización política socialista, en la medida en que no puede ser reemplazada por el sindicalismo, no parece descartable para quienes adscriben a una tal opción.

De allí que la pregunta que surge es por el tipo de "partido" necesario para articular las diversas fuerzas sociales en un sentido socialista. La definición de un "tipo" de sindicato pareciera exigir al mismo tiempo una definición a este respecto.

AUTONOMIA POLITICA Y CULTURA OBRERA : SEGUNDO COMENTARIO

José Bengoa

El punto central que vemos en el trabajo se refiere al problema de la autonomía del movimiento sindical; los modelos de sindicato que se tipifican se diferencian entre sí de acuerdo a la relación que establecen con la política y el Estado. El primer tipo, fundamenta su organización en la reivindicación pura y el apoliticismo. "La política divide, la reivindicación une" se podría decir hoy día. Es el modelo que quisieran imponer algunos sectores oficiales: es el sindicalismo "tecnificado", que finalmente se transforma en una pieza del sistema, capaz de disciplinar al movimiento y hacerlo funcional al capital.

El traudeunionismo no esconde la política, pero la transfiere a un partido -labour party- que está fuera del movimiento sindical y que la mayor parte de las veces es dominado por él. Tenemos muy cercano el caso argentino, que se lo podría ubicar en este modelo. De hecho el "partido peronista" es el movimiento sindical -más los políticos- que en las coyunturas decisivas ha debido manejar el partido. El partido como tal no tiene fuerza. Trata de expresar la alianza predominante de los obreros con otros sectores sociales, como los militares, la burguesía nacional, ciertas clases obreras urbanas, etc... Es un movimiento sin estructura. En Chile no ha habido este tipo de sindicalismo, aunque pueden haber ocurrido marginalmente intentos tal como fue señalado en el taller pasado, en el caso del Partido Socialista (*), y de algunos sectores sindicales a él relacionados. Sería de la mayor importancia estudiar desde esta perspectiva la historia del sindicalismo chileno.

El modelo de "correa de transmisión" se fue imponiendo en el sindicalismo nacional. Por diversas razones, el sindicato asumió una estructura centralista (regida por el llamado "centralismo-democrático") y una relación de dependencia con los partidos políticos que lo representaban. En la medida que avanzó la democratización del Estado, que el capitalismo estatal era más importante, que los partidos populares tenían más capacidad de negociar, influir y conquistar posiciones; en esa medida, este esquema de organización sindical

* Se refiere a los debates sobre la caracterización del proyecto sindical de Bernardo Ibáñez, sostenidos en el curso del taller.

se fue consolidando, hasta llegar en la década del sesenta y sobre todo en el gobierno de la UP, a la casi identificación de las cúpulas sindicales con las cúpulas partidario-obreras.

Esta es la imagen reciente de falta de autonomía que se recuerda y a ella se refiere el trabajo de P. Castro.

Nos parece importante tratar de preguntarnos en qué consiste efectivamente esta conciencia obrera chilena, esta forma de relacionarse con los partidos y el Estado, y cuáles son las garantías de su permanencia; esto es: ¿puede cambiar la conciencia obrera? ¿pueden cambiar sus formas de organización? Este sería el primer punto.

El segundo punto se referiría a las posibilidades de un movimiento sindical con mayor autonomía y los problemas que de allí se derivan, en torno a la existencia y posibilidad de desarrollar una cultura obrera. Nos parece que el proyecto sindical que se presenta en el trabajo reivindica uno de los temas más ricos de la tradición sindical internacional y chilena, la constitución de una cultura propia de la clase obrera, en que se afirme su dignidad, su proyección a futuro, su unidad e identidad.

AUTONOMIA Y SINDICATOS

Como se sabe, la clase obrera chilena, desde su origen adquiere una conciencia social rupturista con el sistema. Pareciera ser la tesis más difundida, la que explica que este hecho se produce por estar enclavada en el norte salitrero. Allí se encuentran grandes concentraciones de trabajadores manuales aislados físicamente del resto del país. Se desarrollan dos elementos de la conciencia obrera que van a ser permanentes a lo largo de su historia. Por una parte la solidaridad interna, la vida obrera y el valor de la organización. Toda la vida de las oficinas está ordenada en torno al trabajo y el único patrón, la Compañía. Por otra parte el Estado, como referencia directa del mundo obrero. Las posibilidades de mejoramiento económico pasan por la acción eficaz frente al Estado: la primera época (heroica) del movimiento estará marcada por la independencia obrera frente al resto de la sociedad y el Estado. La insurgencia de los explotados, la organización autónoma de todos los pobres, logrará arrebatar el poder al "pulpo capitalista". El modelo bolchevique estará presente en el movimiento que dirige Luis Emilio Recabarren.

Es quizá esa concentración de los trabajadores lo que conduce a la estructura del sindicalismo que hemos conocido. Que la podríamos caracterizar por al menos tres elementos: Conciencia de que la lucha reivindicativa va asociada estrechamente a la lucha por la transformación radical de la sociedad. Conciencia del valor solidario de la organización; y, en tercer lugar, relación dependiente al partido u organización política que sintetiza las múltiples luchas y las plantea frente al Estado.

Sin embargo, esta experiencia de autonomía e independencia total frente al Estado es traumática para la clase obrera naciente. Las décadas del diez y el veinte son de represiones brutales en el Norte. La clase obrera, aislada geopolíticamente, es abatida a pura fuerza militar. Las masacres desbaratan al movimiento y el "León de Tarapacá" combina el garrote con la dictación de al-

gunas leyes sociales para los trabajadores. San Gregorio el año 21, el 24 se suicida Recabarren y el 25 en la Coruña y Pontevedra. El 27 se ilegaliza al movimiento obrero. La experiencia de la clase, los cambios que van ocurriendo en el movimiento comunista internacional, la aparición de los fascismos van a cambiar el concepto de autonomía.

¿Por qué en Chile no surgió un sindicalismo apolitizado y se mantuvo en cambio el marco básico de la conciencia obrera inicial? Las tesis más corrientes, y no por ello menos acertadas, señalan que la crisis del salitre fue decisiva. De más de cien mil trabajadores salitreros el año 1928, se bajó a 42 mil en 1932. "Las crisis de las oficinas salitreras y el desempleo masivo empujan a estos obreros a la ciudad y, grávidos de la experiencia del trabajo en el salitre, no es posible pensar que sus conductas básicas se identifiquen absolutamente con las del migrante rural, actor de los éxodos multitudinarios de otras regiones latinoamericanas" (Leonardo Castillo 1979, p.19). Esta situación conduce a una permanencia de ciertos aspectos de la conciencia obrera.

Se mantiene la matriz básica de la conciencia política obrera. Su visión de que el Estado es el referente principal, que la mejoría de las condiciones de trabajo y de vida, pasan por la ruptura de la estructura capitalista. Se mantiene por lo tanto la relación entre la organización sindical y la política. El movimiento camina a "dos patas", a menudo muy unidas, aunque hay períodos en que lo sindical predomina y otras en que "lo político" está en primer plano y determina todos los demás aspectos.

Pero hay cambios profundos en otros aspectos. En primer lugar hay un cambio en la concepción de independencia de la acción obrera y, por lo tanto en el régimen de alianzas. El sindicalismo anterior se ha caracterizado por el aislamiento conciente, voluntario y explícito de la clase. La ideología hablaba de "organizaciones obreras" en las cuales los segmentos de otras clases poco o nada tenían que hacer. Hay un extremado "purismo ideológico clasista". La experiencia del Norte y los hechos que cambian al mundo, llevan a los partidos populares y en especial al PC a asumir la estrategia frentista de colaboración de clases, que conducirá al tiempo del Frente Popular el año 38. A partir de allí varía la matriz obrera. Se pasa de un estilo predominantemente insurgente a un estilo político en que la negociación, la alianza, la acción parlamentaria, van a ser fundamentales. El dirigente ya no valdrá por su capacidad de "conducción de las luchas", sino tanto o más, por su capacidad negociadora, su acción frente al aparato del Estado, llámese éste Inspección del Trabajo, Municipio, Parlamento, Justicia, etc... Hay un cambio de situación que marcará los casi 40 años de democracia republicana que acaban en el año 73.

La segunda variación de la conciencia obrera se refiere a su "traslado" desde la concentración proletaria del Norte, hacia las ciudades del centro y Sur del país. En el Norte los problemas de trabajo se confundían con los de la vivienda, salud y consumo urbano. En general se confundían con los de la cultura y vida obrera. En la nueva situación se complejizan enormemente las demandas de la clase trabajadora y también se dan formas mucho más variadas de integración, "el sindicato no está preparado ni su estructura lo permite, para satisfacer el nuevo tenor de las demandas..." (Castillo 1971, Faletto

1966). Es por ello que se separa por ejemplo, el movimiento sindical del movimiento poblacional, que irá poco a poco asumiendo los problemas de la "demandas urbana". Se separa también la cuestión sindical, de las cuestiones propias de la vida y la cultura obrera, del problema de la mujer (anteriormente parte de la lucha del sindicato, que expresaba toda la vida obrera). La clase se va integrando a las estructuras culturales que desde el Estado le abre la sociedad. Ya no hay "teatro obrero" como en tiempos de Recabarren, sino actividades teatrales populares a las que van los obreros. Lo mismo ocurre con una gran cantidad de temas de esta índole. El sindicato queda cons-treñido a la reivindicación laboral neta, a sus aspectos salariales. Pero, al mismo tiempo, se mantiene y acrecienta la conciencia política de la clase. El capitalismo no puede solucionar el problema obrero, la pobreza y la explotación. No hay camino victorioso por el lado de ir sacando trozo a trozo pequeñas conquistas. No estamos en la situación norteamericana en que la clase es dominada a través de las concesiones y el garrote de los "capos" sindicales. No es siquiera la situación de Argentina, en que, sin necesidad de romper con el sistema, se pueden lograr conquistas importantes. Allí, en lo precario del capitalismo nacional, reside la base material de la "conciencia socialista". La fuerza de la ideología marxista. La necesidad de partidos que "porten" en sí mismos esa conciencia, educan en ella a la clase y establezcan las tácticas, mediaciones, alianzas y compromisos con el Estado y las otras clases de la sociedad.

Pero tampoco se está frente a una situación económica, social y política cerrada, no estamos en el caso boliviano. Allí la clase obrera minera sigue hasta el día de hoy manteniendo su autonomía total, su estilo de lucha insurreccional, su planteamiento radical frente a la sociedad y al Estado. El "estilo frontal" le costo demasiadas derrotas a la clase obrera chilena, y el Estado y la sociedad ofrecen ciertas aperturas. La "cachaña" política hace el resto. Esta clase confía más en la "organización ordenada", en la negociación política frente al Estado, que en las acciones directas frente al capital o contra los aparatos estatales. Es una clase obrera que entra en la arena política nacional y allí se disciplina y aprende a hacer política a la manera de los políticos. Creemos que este cambio es fundamental y tiene un doble aspecto valorativo. Por una parte es disciplinamiento, parte del aparato del Estado, canal de organización y control social de los individuos. El sindicato regula el conflicto, lo lleva a un plano de mayor racionalidad, asegura a la industria el trabajo disciplinado de los obreros y avala -también- el contrato de trabajo. Por otra parte, de modo positivo, es un organismo contestatario, que congrega eficazmente la conciencia rupturista, da canales para que actúe en la sociedad la "base obrera", como sustento de la acción política de los partidos populares y de su estrategia. El control que éstos tienen sobre el movimiento sindical es la garantía de su acción, la amenaza de su poder, el chantaje permanente -la huelga nacional- para sus negociaciones políticas. En Chile no pareciera haber habido huelgas nacionales -o de importancia- que no tuvieron un claro objetivo político. Es parte de la matriz. Se mantiene la autonomía ideológica de la clase y del sindicato, pero se modera su independencia política frente a los partidos políticos -de los que se es muchas veces dependiente- y del Estado, de quien se es en muchos sentidos parte integrante. De la sociedad, en cambio, se pierde la autonomía en buena medida y se produce un amplio proceso de integración. La "sociedad obrera" se disuelve en la sociedad global, en el sistema urbano, en el sistema cultural y educativo que trata de

integrar -desigual y segregadamente por cierto- a estos sectores.

AUTONOMIA Y NUEVO ESCENARIO

Hemos hablado del nuevo escenario que se ha instaurado en el país como producto de la aplicación de un nuevo patrón de acumulación de capitales (Alvear y Pinto, 1977). ¿Cómo afecta el cambio del Estado, la política y la sociedad, el tema de la autonomía y la organización obrera?

En primer lugar despejemos una duda latente. Creemos que no hay cambios sustanciales en el sistema de acumulación de capitales que pueda sustentar eficazmente una estrategia reivindicacionista pura, como la planteada en el primer modelo. Sin duda es la intención de ciertos sectores sindicales oficialistas. La huelga reciente del Mineral El Teniente trató de ser una experiencia de laboratorio en la que estos sectores se jugaron enteros: se trataba ni más ni menos de luchar por los salarios sin discutir el régimen político. Ser "duros" en lo reivindicativo y al mismo tiempo apolíticos. El fracaso y los llantos de algunos dirigentes son una prueba irrefutable. El capitalismo subdesarrollado es demasiado débil como para darle oxígeno a una estrategia de esa naturaleza.

Es por ello, en segundo lugar, que podemos prever que la "matriz ideológica" de la conciencia obrera tenderá a permanecer. La acción ideológica de ruptura, seguirá teniendo bases materiales suficientes para reproducirse en las nuevas circunstancias. Sin embargo podremos visualizar quizás profundos cambios en la "matriz política" de la clase. Los sistemas de mediación, alianzas, compromisos y enfrentamientos, tienden a cambiar en la medida que se manifiestan las condiciones actuales. Dos son los aspectos que parecieran cambiar más fuertemente. La relación de la clase obrera con el Estado, ya no se plantea en términos de conseguir ciertas prebendas y por el contrario se remarca diariamente la situación de extrañamiento, separación, marginación. El sindicato deja de ser un aparato ideológico del Estado destinado a disciplinar a la clase trabajadora, sino que se pone como contraparte del Estado y todo su aparataje. En la medida que reivindique derechos, se convierte en fuerza beligerante y este hecho trae consigo la crisis de los partidos como sistemas de mediación, negociación y compromiso. La relación partido-sindicato se hace disfuncional, y es valorada solamente en cuanto el partido aporte a la lucha reivindicativa, a las posibilidades de autonomía e independencia (factor de solidaridad interempresarial por ejemplo), aporte a la conducción.

Estos cambios, que nos parecen importantes en la matriz estructural de la conciencia obrera, conlleva cambios en la organización sindical misma. Estos cambios dicen relación al carácter masivo y democrático.

En la situación anterior se producía naturalmente un despegue de la cúpula con relación a las bases sindicales. Se establecía una relación de "cliente" entre los dirigentes y sus bases. Esta relación tenía un fundamento obvio. El dirigente basaba su eficacia política en la medida que se "integraba" a los circuitos del poder, el Estado y los partidos. El éxito de una negociación colectiva residía más en la capacidad gestionadora que en la movilización masiva, participativa y democrática del conjunto obrero. Las huelgas importantes se resolvían políticamente y eso obedecía a resortes muy específicos.

Hoy día la situación tiende a cambiar fuertemente. Un dirigente -con escaso fuero legal- no tiene otros recursos para su acción que el apoyo masivo de sus propios trabajadores. Es por ello que no pueden prosperar las prácticas burocráticas y que necesariamente se difunde un esquema de organización democrática, en que todos los pasos y acciones son discutidas, elaborados y acordados colectivamente. Es por ello que en la situación actual se requiere de un sindicato en que todas las bases participen efectivamente y cotidianamente. La crítica del sindicato entendido solamente como la directiva, tiene una fuerza material considerable. En definitiva, el sindicato de masas, democrático, participativo es una de las rupturas consecuentes del cambio en la relación del movimiento obrero con el Estado y los partidos.

AUTONOMIA Y CULTURA OBRERA

Señalábamos la matriz de la conciencia obrera en tres niveles principales. Al nivel ideológico se expresa por su carácter rupturista respecto al sistema; al nivel de lo político se expresa en las relaciones que establece con el Estado y los partidos. Al nivel de la sociedad se expresa en el grado de autonomía o integración que tiene la cultura y la vida obrera. En las pampas salitreras el trabajador confundía su vida con el caliche. Estaba materialmente segregado. Pero no era sólo el aspecto geográfico el que lo determinaba: se trataba de una sociedad marcada por su faz oligárquica, por su segregación aristocrática, por su ningún deseo de integrar a otros sectores. Es el período en que surgen "escuelas obreras", "artes y oficios", clubes y centros obreros y para obreros. Es en esta época que los intelectuales de la clase levantan la "novela obrera", la literatura proletaria. Un mundo cultural autónomo que se levanta con sus propias características frente al universo cultural de la sociedad dominante. Es de allí que Recabarren se preocupa de la "prensa obrera", el "teatro obrero", etc... etc..

Todo ello cambia, lo hemos dicho, al urbanizarse la clase por una parte, y al cambiar el carácter mismo de la sociedad y el Estado chileno. El marcado aspecto integracionista que adquiere el Estado a partir del frente popular deja obsoletos los intentos de vida cultural sindical paralela. Las actividades extra reivindicacionistas laborales, quedan en un segundo plano. Se establecen cientos de instancias que canalizan los diversos aspectos de la vida proletaria y el sindicato aparece como un organismo más de agrupamiento.

¿Hay cambios hoy día en este terreno? Creemos que sí los hay, y de gran profundidad. En ellos, pensamos, se fundamenta la idea de un sindicato ampliado que asume una gran cantidad de funciones sociales y culturales.

Si bien no se ha logrado plenamente -los cambios en la sociedad son necesariamente lentos- la tendencia del nuevo patrón de acumulación que rige la sociedad chilena, es segregacionista y excluyente. El cambio del papel del Estado y su reemplazo por un "mercado" aparentemente libre y omnipotente excluye de los bienes materiales, sociales y culturales a un importante segmento de la población y en particular a la mayor parte de la clase obrera. A pesar de los mecanismos de integración que ofrece el mercado por la vía del ensueño de las baratijas (ver PROPOSICIONES N° 3), la mayor parte de los bienes de la cultura quedan excluidos. Anotemos solamente los más importantes.

El acceso a la vivienda y en general "la demanda urbana" va quedando sin canales de expresión. Los Comités de Vivienda, los sistemas estatales de construcción, el acceso fluido a las municipalidades y sistemas de obras urbanas se van restringiendo cada vez más, ya no sirve la presión política vía aparato del Estado, para que los trabajadores obtengan los beneficios urbanos. De allí surge crecientemente la demanda hacia el sindicato por este tipo de problemas.

Algo similar ocurre en el aspecto educativo. El sistema educacional estatal se restringe a los peldaños más básicos de la enseñanza y se privatiza el conjunto de instituciones educacionales. La presión se dirige hacia los propios trabajadores que deben ver la forma de asegurar su formación y capacitación.

En el terreno de la familia ocurre algo semejante. La participación de la mujer en la actividad sindical no parecía ser necesaria en la matriz anterior, se reducía a cuestiones marginales. La falta de otros canales va conduciendo a que la "vida sindical" se amalgame cada vez más con el conjunto de la "vida obrera". De allí surge la preocupación por el conjunto de los aspectos familiares, por el papel que desempeñan las mujeres, por su participación mancomunada en una actividad unificada.

Por último en el terreno netamente cultural la exclusión y segregación se hace cada vez más patente. Los valores solidarios de la clase obrera ya no son valorados -parcialmente que sea- por el conjunto de la sociedad y por el contrario se fomenta el individualismo y la competencia. La defensa sindical pasa necesariamente por la defensa cultural, por la acción cultural. La recreación-deportes, arte, folklore, etc. - es la manera concreta de expresar los valores que identifican a un grupo social, que le dan autonomía y perfil propio, que lo hacen tener una base cotidiana de convivencia solidaria sobre la cual se levanta la conciencia obrera.

Obviamente esta situación no es homogénea ni depende solamente de las condiciones que existen en el país. Hay sectores más integrados -por su misma ubicación productiva, geográfica, de tradición sindical, etc...- y hay otros con mayor conciencia de su exclusión. La historia sindical de cada sector sigue siendo un factor que pesa enormemente, a veces decisivamente. Muy diferente es la situación de los trabajadores del carbón, que además de todas las exclusiones a que están sometidos los trabajadores, están geográficamente aislados, que la situación de trabajadores de industrias muy modernas de punta y ubicadas en la dinámica del modelo (G. Campero, 1980, J.A. Valenzuela, 1980). No insistiremos en estas diferencias. La subjetividad, la voluntad, y la acción clarividente de determinados agentes sindicales sigue siendo decisiva.

Para terminar revisemos las preguntas realizadas al inicio de estas líneas. La conciencia obrera del movimiento sindical ha asumido diversos aspectos en torno a una matriz básica que proviene de sus orígenes. En relación a su autonomía ha pasado por diversas fases que expresan realidades diferentes. Parecería ser que hoy día se crean condiciones concretas para resolver algunos de los problemas y cuestiones que en este aspecto, lo entrabaron decisivamente en ocasiones pasadas. Pareciera ser posible avanzar en una reconstitución del mundo sindical que gane en autonomía respecto al Estado y los partidos políticos.

Que esa misma dependencia permita un desarrollo mucho más propio -nacional- de la matriz ideológica que tiene como sustento. Que esa autonomía se exprese en la necesidad de democratización interna de la vida sindical y que ésta en definitiva se asiente en la organización de la cultura obrera como cabal expresión de la potencialidad histórica de los trabajadores de este largo y hermoso país.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

BARRIA, Jorge (1971): El movimiento obrero en Chile. Trígono, Santiago

CASTILLO, Leonardo (1971): "Capitalismo e Industrialización: Su incidencia sobre los grupos obreros en Chile", en Cuadernos de la Realidad Nacional N° 8, junio de 1971.

CAMPERO, Guillermo y

JARAMILLO, Silvestre (1961): "Conciencia de clase economicismo y acción obrera", en Cuadernos de la Realidad Nacional N° 8, junio 1971.

CHILE HOY, (1970) Varios Autores, Siglo XXI editores, 1970

FALETTI, Enzo (1966): "Incorporación de los sectores obreros al proceso de desarrollo", en Revista Mexicana de Sociología, Año XXVIII N° 3, 1966.

VALENZUELA, J. Antonio: Programa de Economía del Trabajo, Santiago, 1981.

ALVEAR, Sergio y PINTO, Ulises: "CHILE: Un nuevo modelo de acumulación", Ediciones ABC, Madrid, 1977.

LA JIBARIZACION DE LA CLASE OBRERA *

Javier Martínez

Eugenio Tironi

* El presente artículo es la Introducción al libro de los autores Clase Obrera y Modelo Económico. (Un estudio del peso y la estructura del proletariado en Chile, 1973-1980), de próxima publicación en Programa de Economía del Trabajo, Academia de Humanismo Cristiano.

La teoría de la expansión creciente de la clase obrera, de su peso cada vez mayor en la sociedad y en la economía y de su carácter de soporte del antagonismo fundamental del capitalismo (y portadora al mismo tiempo del único proyecto histórico consecuente para su superación) pareció por largo tiempo tener base empírica en lo que constituía el modo de desarrollo característico de Chile. Su validación no parecía requerir de complejas fundamentaciones teóricas, en la medida en que, desde la década de los años 30 en adelante, el propio desenvolvimiento de la historia parecía afirmar sus premisas: el despliegue de la industrialización, el afianzamiento de un mercado nacional para sus productos, la diversificación y ampliación del sistema productivo, la creciente interdependencia entre las actividades económicas, la expansión del empleo industrial, la progresiva concentración urbana y las tendencias a la socialización de la vida colectiva (1), eran todos los elementos que parecían asimilar el desarrollo del capitalismo en Chile al modo típico-ideal que la economía política clásica ofreciera del desarrollo de este modo de producción.

El modelo debía quizás adecuarse a las complejidades de una economía dependiente y heterogénea, dinamizada por el Estado, pero continuaba siendo la base del razonamiento teórico (y especialmente político) de los sectores que buscaban un cambio social de signo socialista: parecía, en efecto, que solamente el reconocimiento en esa interpretación podía dar respaldo a la idea de que un programa de ese carácter era "objetivamente" viable: el mecanicismo ideológico contribuía, entonces, a dar mayores fundamentos a la po-

(1) Estos rasgos constituyen lo que en la literatura latinoamericana sobre el desarrollo ha sido denominado el "modelo de crecimiento hacia adentro" o de "industrialización desde el Estado vía sustitución de importaciones".

lítica que el análisis riguroso de los hechos (1).

Las tesis mecanicistas sobre el desarrollo de la clase obrera, y de la potencialidad de transformación histórica derivada de su propia ubicación y dinámica estructural, han tenido como se sabe dos grandes vertientes en el pensamiento socialista: la primera vinculada a la tradición de la socialdemocracia alemana (principalmente a Kautsky), que sostiene que el acceso al poder de la clase obrera es ineluctable justamente por ser el capitalismo un modo de producción extraordinariamente dinámico y expansivo. La segunda vinculada a la tradición bolchevique, que afirma el imprescindible acceso al poder por parte de la clase obrera en las áreas subdesarrolladas precisamente por lo contrario, es decir, porque el capitalismo allí sería incapaz de provocar un crecimiento acelerado de la base económica. Las versiones latinoamericanas de estas corrientes son ampliamente conocidas (2).

La experiencia chilena reciente, sin embargo, vuelve a poner en evidencia que existen caminos alternativos de desarrollo y profundización de las relaciones sociales capitalistas; caminos que no implican, al mismo tiempo, el crecimiento de sus propios "sepultureros", como llamara Marx a la clase de los obreros modernos en su célebre "Manifiesto Comunista"; ni un estancamiento económico que encontraría su solución solamente a través de la revolución proletaria.

El Régimen Militar que rige al país desde el Golpe de Estado de 1973 ha implementado un estilo de desarrollo que pretende sustituir globalmente el modelo de "crecimiento hacia adentro", en un esfuerzo por asegurar la pervivencia del amenazado sistema capitalista chileno. Su implementación ha significado la reducción del tamaño del Estado y la centralización del poder económico en grupos privados, la apertura de la economía al exterior y la liberalización de los mercados para efectivizar -por su intermedio- tanto la reasignación de recursos conforme a las "ventajas comparativas" de Chile en la economía internacional, como una distribución del ingreso "racional", no interferida por presiones políticas (de masas) canalizadas por el poder público. Como resultado, se ha generado un sistema dual con un segmento dinámi-

(1) Los destacados esfuerzos de las ciencias sociales latinoamericanas en las dos décadas recientes estuvo orientado a discutir la validez de este modelo clásico de interpretación: dos ejemplos sobresalientes en el campo específico de la estructura social son los estudios de Slavinsky (Los cambios estructurales del empleo en el desarrollo de América Latina, Boletín Económico de América Latina, Vol. X, N° 2, 1965) y F. Cardoso y E. E. Lin (La industrialización, Estructura Ocupacional y Estratificación social en América Latina", en Cuestiones de Sociología del Desarrollo, Ed. Universitaria, Santiago, 1968). Lo curioso fue sin embargo, la escasa incidencia de esos trabajos en las formulaciones programáticas de las fuerzas políticas de signo socialista.

(2) Un interesante estudio crítico al respecto puede encontrarse en Fernando Mirás:

"El subdesarrollo del marxismo en América Latina", policopiado, R.F.A., 1977.

co localizado en ciertas actividades primarias de exportación (y, en un grado menor, en la producción de servicios y bienes durables dirigidos a una concentrada demanda interna); mientras la industria se sitúa, en general, en el polo más deprimido, afectada por su escasa aptitud exportadora y por la desprotección arancelaria.

En esta experiencia se constata, por lo tanto, que la expansión y profundización del capitalismo van de la mano con una tendencia al desmantelamiento de la industria, a la reducción cuantitativa de la clase obrera, a la agudización de su heterogeneidad interna y al debilitamiento de su peso estratégico en la sociedad. Al trasladarse la dinámica del crecimiento hacia actividades primario-exportadoras con alta renta diferencial y poca absorción de mano de obra, y hacia las actividades comerciales y de servicios, los sectores que aumentan su peso en la estructura, en cambio, son los desempleados, las capas vinculadas al empleo informal y las fracciones independientes de la pequeña burguesía. Desde el punto de vista estrictamente estructural, en consecuencia, las tesis mecanicistas sobre el desarrollo de la clase obrera y la potencialidad de transformación histórica que de éste se derivaría, se ven fuertemente debilitadas: ni la clase obrera crece su importancia, ni la crisis de este capitalismo está "a punto de producirse" como efecto de su propia reproducción.

Parece pues necesario indagar sobre la evolución real de la estructura social chilena, y reflexionar además sobre el problema de la constitución de un movimiento social antagónico al capitalismo en estas condiciones históricas. Aquí nos limitaremos básicamente a señalar algunos hechos derivados de un análisis estructural de las condiciones de la clase obrera y de cómo éstas se han visto modificadas en los últimos años, insinuando apenas algunos comentarios sobre la evolución reciente del movimiento sindical. Para ello centraremos nuestra atención en cuatro tipos de variables: i) la magnitud de la clase obrera; ii) su importancia en la generación del producto nacional; iii) su localización estratégica en el sistema económico; y iv) sus grados de homogeneidad o heterogeneidad interna. Diremos así que el peso de la clase obrera en la estructura económica es mayor cuanto más numerosa sea la masa de población obrera, mayor la participación de las actividades propiamente productivas (industria, minería, agricultura y construcción) en la generación del producto nacional, más centrales sean en el sistema económico los sectores o actividades que ocupan proporcionalmente mayor cantidad de obreros en sus producciones y más homogéneas sean las condiciones de existencia de estos últimos. La situación inversa señalará un peso menor de la clase obrera en la estructura económica. Como ya se ha señalado, nuestra conclusión es, justamente, que la clase obrera en Chile tiene un peso decreciente, y que ésta es una característica propia del actual estilo de desarrollo impuesto desde el Estado.

Si definimos la pertenencia a la clase obrera en base a la realización de trabajo productivo simple, remunerado bajo la forma salario, podemos tener una idea cuantitativa acerca del desarrollo de la clase obrera haciendo uso de la información censal o, en su defecto, de las encuestas de empleo. Desde 1930 a 1950, la clase obrera chilena alcanzó un espectacular crecimiento, como resultado de un proceso de industrialización expansivo que desarrolló principalmente los sectores productores de bienes-salarios, altamente intensivos en mano de obra (1). Este crecimiento moderó su ritmo en la década 1950-1960 y,

(1) La información proviene de SADIE, J.L. (1962), "Población y mano de obra en Chile", CELADE, D, 6/2, Mimeo, Santiago.

estadísticamente al menos, inició una declinación a partir de entonces. Parece claro, sin embargo, que esta declinación se acentuó notablemente en 1973 con la redefinición del estilo de desarrollo capitalista impuesta por el régimen militar.

Ahora bien, en esta fuerte contracción intervienen por su parte dos tipos de procesos sociales:

El primero es, obviamente, el proceso de urbanización, que ha hecho disminuir a casi la mitad la proporción de la fuerza de trabajo total empleada en la agricultura. Este es un proceso que, en principio, debiera aislarse de las modificaciones de peso relativo de las clases sociales agrarias y, por esta razón, no nos detendremos aquí mayormente en él.

Paralelamente a este fenómeno, sin embargo, se desarrollan a lo largo del período procesos que afectan a las relaciones sociales mismas en el campo: a saber, el proceso de Reforma Agraria masivo primero (1965-1973), y la reversión de ese mismo proceso posteriormente (1973-1980), bajo la forma de devoluciones de predios a sus antiguos propietarios y de parcelación individual de las tierras asignadas. Paradójicamente, estos procesos de signo opuesto se expresan en la agudización de las mismas tendencias desde el punto de vista del tamaño relativo de las clases más populosas en el campo: una acelerada caída de los obreros agrícolas, y un alza espectacular de los trabajadores por cuenta propia. La explicación se encuentra en el reducido número y extensión de las explotaciones agrícolas propiamente capitalistas, centradas exclusivamente en los cultivos de exportación del valle central (principalmente frutas) y en las actividades forestales, poco intensivas en mano de obra; y, por otra parte, en el regreso a formas no-asalariadas y temporarias de empleo, junto a la progresiva constitución de sectores de autosubsistencia a partir de la mano de obra expulsada (tanto del campo como de la ciudad).

Sin embargo, apesar de su gran importancia, la disminución de los obreros agrícolas no basta para dar cuenta de la disminución total de la clase obrera en relación al conjunto de la población activa: la disminución afecta también -aunque de modo más leve- al conjunto de los obreros no-agrícolas (y dentro de ellos, en particular, a los obreros industriales).

Esta disminución se explica también a partir de dos tipos de procesos: el primero, de carácter más global, es la terciarización creciente del empleo, que desplaza fuerza de trabajo del sector productivo (primario y secundario) principalmente al sector comercio y servicios. El segundo, que tiene que ver directamente con la estructura de clases al interior del sector productivo, es la reducción relativa de los obreros propiamente tales paralelamente al aumento relativo de otras categorías de trabajadores.

Frente a una disminución relativa en la cantidad de obreros del sector productivo, dos hipótesis pueden ayudar a la comprensión del fenómeno: por una parte podemos estar frente a un cambio tecnológico, ya sea por efecto de la introducción de innovaciones ahorradoras de mano de obra o simplemente por la relocalización de las inversiones que se desplazan desde sectores de baja composición orgánica del capital hacia sectores de composición orgánica elevada; o, por otra, simplemente a un cambio jurídico por el cual un conjunto de

trabajadores altera su estatuto legal aún cuando continúe realizando el mismo tipo de labores. La primera hipótesis indicaría un cambio que afecta directamente a la constitución de las clases; la segunda, en cambio, sólo una ficción jurídica frente al Estado.

Desde el punto de vista estadístico es difícil diferenciar directamente ambas situaciones; indirectamente, sin embargo, hay evidencia suficiente para sostener que, mientras la primera hipótesis parece ajustarse a la situación que se desenvuelve a partir de 1973 (en que la dinámica del sector productivo se ha trasladado desde las ramas que emplean una alta proporción de mano de obra hacia ramas que emplean contingentes muy pequeños de trabajadores), es la segunda hipótesis la que explica la disminución relativa de la segunda hipótesis la que explica la disminución relativa de la proporción de "obreros" entre 1960 y 1970: el paso de la categoría "obrero" a la categoría "empleado" (consecuencia de las modificaciones introducidas en esa época a los regímenes de previsión) es lo que tiene un mayor peso explicativo en esa reducción.

Dos clases de procesos se combinan, en consecuencia, para producir una importante disminución de la magnitud de la clase obrera chilena: los primeros son los procesos de carácter general que afectan la distribución sectorial de la fuerza de trabajo y que son típicos del desarrollo latinoamericano de la post-guerra, esto es, la urbanización y la terciarización. A estos se agregan, sin embargo, procesos que tienen que ver con la redefinición de las relaciones sociales a partir de la implementación de un nuevo estilo de desarrollo capitalista en Chile desde 1973, y en particular con la nueva segmentación de las dinámicas productivas originada por la irrestricta apertura externa de la economía: una reversión del proceso de Reforma Agraria que sin embargo no extiende las relaciones típicas del capitalismo industrial sino a una proporción ínfima de la población agrícola, y una competencia de importaciones que provoca una profunda crisis en el sector industrial con uso más intensivo del factor trabajo.

Ahora bien, como es sabido, la clase obrera se localiza en las actividades de producción de mercancías. La participación de estas actividades en el sistema económico condiciona su fuerza estructural: si ella se deteriora, en efecto, se debilita también la capacidad agregativa de las reivindicaciones obreras, su poder de presión sobre la economía del país y/o su capacidad de detenerla o hacerla funcionar aún a pesar de la oposición de otras clases.

La dinámica y configuración de la economía chilena en el período anterior (1940-1973) se caracterizó por el predominio creciente de la industria manufacturera, y por el deterioro relativo de la producción de bienes primarios (agricultura y minería). El peso del conjunto del sector productivo (las ramas agricultura, minería, industria y construcción) se mantuvo prácticamente constante, en un nivel equivalente a un tercio del Producto Geográfico. Desde mediados de la década del 50 el peso de la industria pareció estabilizarse, elevándose a la par el del sector servicios; evolución que corresponde al llamado agotamiento de la fase "sustitución fácil", y a las dificultades que enfrentó luego el esfuerzo por profundizar el proceso de industrialización.

El nuevo estilo de desarrollo ha significado la reversión de la casi

totalidad de las tendencias subrayadas para el período histórico anterior: las actividades propiamente productivas han experimentado un progresivo deterioro; dentro de ellas, se ha contraído la participación del sector secundario en beneficio del primario; y, paralelamente, las actividades de comercio y servicios se han incrementado espectacularmente.

La notable contracción del sector secundario obedece fundamentalmente a la caída de la producción industrial, el rasgo más sobresaliente -junto a la expansión de los servicios- de la reestructuración reciente de la economía nacional. Esta depresión no ha sido sin embargo uniforme: ella ha repercutido de un modo mucho más agudo en la pequeña industria. Asimismo, la depresión parece haber afectado con más fuerza a las agrupaciones industriales que no pueden competir con los bienes importados; mientras las competitivas (o productoras de bienes no transables) y las exportaciones, han logrado sortear parcialmente al fenómeno depresivo (1).

Los cambios descritos han tenido como efecto un estancamiento de la ocupación. Lo que aquí interesa, sin embargo, son las alteraciones en la estructura ocupacional, que pueden sintetizarse del modo siguiente: i) un incremento extraordinario del peso relativo del empleo en las actividades de servicios; ii) la ocupación productiva, por el contrario, ha decrecido fuertemente; y iii) al interior de esta última, se elevó la importancia relativa del empleo ligado a la producción primaria, lo que significa que los sectores más fuertemente golpeados por la caída de la ocupación han sido la industria y la construcción.

Tanto a nivel de la producción como del empleo, por lo tanto, el peso del sector productivo se ha resentido fuertemente en beneficio de las actividades de servicio (donde se esconde un contingente cada vez más importante del empleo informal); al interior del sector productivo, por su parte, lo que se ha verificado es una drástica contracción del peso de la industria.

La evolución de la magnitud de la clase obrera y de su aporte al producto indican, pues, un peso decreciente de la misma en la estructura económica. Pero el problema no se agota ciertamente aquí, tanto si se pretende sostener como discutir el argumento economicista del "peso creciente" de la clase obrera derivado de la propia definición del capitalismo como un sistema esencialmente productivista -y, más específicamente, industrialista-. Por que, en efecto, podemos suponer -teóricamente al menos- que aún cuando el número de obreros se vea reducido, aún cuando su aporte cuantitativo al producto decrezca igualmente, el papel de la clase sea cada vez más central: esto es, que de su función dependan cada vez más sectores de la economía y de la sociedad. Este supuesto fue también formulado por Marx en el sentido de que la socialización de las fuerzas productivas va sentando las bases materiales

[1] G. Campero y J.A. Valenzuela, "Transnacionalización de la economía y la sociedad: su impacto en la estructura y la estrategia del movimiento sindical chileno después de 1973. Primer informe de avance, estudio patrocinado por el ILET y PET-AHC, diciembre 1980.

para la superación del capitalismo; lo que equivale a decir, por la otra parte, que dicha socialización va sentando las bases del poder de la clase obrera (no sólo de su futuro poder estatal, sino también de su poder actual de lucha). Según esta formulación, por lo tanto, el poder de la clase obrera es cada vez mayor cuanto más interdependiente sea la economía; y, por su parte, mayor es la centralidad estratégica de la clase obrera cuanto más dependientes sean el resto de las actividades económicas respecto de las actividades en que ella se localiza.

Desde el punto de vista de la metodología aquí anotada, cabe decir por lo tanto que el peso estratégico de la clase obrera en la economía aumenta en la medida en que las ramas que ocupan una mayor proporción de obreros aumenten significativamente su peso estratégico. En caso contrario -es decir: si las ramas que ocupan una mayor proporción de obreros tienden a mantener o disminuir su peso, mientras las restantes lo aumentan- debemos concluir que la clase como conjunto pierde, desde el punto de vista estructural, centralidad estratégica. Ahora bien, es éste último el caso en Chile: la reestructuración del aparato productivo, y la traslación de las fracciones dinámicas del mismo, hacen que mientras los sectores que ocupan mayor cantidad de obreros mantengan su peso en la estructura relativamente constante, los sectores de mayor composición orgánica aumenten rápidamente su peso.

Esto induce a pensar que, desde el punto de vista estrictamente estructural, la autosuficiencia de los mayores contingentes del sindicalismo es cada vez menor; y cada vez mayor, en cambio, su necesidad de alianzas. Al mismo tiempo, cabría pensar que la heterogeneidad interna de la clase obrera se hace cada vez mayor; veamos este aspecto algo más detenidamente.

Cuando se habla de una "clase social" se hace referencia no sólo a una categoría analítica, sino a un agrupamiento social de agentes que comparten características básicas comunes y que actúan en la sociedad como una entidad diferenciable: esto depende en gran medida de la intensidad de las interrelaciones previstas entre quienes forman parte de ellas, especialmente en la esfera de la producción. Como dice Hobsbawm, la clase obrera constituye en este sentido el caso típico de una "clase muy clasista", en la medida en que el rol que desempeñan los obreros en la producción va unido a un alto grado de interrelaciones recíprocas, a una localización común, tanto desde el punto de vista físico (reunión de los obreros en un mismo local) como económico (bajo el mando de un mismo capital); lo que en otros términos significa que las condiciones de trabajo y de vida de la clase obrera tenderían a una creciente homogeneidad. A la luz de la evolución económica reciente, sin embargo, tal afirmación no parece tener validez en el caso de Chile: el proceso que se desarrolla, por el contrario, apunta a una creciente heterogeneidad.

Desde el punto de vista de los salarios la heterogeneidad (que se da en el contexto de una caída general de sus niveles) se manifiesta en las desigualdades al interior de cada sector de actividad (industria, minería, etc.), tanto entre ramas como entre estratos de tamaño; donde unos grupos de obreros "pierden más" que otros en relación a sus niveles salariales históricos, con una brecha creciente entre empleados y obreros. Nada se puede concluir, empero, en el plano intersectorial: la información disponible indicaría que los sectores

de mayor nivel relativo en el escenario pre-73 han visto decrecer sus salarios en una proporción mayor que el resto, de lo cual podría llegar a deducirse una tendencia compensatoria hacia una gruesa homogenización "por abajo" en las remuneraciones de distintos sectores de trabajadores.

El estudio de otras variables que afectan los factores de cohesión de la clase obrera permite arribar a conclusiones muy similares a las señaladas para los niveles de salarios: los niveles de explotación de la fuerza de trabajo (y de su expresión inversa, que podríamos denominar de "rentabilidad" de la fuerza de trabajo para el capital) muestra en efecto también una tendencia general al alza entre 1973 y 1980. Por su parte, la cesantía tiene también un efecto diferencial según el tipo de sector y el tamaño de las instalaciones; proceso que se agudiza además por el hecho de que, en conjunto, en la economía chilena se verifica un proceso sostenido de disminución relativa del tamaño de los establecimientos que afecta principalmente, como es natural, a las ramas que se ven sometidas a la competencia de los productos importados (que eran, por otra parte, las que contaban con una mayor cantidad de establecimientos de tamaño mayor, es decir, de más de mil trabajadores).

Al igual que el "peso creciente" de la clase obrera en la estructura económica, la tendencia hacia una homogeneidad también creciente de sus condiciones de trabajo y de vida merece, en consecuencia, serios reparos en el caso chileno, al ser confrontada con la evolución histórica efectiva.

El nuevo enmarcamiento estructural de la clase obrera chilena y la dinámica del desarrollo capitalista bajo una estrategia económica como la impuesta por el Régimen Militar desde 1973, plantean en consecuencia serias dudas a la confianza ideológica en un movimiento obrero que se constituiría a partir de las propias condiciones de la reproducción capitalista. Con ello quedan puestas en duda también las estrategias que aspiran a fundar las bases del desarrollo del movimiento obrero principal o exclusivamente en la lucha económica.

Es significativo constatar, por otro lado, que es justamente a esta reducción reivindicacionista y corporativa a lo que apunta la institucionalidad laboral y la represión sindical del régimen. Las normas conocidas como "Plan Laboral", dictadas por el Gobierno Militar en 1979, son en este sentido paradigmáticas: constriñen la negociación colectiva a nivel de cada empresa, fomentan la formación de sindicatos paralelos y restringen al máximo el ámbito de competencia de las Federaciones y Confederaciones; y prohíben y reprimen todo intento de intervención de los sindicatos en los problemas que atañen al conjunto de la Nación.

Los intentos de conformación de un movimiento obrero gremialista que delega en otros agentes el ejercicio de la lucha política, ya sea a partir de una orientación conformista o contestataria, parecen sin embargo muy poco viables: ni un movimiento constatario puede afirmarse en una base económica que lo reduce y atomiza, ni un movimiento obrero conformista puede desarrollar se sobre una base económica demasiado precaria como para satisfacer mínimamente sus demandas.

El conjunto de circunstancias descritas parecen redimensionar, frente a las limitaciones de la razón economicista, un viejo tema del movimiento obrero chileno: el de su relación con la política y con el Estado. En el pasado, uno de sus rasgos distintivos fue precisamente su estrecha conexión con el Estado, en quien recaía un rol preponderante en la promoción del desarrollo, en la satisfacción de las demandas populares y en la resolución de los conflictos sociales. La relación del movimiento obrero con el Estado, a su vez, era mediada por los partidos políticos, por intermedio de los cuales difundía sus propuestas y de ese modo podía incrementar su influencia sobre el poder público (1).

La destrucción del sistema político democrático chileno, las modificaciones estructurales que en éste apretadamente se han descrito, la represión de que ha sido objeto y la legislación laboral vigente han conducido a una crisis del movimiento obrero chileno. Los signos de este fenómeno son múltiples. Desde el punto de vista organizativo, el número de sindicatos, así como la cantidad de afiliados, ha caído bruscamente entre 1973 y 1977 (último año para el que se dispone de información). Asimismo se ha roto la tradicional "unidad clasista" del sindicalismo chileno, hoy nucleado a nivel nacional básicamente en torno a opciones doctrinarias y políticas. Por último se verifica una aguda separación entre las bases y las directivas sindicales, como efecto de la "ineficacia" que mostrarían estas últimas -a los ojos de los socios- en la defensa de sus intereses.

En el curso de los años recientes, sin embargo, se ha llevado a cabo un lento proceso de reorganización y reestructuración del movimiento sindical. Su relación con los partidos políticos, no ha dejado de presentar tensiones: de una parte, los partidos buscan una relación orgánica con el movimiento sindical para alcanzar por su intermedio una vinculación con las bases sociales, y -como si los papeles del pasado se hubiesen invertido- una proyección nacional; de otra parte, el movimiento sindical parece no encontrar la función concreta a su relación con los partidos, una vez que éstos han sido desalojados de su rol de mediación con el Estado (a lo que se suma una evaluación crítica de lo que fue una relación de dependencia respecto a ellos en el pasado).

Parece claro, en cualquier caso, que el modelo oficial de un "sindicalismo gremialista" dejado a la suerte de las "leyes del mercado" no pasa de ser una aspiración ideológica del régimen, dado el tamaño, la trayectoria y el dinamismo de la economía chilena. La politización del movimiento obrero -resultado justamente de su debilidad en el mercado- parece pues inevitable, no importan las restricciones institucionales que se le impongan. El problema, más bien, reside en cómo se realizará la politización de un movimiento obrero que debe hacer frente a un orden estatal del que está excluido absolutamente y sin contar, al mismo tiempo, con la red de mediaciones que proveía un sistema político abierto.

Las observaciones anteriores conducen a pensar que la suerte del movi

(1) Guillermo Campero, "Tendencias Sindicales y participación desde 1973", Revista de Talleres N° 2, VECTOR, Santiago, 1981.

miento obrero chileno, y de su influencia en la sociedad, parece ligada a cuatro órdenes de renovación: en el plano ideológico, a una nueva lectura del desarrollo capitalista (y consecuentemente de la clase obrera) en Chile, que supere los estrechos límites del marxismo clásico; en el plano estratégico, a la ruptura con un "clasismo" que tiende a sectarizar el movimiento y a alejarlo del aporte de otros sectores populares (cada vez más numerosos en la sociedad chilena) al proyecto de cambio social; en el terreno estrictamente sindical, a la superación de un modelo de sindicalismo exclusivamente reivindicativo, circunscrito a las demandas económicas; finalmente, desde el punto de vista político, ello implica una ruptura con el sistema de delegación en los partidos (o en el Estado, según el caso) del quehacer político-ideológico. El modo cómo se realicen estos cuatro tipos de renovación, o las dificultades que ellos encuentren, determinará hasta qué punto el movimiento obrero chileno logra recuperar eficacia en la defensa de los intereses de los trabajadores y servir, al mismo tiempo, de palanca de un proceso de redemocratización.

EL MOVIMIENTO DE POBLADORES: UNA EVALUACION CRITICA

Vicente Espinoza

INTENCIONES

Se calcula que en 1973, las organizaciones de pobladores agrupaban alrededor de un millón de personas. Por otro lado, su participación política, dentro o fuera de los marcos institucionales no podía ser desconocida. Otros alentaban o se preocupaban de su explosividad. En el primer semestre de 1973 hubo una toma de terrenos diaria. El "problema poblacional" estaba a la orden del día y muchas veces los pobladores ocuparon en centro de la coyuntura política.

Mirando al presente del sector, resulta difícil creer que movilizaciones de tal magnitud hayan tenido lugar. Las expectativas de una reactivación parecieran desvanecerse frente a la dura realidad del momento presente. Las organizaciones no logran permanencia. Muchas iniciativas no alcanzan la masividad esperada. Los pobladores parecen optar por soluciones individuales. Los esfuerzos de los núcleos dirigentes se hacen estériles y no logran superar su aislamiento.

No se trata de alentar el pesimismo. Tampoco de esconderse en la quimera del "largo plazo y trabajo lento". Se trata de dar curso a una reflexión necesaria. La dura realidad del momento presente requiere ser asumida: encontrándole su explicación y elevando a un plano de generalidad las dispersas prácticas presentes del movimiento. En otras palabras, hay que abrir la discusión.

El objeto de esta presentación consiste en plantear sucintamente algunos de los rasgos de las propuestas de reactivación que actualmente se manejan al interior del sector. Aunque se corre el riesgo de la esquematización, no debe pensarse que busca plantearse el problema en términos de posiciones irreductibles. Para abrir una discusión es preferible aclarar las posiciones antes que partir buscando consensos eclécticos.

INTRODUCCION

El sector de los pobladores no se muestra como actor de relevancia

nacional, sino hasta entrada la década del sesenta (descontando la huelga de arrendatarios de 1925, verdadera "comuna" de los pobladores). Si bien el Frente Nacional de la Vivienda se mantuvo por más de treinta años como organización nacional su rol aparece reducido al de asesor jurídico de los pobladores, con escasas posibilidades de movilización masiva y, menos, continua.

Dos hechos marcan la entrada en escena de los pobladores: la ley de organizaciones comunitarias y la agudización del proceso de toma de terreno, ambos en la segunda mitad de la década del sesenta. Algunos identifican estos hitos con la aparición de un "movimiento de pobladores". Sin entrar a discutir acá el concepto de "movimiento social", un examen de sus principales rasgos, en especial su relación con el Estado, obligan a matizar un tanto los términos.

LA ORGANIZACION COMUNITARIA

La ley de Juntas de Vecinos y organizaciones comunitarias viene a cristalizar legalmente una serie de organizaciones vecinales que se habían desarrollado históricamente, tales como Juntas de Vecinos, Sociedades de Adelanto, Cooperativas de Viviendas y otras de raigambre más cultural como Centros Juveniles o Clubes Deportivos, Centros de Rehabilitación Alcohólica, Centros de Madres o Apoderados. Esta organización alcanza principalmente aquellos sectores en los cuales el problema de la vivienda ya estaba resuelto, al menos en lo esencial.

La fundamentación ideológica de este vasto proceso organizativo está dado por la conocida versión desaliana de la "teoría de la marginalidad": se diagnostica que el problema de los pobladores reside en su baja integración a la sociedad moderna, lo cual se acompaña del postulado que el marginal es incapaz por sí mismo de superar esta situación. De ambas premisas se deduce la necesidad de actuación de un agente externo, que proporcione a este sector la cohesión y solidaridad que no posee de por sí. Las consecuencias de este planteamiento fueron conocidamente paternalistas. La organización de los pobladores no expresó su fuerza propia, sino que se constituyó en receptor y distribuidor de ayuda estatal. Porque el agente externo no era otro sino el Estado.

El proceso de "promoción" en el sector poblacional es, sin lugar a dudas, vasto. Se puede decir que abrió la participación a una franja donde la organización popular histórica no había llegado; básicamente, sectores no sindicalizables: trabajadores independientes o de pequeñas empresas, mujeres y jóvenes. En estas condiciones, el sector constituía un potencial político considerable.

La organización comunitaria se constituye casi como un apéndice estatal: asistencia en lo material, correa de transmisión en lo ideológico. En efecto, no se puede olvidar que quien encabeza este proceso, con el apoyo multiplicador del Gobierno, es un partido reformista burgués, que contaba en sus cálculos políticos con el apoyo de ese sector. En todo caso, la acción de los partidos de izquierda en este ámbito -aún durante el gobierno de la UP- no escapa de las coordenadas iniciales: el asistencialismo se mantiene, mien-

tras se ideologiza la organización para contrarrestar el control político o se cambia el contenido transmitido. La dependencia se mantiene.

LA ORGANIZACION DE LOS SIN CASA

La organización comunitaria, responde a los problemas de un sector que ha resuelto en lo básico la cuestión de la vivienda. No considera en su formulación la organización de sectores que no han resuelto este problema. De este modo, la organización de los sin casa no cabe en el marco de la ley señalada. La organización y movilización de este sector, constituye el principal capítulo de la acción de los partidos populares de oposición, dentro del sector de los pobladores.

La organización de los sin casa no es la única organización reivindicativa de los pobladores de la época. Las Juntas de Vecinos consideraban canales reivindicativos, aunque en tramos del aparato estatal donde la demanda no tenía demasiada resonancia, por medios institucionalizados y en torno a problemas menos voluminosos que el de la vivienda. De esta forma, era difícil que logran generar hechos políticos.

Los sin casa se nuclean en torno de una demanda explosiva. Los planes integradores del gobierno demócratacristiano, se sustentaban estructuralmente en un proceso de modernización, que generaría la base social capaz de sostener la cooperación del sector marginal. Ello no ocurrió así: las demandas de los pobladores superaron la capacidad del sistema en la implementación de planes de vivienda. En el marco de esta incapacidad estructural se produce el desborde reivindicativo.

Los sin casa se organizan y demandan vivienda al Gobierno. Este no puede responder y se ve desbordado. El discurso populista e integrador del Gobierno, favorece una radicalización en las formas de luchas de los sin casa y es así que las tomas y manifestaciones callejeras se hacen predominantes. Lo importante de destacar es que el horizonte de estas movilizaciones era con seguir casa, presionando al Estado a fin de que éste entregara los recursos necesarios. La radicalidad no indica, en este caso, un horizonte ideológico alternativo al integracionismo.

La afirmación también se puede ilustrar con las dificultades para man tener la organización al interior de los campamentos generados por las tomas. En todo caso, se desarrollan experiencias novedosas, sobre todo en el período 1970-1973, que proyectan a los pobladores más allá de la reivindicación inmediata, tales como las destinadas al control del abastecimiento, coordinación con trabajadores de fábricas, organización interna de los campamentos, incluso experiencias de justicia popular. Hay acá ricas experiencias aunque germinales y reducidas en masividad.

RECUESTO Y PROYECCION

Los procesos descritos en torno a la organización comunitaria y los sin casa muestran rasgos que permiten entender algo de lo que pasa actualmente con el sector poblacional. En efecto, la coherencia del sector no tiene como factor predominante las dinámicas internas, sino que las definidas ex-

temamente. Su cohesión está dada desde afuera. La principal y grave consecuencia de esta forma de conducción, reside en la dificultad de los pobladores para convertirse en movimiento; es decir, sujeto social con capacidad de creación histórica.

La afirmación es bastante obvia a partir de las tesis "marginalistas". Por definición, la organización comunitaria recibe su cohesión de un agente externo. La masividad que alcanza este tipo de organización no invalida lo anteriormente dicho. Por su lado, la ideologización o contraideologización tampoco favorece el proceso de constitución como movimiento, por cuanto las discusiones se ubican en un plano de generalidad que excede con creces el campo de acción de los sectores organizados.

En el caso de los sectores sin casa, su horizonte ideológico en raras ocasiones supera la reivindicación por vivienda, en el marco de una petición al Estado. Acá la mediación política es sustancial. Por su parte, la explosividad del sector permitía a los partidos crear hechos políticos que pusieran en jaque al Gobierno. Los sin casa necesitaban mediación política y los partidos necesitaban hechos.

El punto es fundamental: la explosividad de los sin casa los convierte en sector de punta dentro de los pobladores. La explosividad de su demanda era asumida por un agente externo -los partidos políticos- el cual definía los objetivos del "movimiento", de acuerdo a sus tácticas o estrategias de mediación, con variantes que iban desde masa de apoyo o maniobra hasta potencial fuerza insurreccional.

Se expresa acá una determinada forma de entender la política. El campo de la política se identifica con el Estado. El objeto es, entonces, el rompimiento del Estado. Para esto se requiere de un sector organizado antagónicamente a él. En el caso de los pobladores, este frente era n los sin casa y este frente se asimilaba al "movimiento de pobladores". Una formulación como la anterior devalora la acción en la sociedad civil, privilegiando en los "frentes". No hay claridad en el enfrentamiento de la política como un problema de masas.

LOS POBLADORES BAJO EL GOBIERNO MILITAR

Hasta acá se ha puesto énfasis en lo que son las limitaciones internas del sector de pobladores para constituirse en movimiento. Ello no implica desconocer los efectos de la represión social y política. En los primeros años del Gobierno Militar, se produce una desarticulación por efecto de la represión. Pero la represión sola no explica el por qué la reactivación del sector no encuentra un claro camino de avance. Es necesario volver a los problemas internos.

Los pobladores se plantean alternativas a las organizaciones que el Gobierno tolera, ya que éstas no ofrecen posibilidad de defensa de pobladores. En un primer momento, la red de organizaciones existentes resulta casi completamente desarticulada. Partiendo por las desarrolladas a partir de la lógica operante en los años 70-73 y siguiendo por el control vertical de las organizaciones comunitarias. Restringidas hasta su virtual eliminación, las redes

orgánicas de los pobladores, disminuyentodas las presiones reivindicativas. Por otro lado, al desmantelamiento se une la persecución, soplónaje, cesantía y represión general, que impiden practicar una rearticulación rápida de la base social.

ASISTENCIA Y SOLIDARIDAD

En el período inicial, que va hasta fines de 1974, la tarea principal que se desarrolla en el sector es la asistencia. Era casi lo único que cabía hacer: aliviar situaciones como la cesantía o detenciones averiguar el paradero de personas, conseguir asilo, etc.. El apoyo es entregado directamente en la mayoría de los casos, sin que sea posible regenerar alternativas orgánicas. Estamos ante la dispersión que acompaña la derrota.

En el período 1975-1978 las iniciativas asistenciales se acompañan de intentos por desarrollar organizaciones propias de los pobladores. Este intento se expresa en comedores infantiles, bolsas de cesantes, talleres de trabajo, huertos familiares, etc.. Por su lado, los grupos culturales y juveniles al alero de la Iglesia desarrollan actividades y organizaciones tendientes al reagrupamiento de los sectores progresistas. Este período puede caracterizarse como el inicio de la reconstitución orgánica del sector poblacional.

En términos de resultados materiales, las experiencias de autosubsistencia no alcanzaron resultados que les permitieran un funcionamiento autónomo. La coyuntura recesiva que se vivió, hacía difícil a cualquier pequeña empresa un funcionamiento adecuado en términos económicos. Después de un tiempo, las organizaciones de autosubsistencia sólo funcionaban en la medida que recibieran aportes externos.

Lo que se buscaba con estas iniciativas, como está dicho, no era la simple autosubsistencia. En materia de desarrollar nuevas formas de organización los resultados aparecen más positivos. La asistencia permitió la sobrevivencia de algunos dirigentes. Se generó una red de organizaciones al margen de la oficial que llegó a coordinarse. Se desarrollaron diversas tareas de denuncia y agitación sobre la situación que se vivía, alcanzando gran masividad en el caso de los "actos solidarios".

La organización solidaria se constituye sobre una base asistencial para enfrentar una situación que se evaluaba como "emergencia". La mayor debilidad no reside en el diagnóstico, sino en que no se plantea un enfrentamiento perspectivo de la situación. La agrupación esperaba apoyar una solución que vendría de fuera de ellos mismos; en breve, venía de la "política": las contradicciones internas del régimen, la condena internacional, la acción de la Iglesia, el peso de la oposición, algún destacamento de vanguardia...

He acá que nos hallamos con un rasgo histórico de la conformación del sector poblacional: en su ideología pesa con fuerza la esperanza en soluciones que vienen de afuera. Pero esas soluciones no llegaron. Y la emergencia se convirtió en permanente.

Hacia 1979, el crecimiento de la organización solidaria se estanca y luego sus actividades decaen. El principal síntoma de estancamiento se aprecia en la menor participación de los pobladores en actividades solidarias. Las

actividades se distancian, lo que retroalimenta el circuito. Entre los pobladores predominan las tendencias al individualismo y la solución particular. Esto va mostrando el peso del modelo de dominación en el sector. A estas alturas, la rearticulación del sector estaba lejos de ser un problema orgánico.

Los sectores dirigentes, que han enfatizado en la denuncia y en el "hacer conciencia" como forma de trabajo principal, se ven aislados. La participación se reduce a los llamados "sectores concientes" o "politizados". El aislamiento respecto de la base pobladora no logra superarse a pesar de ellos mismos. El desarrollo solidario de la organización poblacional había topado techo.

NUEVAS ORIENTACIONES PARA EL TRABAJO

Ya a partir de 1978, surgen entre los pobladores planteamientos en el sentido que es necesario orientar reivindicativamente la organización de los pobladores. Se busca una organización que trabaje en torno a los problemas más permanentes como son, salud, vivienda, cultura, derechos humanos. El planteamiento reivindicativo parte de la base que las necesidades más permanentes de los pobladores son un derecho a ser reconocido. La insatisfacción de esas necesidades se concibe como derechos que han sido quitados por el sistema. La lucha se orienta contra el representante del sistema: el Gobierno. El proceso se ve favorecido por un proceso de apertura política que comienza a perfilarse a nivel nacional y se desarrollan comisiones y comités de vivienda con gran acogida entre los pobladores.

UNA TESIS CLASICA

El desarrollo del planteamiento reivindicativo va configurando la operación de lo que se puede llamar la tesis clásica de organización. Las organizaciones se plantean la negociación con el Estado como forma de abordar los problemas de los pobladores. Se comienza celebrando convenios de pago en cuentas atrasadas de luz, agua y dividendos. El éxito de estas iniciativas motivó bastante las organizaciones, a la vez que alentó la posibilidad de ir convirtiéndose progresivamente en interlocutores válidos del Gobierno. Se multiplican los comités de Vivienda, los que llegan a coordinarse zonalmente y a nivel metropolitano.

La organización de los pobladores va logrando entrevistas con autoridades desde el nivel municipal hasta llegar al mismo Ministro de la Vivienda. El resultado inmediato de las gestiones en torno al problema más importante es negativo: los pobladores deberían adaptarse a la situación en los marcos definidos por el Gobierno. En estas circunstancias se produce una gran discusión interna en la organización de los pobladores, en el sentido si vale la pena continuar por el camino iniciado o si lo que corresponde es radicalizar las medidas pasando a procesos como la toma de terrenos. No hay acuerdo en torno a este punto y la organización se divide entre estas dos tendencias.

Los comités de vivienda tuvieron una acogida masiva por el hecho de constituirse en torno a necesidades sentidas de los pobladores y el haber logrado inicialmente algunas soluciones. El éxito de una organización reivindicativa radica en su capacidad para obtener soluciones. La experiencia de las

entrevistas mostró a la base que el camino para obtener sus aspiraciones no era de curso inmediato. El resultado de esta experiencia no es la radicalización, sino el desánimo: no se puede hacer nada. Los llamados a radicalizar la lucha se hacen sobre una base que no ha sistematizado la experiencia negociadora en ese sentido, por tal razón no tienen la acogida masiva esperada. Estamos en presencia de una contradicción entre las dinámicas de radicalidad y masificación.

La línea de radicalización del movimiento, no obstante, continúa y propone de inmediato lo que se llaman 'nuevas formas de lucha'. La forma privilegiada es la toma de terrenos, de las cuales se realizan dos. La racionalidad histórica de la toma era el provocar una situación de hecho que obligara al Gobierno a negociar con ese sector. La respuesta dada por el Gobierno no deja de ser interesante; impide la toma misma obligando a los ocupantes a guarecerse en un recinto de Iglesia. Posteriormente no se mueve de sus posiciones (es decir, no negocia) pese a que los pobladores ensayan nuevas formas de presión como son las huelgas de hambre y la ocupación de oficinas de organismos internacionales y de Gobierno. Opera una represión por aislamiento.

De acuerdo a la racionalidad tradicional la toma no es coherente. Otra explicación que puede darse es la creación de un hecho político. Dos antecedentes avalan esta explicación. El impacto informativo nacional y el inicio del sistema de subsidio habitacional variable, dirigido explícitamente a los allegados y pobladores sin casa.

La información en torno a las tomas, pone como preocupación central el tema durante varias semanas. Los sectores populares y de oposición en general desarrollan actividades de solidaridad con las tomas. Sin embargo, no se alcanza ni la magnitud ni la profundidad que los sectores comprometidos esperaban. La solidaridad se reduce al aspecto material, sin llegar a la movilización "combativa". La política de subsidio variable, si bien produce una discusión al interior del Gobierno en el sentido que se estaría volviendo a antiguas prácticas estatistas, tiene una diferencia fundamental con las políticas públicas tradicionales, y es que no es resultado de un negociación con los sectores afectados. No hay una alteración de la lógica política del autoritarismo.

El subsidio variable produce una desmovilización en las organizaciones de pobladores en torno a la vivienda, para pasar a optar individualmente a los sistemas de subsidio. Esto, unido a una movilización solidaria que no sobrepasa los marcos tolerados por el sistema hace dudar de la racionalidad de la toma como creadora de hechos políticos. En efecto, no hay alteraciones de relevancia en el cuadro político nacional, mientras que en la organización popular parecen reforzarse las tendencias a la pasividad y desmovilización, lo cual repercute en la propia toma '22 de julio'.

Una última explicación, sobre la cual no vale la pena detenerse por ahora, es la tesis del 'pequeño ejemplo educativo'. A través de ella se intenta justificar acciones aisladas e infructuosas, por lo que pudieran tener de incentivo para motivar a otros sectores a la lucha. Lo importante no sería el resultado de la acción, sino la acción misma. Independientemente de las explicaciones que se den, no parece probable que vuelva a insistirse con otra toma, al menos con las características de éstas. Lo que sí parece ser un curso de ac-

ción más probable, es la promoción de organizaciones reivindicativas en torno a operación sitio, urbanización, acceso al subsidio; etc.. Por otra parte, se rá promovido el Pliego Nacional de los Pobladores. Si consideramos que la to ma no está en el horizonte inmediato y la experiencia del pliego nacional sín dical, la organización de pobladores se verá enfrentada a indudables dificultades tácticas.

Es necesario detenerse un momento en el análisis de esta experiencia. La tesis sustentada tiene una raigambre fundamentalmente política, desde el momento que lo priorizado es el enfrentamiento con el Estado. La aplicación de esta tesis se hace sobre la base de una disposición reivindicativa y no po lítica, y en esto reside su debilidad. El anclaje de la tésis clásica sobre la base de un planteamiento reivindicativo no es coherente con la forma actual del Estado. Antes del Gobierno Militar, el Estado estuvo dispuesto a la nego ciación, era la base de su dominio. La radicalidad y masividad de las movili zaciones de los sin casa en el pasado tenía su correlato en un Estado que afincaba su posibilidad de dominio en la integración.

El punto es crucial. Las organizaciones generadas en torno a necesida des de los pobladores se plantean diversas formas de presión hacia el Estado a fin de obtener una respuesta favorable por parte de éste. En el pasado, a la presión seguía un proceso de negociación mediado por los partidos políticos, que culminaba con políticas públicas que revertían beneficios de distinto tipo para el sector. Ahora mal, si este esquema suprimimos la mediación política y agregamos un Estado que no está dispuesto a negociar, nos encontramos con una organización que presiona sin obtener resultados. En otras palabras, es inefi caz.

En suma, la línea de negociación con el Gobierno se vuelve ineficaz desde el momento que sus condiciones y su ritmo le son impuestos por el Gobier no, dentro de una lógica autoritaria. La variante de las "nuevas formas de lu cha" busca superar esta traba elevando los niveles de presión precedentes a la negociación. En ambos casos no se asume el cambio en las condiciones polí ticas en su totalidad: El Gobierno posee condiciones como para no negociar pro ducto de un esquema basado en la exclusión, y posee también mecanismos para neu tralizar y desarticular eventuales presiones. En estas condiciones, la negocia ción deviene una reiteración estéril. Por su parte, las "nuevas formas de lu cha" tienen evidentes dificultades para elevar los niveles de presión (por ejem plo con sistemas adecuados de autodefensa) por lo que la presión tampoco es su ficiente y se reduce a ejemplo educativo.

UNA TESIS RENOVADORA

Un tanto al margen de la discusión antes reseñada, un grupo de pobla dores ha desarrollado un novedoso planteamiento para enfrentar el problema de las organizaciones. El punto de partida de su reflexión es la necesidad de ma sificar las organizaciones. Estas tienen problemas de llegada por su inefica cia reivindicativa. La idea que se desarrolla en alternativa crítica las pro posiciones de reconstitución del sector poblacional de una forma política al estilo de la reseñada anteriormente. El planteamiento, ha sido expresado como "reconstitución del tejido social", "creación de comunidad poblacional", y "de sarrollo de capacidades propias".

Este planteamiento pone la línea de masas en primer lugar. Se afirma que es necesario encontrar un nuevo eje en torno al cual construir el movimiento. Este eje debe reunir las características de motivar e interpretar a la población. Un grupo de pobladores anotaba:

"Las actuales organizaciones que tenemos no interpretan las necesidades reales y sentidas de sus integrantes, mucho menos de la población no organizada".

"En muchas organizaciones se descalifica o no se toman en cuenta los problemas netamente humanos, familiares, no habiendo preocupación por las necesidades básicas del hombre, entendiéndolo como tal: educación, salud, trabajo, afecto, recreación, vivienda, vestuario, alimentación, comunicación. Más bien se enfatiza en lo general; lo social, lo político".

(Encuentro dirigentes sector Caro. Conclusiones, mayo 1981)

El diagnóstico que está a la base de esta tesis, supone que la desarticulación enfrentada por el sector poblacional es consecuencia de la operación misma del modelo de dominación, lo cual provoca una destrucción del "tejido social" preexistente. No se trata por lo tanto de una mera descoordinación o desarticulación coyuntural. Lo que corresponde desarrollar es una línea de construcción adecuada a las características del modelo, que permita superar la situación de destrucción en el tejido social.

El desarrollo de este trabajo pone gran énfasis en lo "social", antes que en lo "político". Esto, porque lo que se persigue es generar confianza en la organización. Se piensa que la pura denuncia o la reivindicación conducen al final a una frustración por ineficacia. Para recuperar la confianza en la organización se busca puntos de partida que muestren en los hechos inmediatos, prácticamente, el valor de la organización. Estas líneas de trabajo se expresan en organizaciones con automanejo parcial en diversos campos relacionados con las necesidades básicas de la población: salud, abastecimiento, sanidad ambiental, etc.. Otra línea de desarrollo enfatiza en problemas de tipo cultural como son: relación padres-hijos, recreación, capacitación, etc.. En suma, se diagnostica que el enfrentamiento infructuoso con el Estado hace perder la confianza en la organización; en alternativa se busca lograr organizaciones eficientes que respondan parcialmente a los problemas de los pobladores de modo directo.

La racionalidad para la constitución de movimiento que puede tener es tipo de trabajo puede expresarse en un plano inmediato y en un plano prospectivo. En lo inmediato, se espera lograr contrarrestar la tendencia a la atomización que es uno de los objetivos políticos más importantes del régimen. Por medio de este trabajo se lograría organizar vastos sectores de la población. Así cobran sentido actividades como erradicación de perros vagos, cursos de árbitros de fútbol, recreación infantil, primeros auxilios, etc..

En un plano menos coyuntural, la reflexión se emparenta con la problemática de generación de sujeto histórico. En efecto, este tipo de trabajo, centrado en la sociedad civil, podría colaborar en la gestación de un sujeto

histórico protagonista y con fuerza propia. El supuesto de fondo es que el "movimiento poblacional" no está constituido como tal, por lo tanto no se razona en términos de flujos y reflujos de un movimiento constituido, sino la necesidad de desarrollar un movimiento sujeto en torno a nuevos ejes de trabajo. La "acumulación de fuerzas" que se postula no va dirigida a presionar al Estado desde el primer momento, sino a fortalecer el desarrollo de un sujeto protagonista, capaz de autogenerar proyecto histórico. Por esta razón el trabajo no sería subsidiario al sistema, sino que se le plantea como base para el desarrollo de conciencia por intermedio de diversos procesos de educación popular. Dicho de otro modo, el trabajo no tiene como mero objetivo el desarrollo de capacidad económica propia, sino que a la vez el rescate y construcción de "cultura popular".

La evaluación de esta línea de trabajo es muy difícil, ya que si bien no ha tenido derrotas, tampoco ha tenido éxitos. La experiencia de trabajo está aún reducida a grupos relativamente pequeños. Partiendo de la base que logra generar confianza en la organización basada en el automanejo parcial, la limitación que la propia línea se pone es trabajar sobre la base de problemas "solucionables". Las experiencias se centran en la recreación, erradicación de focos infecciosos, implementación de bibliotecas, etc.. El problema surge cuando se llega a problemas insolubles por medio del automanejo, como es la vivienda para los sin casa. Esta reivindicación remite inmediatamente a los problemas del sistema en su conjunto. Para todos está claro que no basta con la denuncia o la conciencia explicativa del problema.

La cuestión es seria: al tocar el techo de lo inmanejable, aparece el Estado como interlocutor o enemigo. Se comienza a hacer política en un sentido clásico. Los sostenedores de la línea de desarrollo de capacidades propias, sostienen que, en todo caso, el techo de lo inmanejable es más alto que el techo de lo reivindicativo. Pero la pregunta de fondo continúa planteada: Cuáles son las posibilidades de politización que ofrece este tipo de línea. Por ahora -considerando que la experiencia no está agotada- se puede decir que no se ven claros los requisitos que se piensa cumplir antes de jugar la organización generada en el plano de lo manejable, a nivel del enfrentamiento con el aparato estatal. Uno de los puntos que parece importante dilucidar es la precisión de lo que se va entender por educación popular y educación política en las condiciones actuales del quehacer poblacional.

CONCLUSIONES

No es el momento de buscar consensos artificiales. Tampoco de dividir en posiciones irreductibles. Por ahora nos limitaremos a señalar que si bien las líneas presentadas aparecen como desarrollos paralelos, es posible y necesario pensar en una alternativa más integradora.

Las orientaciones que se están manejando al interior del sector poblacional muestran énfasis distintos en el proceso de conformación de movimiento. Por un lado hay un énfasis reivindicativo y por el otro uno de trabajo social. Lo más notable es que difícilmente los elementos de una están presentes en la otra, ni aún subordinados. Simplemente no están, por ahora. Ahora bien, para la línea de desarrollo de las capacidades propias es fundamental integrar de alguna manera lo que son los elementos reivindicativos, ya que ésta es su prin

cipal debilidad. Por el lado de la línea reivindicadora, se ve necesario integrar elementos tales como educación popular, ya que la experiencia ha puesto en duda aquello que "toda lucha es educativa por sí".

En el corto plazo, parece difícil pensar en un proceso de integración entre ambas líneas. Más probable parece una profundización del acercamiento entre los dos sectores en los que se dividieron los reivindicacionistas. El eje de unión serían acciones comunes en torno al Pliego de Pobladores. Por el otro lado, las líneas de desarrollo de capacidades propias continuarán de modo similar, buscando extender las experiencias. Es probable que se produzcan intentos por incorporar elementos reivindicativos parciales.

Las diferencias reseñadas, pueden asimilarse a lo que era la división tradicional entre organización comunitaria y organización de los sin casa. Las diferencias de este tiempo aparecen desde el momento que la movilización de los sin casa no logra solución a su reivindicación y es discutible la creación de hechos políticos. El trabajo de comunidad poblacional, busca responder los desafíos del quehacer poblacional en estas nuevas condiciones. Su diferencia fundamental es que el trabajo no se lo plantea como apéndice de una organización externa, sino como base para generar movimiento. Su principal limitación surge de la vaga incorporación de los elementos reivindicativos.

Una última cuestión que debe agregarse se refiere a las posibilidades de acción de los pobladores en el marco de un proceso de alcaldización. Este proceso surge como intento por nuclear una base social de apoyo al Gobierno. Por una parte unos enfatizan la integración atomizada a través del mercado, privatizando la demanda. La municipalidad asume un rol facilitador de la relación entre sector privado y pobladores demandantes de consumo colectivo. Otros ven la municipalidad jugando un rol político corporativo, con características de paternalismo represivo, por medio de la ampliación de la cobertura de los planes sociales y la generación de un cuerpo organizado de apoyo al Gobierno.

El proceso reseñado -cualquiera sea la variante que asuma- no involucra una apertura a la participación popular. Se trata de alcaldizar al país. No se trata de autonomizar las comunas, ni menos descentralizar el poder. La lógica del proceso la da una desconcentración del poder autoritario, estableciendo agentes políticos autoritarios por comunas: los Alcaldes.

En este marco, la organización poblacional no puede esperar mucho. Pero es posible que por restricciones en el espacio nacional se planteen reivindicaciones a ese nivel, antes que los servicios pasen al sector privado. También se abre la posibilidad de sindicatos de consumidores que relacionen directamente los pobladores con el sector privado. Por su lado, la experiencia de capacidades propias, tendría un campo donde probar la fuerza que ha ido acumulando. Finalmente, la alcaldización en la medida haga pensar en mejorar las condiciones de representatividad de las Juntas de Vecinos, abriría otro espacio de reactivación para el sector de pobladores. En fin, las posibilidades de acción son variadas y no sería extraño que en un plazo mediano la comuna cobrara una importancia que no ha tenido.

diciembre, 1981

CRITERIOS COMUNES DEL TRABAJO SOCIAL EN POBLACIONES

María Teresa Marshall

Al tratar de comprender las experiencias de trabajo poblacional, nos encontramos frente a dos hechos significativos: se constata, por una parte, que existen iniciativas del más diverso tipo: experiencias con mujeres, en salud mental, talleres artesanales, agrupaciones juveniles, comités de vivienda, comités de abastecimiento, equipos de salud, colonias urbanas, comedores populares, grupos de prevención de neurosis, grupos de rehabilitación de alcohólicos y de drogadictos, etc...; y por otro lado, la mayor parte de estas experiencias mantienen una estrecha vinculación con grupos o instituciones externas que colaboran con la reanimación de la organización poblacional desde distintas perspectivas (solidaridad, acompañamiento, asistencia, promoción, educación popular...). Estos dos rasgos parecen particulares del trabajo poblacional porque de hecho no ocurre lo mismo en otros sectores, por ejemplo en lo sindical. Este tipo de vinculación institucional, sin embargo, ha sido algo casi permanente en la trayectoria poblacional. Hay que recordar que el proceso de organización masiva del sector se desarrolla impulsado directamente desde el aparato estatal. Posteriormente fueron los partidos políticos quienes mantuvieron con éste una relación estrecha y directiva, asumiendo el rol de mediadores entre las reivindicaciones por servicios urbanos y el Estado. En la actualidad, quienes mantienen el liderazgo del trabajo poblacional son los grupos de Iglesias y las agencias no-oficiales para el desarrollo, junto al papel todavía preponderante del Estado, especialmente a través de las municipalidades.

Generalmente se ha pretendido establecer diferencias entre unas y otras instituciones no-oficiales, buscando líneas propias o sellos particulares que supuestamente le imprimieran a su trabajo poblacional. Sin embargo, si dejamos al margen el sello institucional o el sello partidario, descubrimos que existe una aproximación al problema poblacional y una propuesta general acerca del carácter del trabajo básicamente similar. Las razones de esta identidad estarían dadas por la trayectoria de las personas que han estado involucradas en las tareas poblacionales; entre éstas encontramos educadores populares, trabajadores sociales, agentes pastorales, animadores sociales, promotores, monitores ... A todos ellos se los puede identificar como un tipo de profesional particular: personas que aparentemente no tendrían una especia

lidad propia; que serían capaces de desarrollar distintos tipos de actividad de acuerdo a las necesidades y posibilidades de cada grupo. Sin embargo esta afirmación parece no ser real, porque estos "no especialistas", de hecho tienen una clara intencionalidad en su quehacer. De partida definen su tarea al servicio de los intereses populares, no representando intereses propios como grupo profesional, lo que hace complejo asociarlos a un determinado "gremio".

En este escrito, lo que pretendemos es justamente rescatar aquellos elementos que permiten dar una cierta identidad a este grupo social que, de acuerdo a las afirmaciones ya planteadas, no se descubre en ellos mismos, sino a través del trabajo, de la acción que ellos impulsan. Pero que, al mismo tiempo, aparece diferenciado internamente por un mundo de diferencias "institucionales" que ocultan y deforman su comunidad básica de criterios.

Si se pregunta cuál es la perspectiva de las experiencias de trabajo poblacional, se concluirá que todas ellas persiguen apoyar a la consecución de un proyecto histórico alternativo(1). En tomo a esta opción, el objeto de estas prácticas de trabajo social, de educación popular o de trabajo solidario se define en relación al desarrollo del movimiento popular; son entendidas como instrumentos, entre otros, para elevar sus niveles de conciencia y organización. En estos términos su aporte específico intenta rescatar, recrear y generar experiencias que puedan, mediante una reflexión crítica sobre ellas, potenciar la práctica de organización del movimiento popular en la perspectiva de ir generando y concretizando un proyecto histórico alternativo.

Si estamos de acuerdo que este es el marco general de referencia de un conjunto de prácticas poblacionales, es necesario precisar algunos criterios que aseguran la coherencia de las experiencias específicas. Estos criterios se encuentran estrechamente articulados entre sí. Constituyen una suerte de unidad que se manifiesta simultáneamente a lo largo del proceso de definición, desarrollo y evaluación de la acción social y educativa.

Entre estos criterios básicos, que han orientado distintas prácticas de trabajo poblacional, resaltamos en primer lugar la opción por un trabajo ligado a las organizaciones propias del sector, es decir un trabajo orgánico. En segundo término una intencionalidad participativa, de tal manera que cada experiencia sea aprendizaje de relaciones democráticas al interior de las organizaciones. Como tercer criterio, que el trabajo sea capaz de generar formas de solución o acciones concretas sobre problemas reales, esto es, que sea un trabajo operativo. Al mismo tiempo, se busca facilitar que los grupos analicen y comprendan la situación en la cual están involucrados en forma crítica e integral. En quinto lugar, la opción porque cada experiencia vaya generando condiciones de la máxima autonomía, evitando caer en formas de dependencia con las instituciones de apoyo. Y por último, la realización de un trabajo sistemático, que permita acumular una experiencia y comunicarla a otros.

-
- (1) Al hablar de proyecto histórico alternativo se está haciendo referencia a todas aquellas opciones relativas a la fijación de pilares para la construcción de una utopía social, fruto de un análisis crítico de la sociedad existente; como asimismo, las opciones en materia de conformación de un sujeto histórico capaz de luchar por sus intereses y desarrollar el proyecto que le sirvió de sustentación.

Al mismo tiempo que estas definiciones permiten dar coherencia a la acción, sirven de marco de referencia en materia de método; es decir los encontramos presentes en todas aquellas definiciones generales sobre formas de investigación, planificación, relaciones entre los participantes, formas de evaluación, criterios de continuidad, seguimiento, etc..

La alusión a estos criterios en parte no es nueva. Fueron desarrollados bajo una perspectiva de carácter normativo, en un trabajo sobre planeamiento educativo en sectores rurales (1). Aquí sin embargo se desemboca a ellos a través de un camino inverso. El punto de partida ha sido la discusión de una serie de experiencias de trabajo con grupos poblacionales en los seminarios organizados por SUR y FLACSO durante 1981 (2). De ahí se han rescatado los elementos con los cuales este tipo de trabajo poblacional se identifica, más allá de cada acción, de cada institución o de cada postura ideológica en particular.

1. El primer criterio que orienta la acción se refiere a la importancia que se le atribuye a las organizaciones poblacionales. Prácticamente todas las experiencias (comedores populares, colonias urbanas, talleres, etc.) tienden a conformar o apoyar las organizaciones existentes. Es también un hecho que frente a un modelo político que persigue que los individuos se mantengan aislados, dispersos y disgregados, cualquier intento que busque revertir esta tendencia tiene una clara intencionalidad política. Pero la opción por la organización va más allá; se basa en la convicción que la conformación de un sujeto histórico se desarrolla a través de un trabajo colectivo en torno a una tarea común, donde cada individuo aporta su experiencia y donde colectivamente se adquiere mayores capacidades de pensamiento y de acción, para enfrentar nuevas situaciones a partir de las experiencias personales y colectivas incorporadas con anterioridad.

En función de contribuir al desarrollo del movimiento popular, por lo tanto, se ve indispensable realizar un trabajo relacionado a sus propias organizaciones, lo que es una manera de prever la continuidad de las acciones emprendidas y de acumular una experiencia. Quienes conciben el trabajo en esta perspectiva reconocen que cada acción constituye un germen, que va siendo desarrollado por el conjunto de la organización a lo largo del tiempo.

En aquellos casos donde no ha existido una organización poblacional o donde las personas se han desvinculado de sus organizaciones, la intención ha sido ya sea facilitar su constitución o romper las barreras que impiden la reincorporación a un trabajo de tipo orgánico. Es la orientación que han asumido talleres de salud mental con ex dirigentes que estaban desvinculados de sus propias organizaciones: en estas condiciones el taller se constituye para facilitar la reinserción orgánica en las instancias que cada participante elija.

(1) M.T.Marshall, R.Droguett y R.Vera, "Estudio de caso para la elaboración de una guía para la participación de la población rural en la planificación de la educación 1° nivel local", Dcto. de Trabajo N° 1, convenio SUR-UNESCO, octubre 1979, Santiago.

(2) Problemas Urbanos y Trabajo Social (agosto 1981); Evaluación de Proyectos de Acción Social (octubre 1981); Escenario Urbano y experiencias poblacionales, Concepción (noviembre 1981).

II. El segundo criterio se refiere a las formas de participación que establecen las personas, tanto al interior de sus organizaciones como entre éstas y otros grupos externos, ya sean otras organizaciones, instituciones o el resto de la comunidad no organizada. Como principio, se reconoce que la participación es un derecho básico de toda persona, y por tanto de toda comunidad; ésta permite fomentar la cooperación y la igualdad entre los grupos.

Optar por desarrollar la participación al interior de las organizaciones implica un proceso de aprendizaje, sobre todo dentro de una sociedad que ha ido destruyendo todas las instancias colectivas de este tipo. En cuanto a la participación, hoy se reconocen nuevas dimensiones; es el caso de la importancia que hoy se le otorga a las relaciones de las personas entre sí. En esta perspectiva cada experiencia va constituyendo una ocasión de aprendizaje de interrelaciones personales democráticas, es decir, de relaciones de igualdad y mutuo respeto; de reconocimiento de espacios individuales y colectivos de creación y libertad; de trabajos que son fruto de un esfuerzo común de todos los participantes; de roles rotativos que no estereotipan relaciones autoritarias; de ejercicio de la crítica y de la autocrítica; de autocontrol y control colectivo.

Pero a este aprendizaje de la participación se le otorga también un horizonte de más largo plazo, también compartido por los integrantes de grupos y organizaciones poblacionales. En la medida que la elaboración de un proyecto histórico alternativo sea construido con la participación amplia de las organizaciones populares, éste será capaz efectivamente de incorporar las aspiraciones, necesidades y propósitos del movimiento popular; y a la vez, en la medida que se van generando y profundizando nuevas experiencias de participación, éstas van constituyendo un elemento clave en la conformación de un sujeto histórico capaz de luchar por sus intereses y desarrollar su propio proyecto. Es en este proceso de participación que las organizaciones populares se van asumiendo como actores y dirigentes de su propia historia.

Los distintos trabajos que han experimentado formas de aprendizaje de la participación demuestran que no existen normas o fórmulas preestablecidas. La única pauta es que cada comunidad, recogiendo las experiencias de otros grupos, va ensayando su propio camino. Algunos elementos que facilitan el desarrollo de este proceso de aprendizaje están dados, primero, por el conocimiento crítico que tienen los grupos populares con respecto a su propia realidad; segundo, por la forma cómo perciben sus derechos a nivel personal y colectivo; y tercero, por la valoración de su capacidad para actuar y plantear soluciones concretas.

III. Un tercer criterio que está presente en el trabajo poblacional se refiere a la acción que los grupos u organizaciones van emprendiendo en función de los problemas o necesidades detectadas. En este sentido el trabajo no se limita exclusivamente en un proceso reflexivo o de diagnóstico de los problemas concretos que percibe la comunidad; por el contrario, se incorpora la acción como eje central en torno al cual se desarrolla el trabajo. Esta referencia permanente a la acción es considerado como requisito propio de las organizaciones enfrentadas a la exigencia de crear respuestas a las necesidades que les dieron origen. No es nuevo el ejemplo de los grupos que se diluyen al no encontrar soluciones concretas a sus problemas básicos, como es el caso actual de muchos Comités de Vivienda.

Pero también, reconociendo la unidad del comprender y del actuar, las acciones concretas que emprende el grupo adquieren otra dimensión. El desarrollo de una conciencia crítica frente a la realidad no se da al margen de nuevas formas de actuar, que se traducen en transformaciones de la realidad dentro del nivel planteado.

Esta intención "activa" se expresa a lo largo de todo el trabajo en los diferentes métodos y técnicas empleados. Así, quienes optan por una metodología activa en el momento del diagnóstico, incorporan también alternativas de investigación-acción en donde predomina una forma colectiva de aproximarse a la realidad en base a las necesidades sentidas por la comunidad. Este punto de partida implica sucesivamente elaborar respuestas concretas a los problemas iniciales.

Al mismo tiempo, esta opción privilegia formas activas de trabajo grupal, que facilitan una máxima interacción entre los miembros y un aprendizaje en base a las experiencias de los participantes. Por último la referencia a la acción se manifiesta también en los momentos de evaluación, reconociendo los cambios ocurridos en las maneras como las personas del grupo comprenden y actúan en una perspectiva de transformación de la realidad.

En materia de definir las acciones que los grupos van a emprender nos enfrentamos a la disyuntiva de cuales son aquellas actividades que privilegian un desarrollo del grupo en términos de consolidar la organización y elevar los niveles de conciencia, y cuales estarían llevándolo a un estancamiento o retroceso. Al respecto podemos hacer referencia a un proceso de autodiagnóstico realizado por pobladores de la población "La Libertad": se llegó primeramente a definir las principales necesidades de la comunidad y posteriormente, a través de un proceso de discusión por grupos, se determinó sobre cuáles problemas la comunidad emprendería alternativas de solución. A partir de este ejemplo, queremos recalcar la importancia que tiene que las decisiones sobre las acciones que emprenderá el grupo estén en manos de todos los participantes, considerando sus experiencias anteriores, las distintas alternativas propuestas y las opciones que orientan el trabajo.

IV. A nivel de la explicación de los problemas de los grupos populares encontramos otro de los criterios que orientan el trabajo social. Que los grupos busquen interpretaciones globales y críticas a sus problemas, reconociendo causas e interrelaciones, constituye una opción compartida por la mayor parte de experiencias poblacionales. Se rechaza en general que sean los actores externos los que entregan los análisis globales o interpretaciones críticas: por el contrario, se persigue que los mismos grupos lleguen a una apropiación crítica del saber, del entender, del interpretar. Esto se traduce en aprender a manejar una metodología de obtención de información y de análisis de ella.

Como la mayoría de las experiencias de trabajo poblacional se desarrollan dentro de un espacio reducido, está presente el desafío de establecer mecanismos de contacto y comunicación con otros grupos, de manera de alcanzar una percepción más global de la realidad. En esta misma línea se inscribe la preocupación por la recuperación de la historia de un pueblo, como un rescate de la memoria colectiva que, partiendo de necesidades y problemas del presente, contribuya a clarificarlos en una perspectiva más amplia. Así, la intercomuni-

cación con otros que enfrentan una situación similar y la apropiación del pasado son elementos que contribuyen a un análisis crítico de la realidad.

Esta opción es de partida opuesta a los intereses de la dominación autoritaria que persigue la aceptación acrítica del discurso e información oficial y la sumisión ante hechos consumados. Por el contrario, esta forma de trabajo fomenta el cuestionamiento frente a los problemas, hechos o informaciones oficiales.

V. El quinto criterio se refiere al problema de la autonomía. Muchas experiencias de trabajo poblacional han estado enmarcadas en la perspectiva de generar condiciones para la autonomía del movimiento popular -como asimismo de cada uno de sus participantes-: sin embargo esta línea constituye actualmente uno de los desafíos más importantes del trabajo con sectores poblacionales.

La opción por una práctica que vaya generando condiciones de autonomía, parte del reconocimiento de la capacidad de los grupos populares para asumir por sí mismos su proceso de liberación. Quienes se inscriben en esta perspectiva de trabajo (talleres de mujeres, equipos de salud, bibliotecas populares, agrupaciones culturales, etc.) reconocen que la adquisición de nuevas capacidades de acción y pensamiento para enfrentar nuevas situaciones parten de las experiencias personales y colectivas previas: son aquellas prácticas que asumen el quehacer como un aprender a pensar, un aprender a actuar, un aprender a crear; y no un memorizar cómo otros han pensado, actuado, trabajado y creado por el movimiento popular.

Todas las experiencias de autonomía van creando condiciones de ruptura con las formas de dominación. El movimiento popular, y especialmente los grupos de pobladores, han estado sometidos a distintos tipos de dominación -desde los gobiernos y grupos dominantes hasta otras, como las de partidos políticos y grupos de Iglesias-. Por lo tanto al hablar de autonomía se busca una ruptura con los lazos de dependencia que impiden un desarrollo propio del movimiento popular en base a sus necesidades y aspiraciones.

VI. Una última definición que imprime cierta singularidad al trabajo social poblacional se refiere al problema de la sistematización. Es decir, como se asegura una secuencia, un seguimiento, un orden dentro de una experiencia colectiva. Por lo general las experiencias de trabajo poblacional tienen una duración no determinada, donde el trabajo se va acumulando, revisando, replanteando, pero su secuencia muchas veces no está clara para los participantes como tampoco para los actores externos. La exigencia de un trabajo de sistematización responde a necesidades de los actores externos en términos de poder intercambiar experiencias con otros, y de poder generalizar resultados a partir de experiencias concretas. Pero a la vez, es fundamental incorporar un criterio de sistematicidad en el desarrollo mismo del trabajo, porque interesa que cada grupo pueda valorar su propia experiencia, reconociendo el punto de partida, la estrategia y acciones emprendidas, así como los resultados obtenidos. De esta forma es el colectivo el que acumula experiencias, va comprendiendo el sentido de sus acciones y adquiriendo herramientas ya sea para planificar, realizar autocríticas, tomar decisiones, compartir con otros, etc..

Hay un gran número de experiencias poblacionales que no se identifican como un determinado proyecto, es decir, no reconocen explícitamente puntos de partida ni estrategias de acción, como tampoco resultados concretos. Pero en la medida que se inicia un proceso de reflexión en torno a esas prácticas se revela que sí existe un problema concreto común que se está abordando, que también hay una determinada manera común de enfrentar la acción y la reflexión, y que hay logros y resultados que son en gran medida, también, de todos. Esta reconstrucción de experiencias es indispensable en la perspectiva de comunicar y mejorar la calidad de las prácticas.

Alrededor de los planteamientos que hemos resaltado se ha generado ya un cierto consenso. Al margen de la inserción en distintas instituciones y agencias y de las diferentes posiciones ideológicas, se ha venido conformando un colectivo de trabajadores o animadores sociales en torno a las líneas de trabajo señaladas. Este grupo social comparte una trayectoria, un norte común frente al trabajo y, a la vez, un conjunto de interrogantes producto de su misma práctica.

Muchas de las interrogantes se refieren a las relaciones de las prácticas sociales específicas con las prácticas de producción de conocimiento científico; otras tiene que ver con problemas de métodos y técnicas más rigurosas para el trabajo poblacional; y, otras circulan en torno a la relación entre estas prácticas de trabajo, animación y educación social en poblaciones y el quehacer político orgánico y su rol hoy día. Nuestra percepción es que frente a la preocupación por la relación entre las prácticas poblacionales y las ciencias sociales se van generando paulatinamente instancias de debate e intercambio. Sin dejar de reconocer que una parte de las tareas de investigación científica se desarrolla por grupos que se mantienen desvinculados del movimiento popular, es evidente que al menos en las temáticas que afectan a los grupos populares urbanos se va produciendo una mediación y un intercambio permanente en búsqueda de la validación de las proposiciones y resultados del trabajo más académico. En general, existe también una preocupación por experimentar nuevos métodos y técnicas de trabajo: aunque se han dado algunos pasos en este sentido, es evidente que persisten vacíos, producto básicamente de las exigencias de una práctica demasiado absorbente, que va impidiendo detenerse a revisar, replantear o innovar formas de trabajo. Por último, en la discusión entre trabajo social poblacional y actividad político-orgánica tiende a abrirse una brecha. Uno de los motivos es que quienes están actualmente presentes en el trabajo poblacional han ido construyendo una concepción distinta a la tradicional del trabajo político. En el pasado (y a veces también en el presente) el trabajo de organización, concientización, movilización, se concebía desde una visión verticalista, organicista y rígida, donde el fruto de las experiencias de trabajo poblacional debía arrojar una determinada producción de "cuadros" militantes o de apoyo electoral. La búsqueda actual de una redefinición del trabajo político con sectores poblacionales parte de una evaluación negativa de los resultados obtenidos de tal tipo de práctica política: un distanciamiento cada vez mayor entre pobladores y militantes, dificultad para que éstos se involucren en las tareas cotidianas, dificultad para masificar el trabajo, etc... Pero, a la vez, esta redefinición es producto de la puesta en marcha de experiencias que buscan un desarrollo de las organizaciones donde predominen las relaciones participativas y democráticas, la reflexión crítica, las soluciones operativas que involucren a un número cada vez más am-

plio de pobladores y donde se generen condiciones de autonomía del movimiento popular. Así, la ruptura con una forma tradicional del quehacer político en los sectores poblacionales va unida a la construcción de un camino diferente con el que hoy se identifican muchos de quienes trabajan por la reconstrucción de un movimiento popular capaz de levantar su propio proyecto histórico alternativo.

El hecho que hoy este trabajo esté sustentado por un amplio grupo (colectivo) compuesto por trabajadores sociales, educadores populares, animadores, cientistas sociales, agentes pastorales, etc. permite prever un mayor intercambio y la posibilidad de ir rescatando y generando nuevas experiencias. Al mismo tiempo, encierra el riesgo de que se "gremialice" una perspectiva más amplia.

Diciembre 1981

La importancia y vitalidad que han tenido históricamente nuestros movimientos estudiantiles resulta a menudo desconcertante. En determinadas ocasiones, los estudiantes han tenido una capacidad de cuestionamiento de la sociedad y un afán de renovación cultural, social y política que es difícil encontrar en otros movimientos, incluso dentro del propio movimiento obrero. Éste ha sido el caso, principalmente, de los movimientos estudiantiles originarios (premarxistas), por ejemplo, el movimiento del veinte, cuyo desafío al orden oligárquico hizo época, los movimientos reformistas del veintidos y veintiseis que intentaron realizar entusiastamente la reforma universitaria o el movimiento estudiantil que participó en la caída de Ibañez, cuya crítica al militarismo tuvo importancia nacional.

Históricamente, estos movimientos estudiantiles se constituyeron a través del propósito de reforma universitaria siguiendo la tradición que levantaron los estudiantes cordobeses del 18 (1). La lucha de los estudiantes de Córdoba contra las burocracias académicas (clericales más encima) expresaron muy claramente las demandas de una nueva generación por convertirse en una fuerza social y política autónoma. La insurgencia estudiantil de esos años fue organizada en torno a una concepción celosamente independiente y, muchas veces vanguardista, acerca del papel de la juventud en el cambio social. La juventud universitaria llegó a autoasignarse una misión histórica de alcance continental, expresada en la famosa frase del Manifiesto de Córdoba: "estamos viviendo una hora americana".

Todos estos movimientos estudiantiles convergieron en la exaltación de la juventud como fuerza renovadora. "La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse" declaraban los estudiantes de Córdoba. La FECH de los años veinte con

(1) Programa de Córdoba continene 4 demandas: autonomía universitaria, asistencia y docencia libre, participación estudiantil en los organismos directivos y extensión universitaria.

fiesa que tratará de realizar sus aspiraciones "independientemente de toda influencia extraña" y adopta, consecuentemente, una actitud firmemente autonomista. Aún diez años después, tras la caída de Ibañez en 1931, la Federación declara para escándalo de muchos que "siempre los estudiantes han sido los impulsores de las revoluciones en los distintos países de la tierra; siempre ha partido de ellos el primer grito de rebelión y, sin embargo, por lo general se han visto defraudados, porque de sus sacrificios y sus múltiples esfuerzos se han aprovechado fuerzas audaces" (1).

Este temperamento de los movimientos estudiantiles del veinte, no obstante, comenzó a ser fuertemente combatido y finalmente aniquilado, a partir de la introducción del marxismo en la lucha estudiantil a comienzos de los años treinta. La tradición marxista ortodoxa ha entendido a los estudiantes de una manera radicalmente diferente.

Las concepciones más usuales, difundidas muy firmemente en nuestra izquierda hasta hoy, definen a los estudiantes por su origen de clase (pequeño-burgués), o bien, por la edad (jóvenes) que apunta a destacar el carácter ambiguo de los intereses de clases de los estudiantes, y por lo tanto, el potencial de desclasamiento que existe naturalmente entre ellos.

El principal resultado de este reduccionismo de clase fue el encuadre de los movimientos estudiantiles dentro de la política de los llamados partidos proletarios. Históricamente, el proceso de marxistización de los estudiantes comienza a producirse a partir de la crítica de la reforma universitaria. Hacia finales de la década del veinte, el fracaso de los procesos de reforma universitaria en América Latina era más o menos evidente. En nuestro país, el ciclo de la reforma parecía cerrarse con el fracaso del movimiento reformista del 26, con la frustración de la reforma educacional de Ibañez, entusiastamente promovida por la Asociación General de Profesores, hacia finales del 28 y con el postrer fracaso del proyecto de reforma universitaria, redactado con el concurso estudiantil a comienzos del 32. En su lugar, se abría la crisis capitalista, provocando enormes tensiones sociales que aparentemente reactivaban la promesa marxista acerca del derrumbe definitivo del capitalismo.

El atractivo ideológico de la revolución proletaria (al modo bolchevique) desplaza el interés por la reforma universitaria. La insurgencia estudiantil reformista de los años veinte (a pesar de haber buscado explícitamente la alianza con los movimientos obreros) comienza a ser severamente enjuiciada, como un movimiento que obedeció "legítimamente a los intereses de la pequeña burguesía industrial y agrícola en desarrollo". En los periódicos estudiantiles de la época, la crítica de la reforma es frecuentemente lapidaria. "Si el elemento estudiantil de América se coloca en una posición reformista, ésta no podrá ser otra que en completo acuerdo con los intereses de la clase dominante, de la gran burguesía industrial, y por lo tanto del imperialismo; en otro caso caerían bajo la influencia de los obreros y campesinos, y esto es tan di-

(1) Declaración FECH, agosto 1931.

LA REFORMA Y EL MARTILLO

(Contra el culto al proletariado en los movimientos estudiantiles)

Eduardo Valenzuela

fácil que su realización la dejamos para última hora". (Mástil 2, 1930). "La autonomía universitaria es un mito burgués tan viejo como el de la libertad individual y tan pernicioso el uno como el otro... Lo cierto es que una democratización real (en la universidad) no tiene sentido en un régimen capitalista... La docencia libre es otro espejismo de la juventud y de la asistencia libre se puede decir que si bien abre aparentemente las puertas de la Universidad a todo individuo, no pasa más allá de ser un buen propósito. Podrían analizarse los diferentes puntos de los programas de reforma universitaria porque se ha luchado no sólo en nuestro país sino en América toda, desde el manifiesto de los estudiantes de Córdoba del año 18 hasta nuestros días, y a través de cada uno de ellos no se advertiría en esencia más que el deseo intenso de las clases burguesas de afirmarse, de asegurar su patrimonio económico, político y cultural" (Mástil N° 4, 1932).

La ruptura con el programa de Córdoba y el temperamento de los movimientos estudiantiles reformistas es profunda y definitiva. La insurgencia estudiantil de esos años es calificada de "mucha literatura, mucho lirismo, mucho romanticismo libertario, pequeño burgués, al servicio de una política determinada y a lo más, un connubio de idealismo y revolucionarismo sin alcance social verdadero" (Síntesis, N° 1, 1933).

La crítica marxista de la generación estudiantil anterior abarca no solamente el desprecio por el reformismo universitario, sino también la crítica del carácter generacional que asumió la protesta política de los estudiantes del veinte. Desde una generación que se autoasignaba una misión histórica que cumplir en la realización de una nueva sociedad, se pasa a otra generación que no oculta su autodesprecio por el origen social pequeño burgués de los estudiantes. Por contrapartida, se construye entre los estudiantes marxistas un poderoso "culto al proletariado y al trabajo manual" y se hace descansar las posibilidades políticas de los estudiantes en el "proceso de proletarianización de la pequeña burguesía" que inevitablemente debía provocar la crisis capitalista.

El contrapunto entre ambas generaciones aparece cristalinamente en una selección de poemas publicados por la revista Síntesis bajo el título "La Poesía, La Epoca y Los Estudiantes". En estas páginas se reproducen algunos poemas de Domingo Gómez Rojas, símbolo del idealismo estudiantil chileno del veinte, que muestran a esa "juventud que vive siempre en trance de heroísmo" según el Manifiesto de Córdoba. Por ejemplo, en "Protestas de Piedad" Gómez Rojas escribe:

En esta Cárcel donde los hombres me trajeron
en donde la injusticia de una ley nos encierra:
he pensado en las tumbas en donde se pudrieron
magistrados y jueces que hoy son polvo en la tierra.

Desde aquí sueño Madre con el sol bondadoso
que viste oro diáfano al mendigo harapiento,
con las vastas llanuras, con el cielo glorioso,
con las aves errantes, con las aguas y el viento.

La libertad que canta con las aves y es trino
con los niños, es juego; con la flor es fragancia;
con las aguas canción, con el viento divino
vespertino, errante aroma de la lejana distancia.

Todo es nostalgia Madre y en esta Cárcel fría
mi amor de humanidad, prisionero, se expande
y piensa y sueña y canta por el cercano día
de la gran libertad sobre la tierra grande.

El punto de vista materialista de la nueva generación se expone, en
cambio, en los poemas de Moisés Cáceres, Astolfo Tapia. El poema "Trabajo"
de Cáceres dice así:

Resuello de fuelles. Músculos. Sienes.
Brazos expertos para dar el tajo.
Dinamos. Navíos. Aeroplanos. Trenes.
¡Bendito sea el fruto del trabajo!

Martillos, martillos, martillos.
Metamorfosis de bronce y hierros.
Cesan su música los organillos,
y ladran los yunques como perros!

Por entre enredaderas de andamiajes
crecen altos árboles de cemento.
Pero en los dolorosos suburbiajes
está podrido hasta el olor del viento.

Orquesta de hélices y motores.
Soles de quinientas o más bujías.
Cansancios... Insultos... Sudores...
Dios imalditas sean tus ironías!

Por su parte, Tapia Moore escribe en "Brazo y Acero":

Golpes de martillo
tensión eléctrica.
Por edificios grandes de firmeza proletaria
se desgranran los hombres de la era del mañana.

Un brazo gigante
mueve una rueda más gigante
y de la fábrica humana
de yunque de acero
sale la chimenea enorme de una nueva cultura

La crítica de la reforma universitaria y el culto al proletariado
han sido desde entonces los instrumentos fundamentales a través de los cuales

se ha constituido la ideología universitaria de la izquierda chilena(1). La conciencia espontánea de los estudiantes alcanza estrechamente los propósitos de una reforma universitaria pequeñoburguesa. Por lo tanto, se hace necesario la constitución del partido que vincule los esfuerzos estudiantiles con la actividad revolucionaria del proletariado, a través del cual la lucha estudiantil adquiere una proyección histórica (2).

Como se sabe, esta ideología ha llevado únicamente a la constitución de movimientos de juventudes políticas dentro de las universidades. La adscripción de las luchas estudiantiles a los partidos condujo inevitablemente al abandono de la reforma universitaria y a la instrumentalización de los estudiantes en la lucha política inmediata (3).

El programa de Córdoba fue definitivamente reemplazado por los métodos clásicos del activismo político. La izquierda renunció al reclamo histórico de los estudiantes por democratizar el poder universitario y convertir a los estudiantes en una fuerza social renovadora. Las luchas estudiantiles de

- (1) El "culto al proletariado" fue formulado luego, más pragmáticamente, a través de la tesis de la "alianza obrero-estudiantil", que se convirtió en una de las consignas básicas de la izquierda universitaria. Dicha alianza se justificó diciendo que la reforma democrática de la Universidad nunca sería posible mientras no se realizara una revolución total de la sociedad. No obstante, este argumento sirvió para desprestigiar la reforma y subordinar la lucha por la democratización universitaria a los objetivos políticos de los partidos.
- (2) La adscripción del estudiante al partido, es decir, su transformación en cuadro, ejerce precisamente su origen pequeñoburgués, pues, como se sabe, las características principales de los partidos de cuadro es la "igualdad de todos en el seno del partido", independientemente de los atributos sustantivos del militante. El formalismo de la noción de "cuadro" se traslada también a los movimientos sociales, que se transforman en "frentes", despojados igualmente de sus características y tradiciones históricas particulares. La relación entre "cuadro" y "frentes" también se formaliza mediante la "táctica" y la "estrategia" que se procura impulsar unánimemente en un momento dado. Evidentemente, estas formalizaciones conducen a construir una relación totalmente externa entre conciencia política y conciencia estudiantil, cuya vinculación se realiza normalmente en términos manipulativos y burocráticos.
- (3) El Partido Comunista moderó su crítica de la reforma universitaria, una vez que abandonó las tesis insurreccionalistas y asumió la línea de los frentes amplios antifascistas. La reforma universitaria se convierte en una de las tareas democráticas-nacionales que es necesario emprender como antesala de la revolución socialista. No obstante, la adjudicación de la reforma universitaria a los intereses democráticos-burgueses queda intacta en toda esta argumentación. La reforma es esencialmente extraña a los intereses proletarios, y sólo se asume con propósitos tácticos. Históricamente, esto condujo a un entendimiento bastante prolongado entre el establishment universitario encabezado por Juvenal Hernández y la Federación de Estudiantes, que en los años treinta y cuarenta abandona derechamente todo propósito reformista que pudiera amenazar a las burocracias académicas (de origen liberal y radical).

carácter reformista fueron reducidas al carácter de luchas reivindicativas, al modo del sindicalismo obrero. Por encima de la llamada lucha reivindicativa se constituyeron movimientos de juventudes políticas, convertidos la mayor parte de las veces, en instrumentos de agitación política directa (especialmente por su predisposición a la lucha callejera), en sedes de reclutamiento de cuadros partidarios y en verdaderas burocracias de solidaridad política.

Estos movimientos de juventudes políticas tuvieron su apogeo hacia finales de la década del treinta, durante las campañas del Frente Popular, y luego en los últimos años de la década del sesenta, donde los movimientos estudiantiles proporcionaron la base de reclutamiento de una juventud jacobina e intransigente, que jugara un papel sumamente activo durante el Gobierno de Allende. Estos grandes movimientos de juventudes políticas, no obstante, tendieron a languidecer y burocratizarse en los períodos de menor tensión y turbulencia política. Generalmente, en esos períodos, las juventudes políticas son derrotadas por el gremialismo estudiantil, que agita con gran eficacia la reacción contra la hiperpolitización universitaria.

Los conflictos entre juventudes políticas y gremialismo estudiantil atravesaron toda la historia de la FECH desde los treinta en adelante. Sin embargo, los movimientos reformistas (vinculados al programa de Córdoba) vuelven a aparecer: primero, entre los años 45 y 47, cuando se constituye un movimiento de reforma encabezado por dirigentes de escuelas universitarias que reaccionaron contra la burocratización de la Federación; y luego, en los años 67 y 68 con los estallidos reformistas que surgieron desde las universidades católicas. Ciertamente, ambos movimientos no nacieron ni remotamente vinculados con la tradición que encabezaran los estudiantes marxistas.

A menudo se ha criticado la obsolescencia del programa estudiantil de Córdoba. Pero, ¿cómo explicar la persistencia y continua reiteración de movimientos reformistas en la trayectoria de las luchas estudiantiles? Al parecer, hay que abandonar definitivamente la definición de clase que se acostumbra hacer de los estudiantes. Los estudiantes -muy probablemente por su desconexión con la estructura productiva- realizan muy fácilmente una vocación universalista, que otros movimientos habitualmente delegan (en los partidos) o nunca realizan por completo, permaneciendo en el plano de la lucha corporativa. Dentro de la tradición liberal iluminista de nuestras universidades, dicha vocación universalista no hace más que reforzarse y expandirse y encuentra entre los estudiantes la principal disposición para asumirla. En efecto, todos los movimientos estudiantiles reformistas han tenido esta vocación universalista y la reforma universitaria ha sido el principal instrumento a través del cual esta vocación se despliega.

En efecto, ¿cuáles son los principales obstáculos que se presentan para realizar esta vocación entre los estudiantes? Por un lado, la profesionalización o tecnocratización de la enseñanza universitaria que constriñe a los estudiantes a realizar únicamente su función social específica en la estructura de producción. Por otro lado, el autoritarismo universitario que ha sido habitualmente el instrumento fundamental para encuadrar a los estudiantes en esa tarea. La demanda por reforma universitaria, pues, lucha frontalmente contra estos obstáculos, y a la vez, contra la intervención estatal en las univer-

sidades (autonomía universitaria) y contra las burocracias académicas (docencia y asistencia libre; o curriculum flexible como se decía en los sesenta; y participación estudiantil que prive a esas burocracias del monopolio del poder universitario). La presencia estatal y la consolidación de burocracias académicas se presentan como los principales enemigos de los movimientos estudiantiles. No obstante, los movimientos de reforma universitaria nunca se han agotado en la tarea propiamente universitaria. El objetivo último de la reforma es la extensión universitaria, es decir, la realización de una vocación universal, llámese "misión histórica de las juventudes latinoamericanas" en los años 20 o "compromiso social de las juventudes" en la década del 60. Los efectos de modernización y racionalización universitaria que, algunas veces, han acompañado los procesos de reforma, han sido siempre la contracara tecnocrática de los movimientos reformistas (generalmente encabezados por funcionarios estatales o burócratas académicos). En cambio, para los estudiantes, la reforma es el sustrato de modificaciones fundamentales que requiere la vida universitaria para realizar una vocación que habitualmente trasciende las fronteras de la universidad.

El programa de Córdoba tiene, por lo tanto, una importancia fundamental, pues a través de la reforma los estudiantes han sido capaces de realizar una vocación universalista de gran resonancia pública. Cuando esta vocación, en cambio, se ha tratado de realizar a través de los partidos los estudiantes no han pasado más allá de constituir movimientos de juventudes políticas, habitualmente instrumentalizados en la lucha inmediata.

La reforma universitaria, pues, es la clave para comprender los principales movimientos estudiantiles que ha producido nuestra historia. Los movimientos reformistas no tienen nada que ver con los llamados "intereses de clase de una pequeña burguesía en ascenso" (salvo evidentemente las versiones tecnocráticas del reformismo universitario), sino, antes que nada, con la predilecta posición que manifiestan los estudiantes de realizar una vocación universalista que está presente precisamente en nuestra tradición universitaria de corte liberal iluminista (1)

La conciencia estudiantil, en efecto, tiene poco de corporativa o gremialista. Hemos visto que el gremialismo estudiantil es, más bien, una reacción contra la hiperpolitización de los estudiantes. Las tareas y luchas estudiantiles a lo largo de nuestra historia tienen que ver, una y otra vez, con la crítica de la sociedad, de la política y de la cultura de una época, y sólo

(1) En efecto, la reforma ha estado siempre emparentada con las tradiciones del liberalismo revolucionario: individualismo revolucionario, romanticismo, movimientos libertarios cercanos al anarquismo, cristianismo revolucionario, etc.. La dificultad del marxismo ortodoxo por entender la reforma universitaria es parte de una dificultad más general de nuestro marxismo por comprender la tradición revolucionaria del liberalismo. Frente a esta tradición, el marxismo ha asumido habitualmente una actitud despectiva ("conciencia atrasada") o ha provocado un proceso de cooptación ideológica, en general de gran eficacia, que abarca desde la marxistización de los movimientos de reforma universitaria hasta la marxistización de los movimientos cristianos y del propio socialismo chileno.

en muy contadas ocasiones, con el bienestar estudiantil, el futuro profesional o cosas por el estilo. Detrás de estas luchas estudiantiles se esconde precisamente la predisposición de los estudiantes de asumir una responsabilidad que vaya más allá del estudio profesional y de la competencia académica. Esta vocación, que hemos llamado universalista, exige y explica la persistencia histórica que han tenido las banderas reformistas entre los estudiantes y, sobre todo, la obstinada voluntad de los movimientos estudiantiles de realizar la reforma pese a su evidente fracaso histórico.

La dirección del reformismo estudiantil navega, pues, a contrapelo de los pretendidos intereses de clase que la tradición marxista ha querido adjudicar a los estudiantes. En efecto, todo el esfuerzo de la reforma consiste en despojar a los estudiantes de sus determinaciones de clase (interés profesional) y reemplazarlo por una conciencia universalista que surja de la crítica de la institución universitaria (profesionalismo y autoritarismo) y se despliegue hacia el resto de la sociedad. Este temperamento de los movimientos reformistas, habitualmente, no ha requerido de ninguna conciencia externa (partido) que se autoasigne la propiedad de los intereses universales de los estudiantes, sino que ha surgido desde el sustrato mismo de nuestras universidades liberales y de la tradición iluminista que ellas encarnan.

No obstante, esta cuestión ha sido virtualmente incomprendida por la tradición marxista que hemos descrito. La displiscencia de la izquierda respecto de la reforma universitaria vuelve a manifestarse, como en los treinta, con ocasión de los movimientos de reforma del sesenta. El esfuerzo principal de la izquierda en esos años será transformar los movimientos reformistas en movimientos políticos encuadrados dentro de los partidos proletarios. Otra vez, el dilema de hierro entre reforma y revolución será enarbolado para exorcizar el origen social pequeñoburgués de los estudiantes, mientras el culto al proletariado (convertido prontamente en culto al partido proletario) alcanza su mejor resplandor.

Esta crítica marxista de la reforma termina, evidentemente, por desarticular los movimientos estudiantiles, que ya hacia finales de los sesenta se desenvuelven dentro del esquema clásico que separa las juventudes políticas del gremialismo estudiantil.

En resumen, el problema de los movimientos estudiantiles se ha pensado históricamente desde dos vertientes: desde la tradición marxista ortodoxa que, por un lado, reduce la lucha estudiantil al nivel del reformismo pequeñoburgués, y por otro lado, constituye el "culto al proletariado" y promueve la construcción de juventudes políticas afiliadas a los partidos obreros, que representan o encarnan la vocación universal de los estudiantes. Frente a esta tradición se ha levantado permanentemente una tradición liberal revolucionaria (o radical si se quiere) que promueve el surgimiento de una conciencia universal entre los estudiantes desde la reforma universitaria en pugna contra aquellos obstáculos que comprimen al estudiante en una determinación de clase específica.

Esta última tradición, indudablemente, ha producido los movimientos estudiantiles más turbulentos, rebeldes y ofensivos que recordamos.

VIDA Y MUERTE EN EL NUEVO ORDEN, Y GENESIS DE UNA MORAL ALTERNATIVA *

Germán Bravo

* Este artículo resume parte de una investigación más amplia sobre "Estado y Democracia en el período de la nueva institucionalidad" realizada junto a Jorge Vergara entre los años 1980-81, contando con el apoyo de una Beca del Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

La experiencia vivida por los familiares de detenidos-desaparecidos aparece como uno de los casos límites en las modificaciones experimentadas por la sociedad chilena a partir de 1973. Ella muestra en forma límite la transformación de una identidad social la ruptura de un conjunto de referentes por medio de los cuales los individuos daban un sentido y ordenaban sus vidas en la sociedad.

Este proceso de ruptura de referentes y de transformación de identidades sociales constituye una experiencia generalizada en la sociedad chilena a partir de 1973, experiencia que para unos implica adaptación a las nuevas pautas dominantes, y para otros significa distintas formas de crisis nómica.

Entenderemos aquí por nomos un tipo de conocimiento que permite esquematizar la realidad, ordenarla y darle sentido, base referencial sin la cual nuestros actos se convierten en una serie de movimientos erráticos y desesperados. "Visto en la perspectiva de la sociedad, todo nomos es un área de significado excavado en una vasta masa de carencia de significado, un pequeño claro de luz en una jungla informe, oscura y siempre ominosa. Visto en la perspectiva del individuo, todo nomos representa el brillante "aspecto diurno" de la vida, tenuemente mantenido contra las siniestras sombras de la noche. En ambas perspectivas, todo nomos es un edificio erigido frente a las fuerzas potentes y extrañas del caos" (1).

En este sentido, con posterioridad a 1973 un conjunto de personas y grupos en la sociedad chilena experimentan una situación de crisis nómica: el nomos anterior resulta incapaz de dar cuenta de la realidad en la nueva sociedad y de ordenar la propia vida en ella. Los soportes simbólicos, imágenes y referentes que permitían ordenar y darle un sentido a la vida parecen quebrar se provocando un vacío nómico, una ausencia de nomos para operar en la reali-

(1) Berger, Peter: El dosel sagrado: elementos para una sociología de la religión.

Amorrortu Eds., Buenos Aires, 1971, p. 38

dad. Se da así toda una gama de situaciones personales y grupales que van desde el vacío absoluto -en tanto extrañamiento límite frente a la realidad-, hasta una adaptación al nuevo nomos abandonando los referentes anteriores, pasando por una serie de situaciones intermedias que implican una suerte de diálogo neurótico a nivel consciente e inconsciente entre el viejo y el nuevo nomos, lo que tiene efectos no sólo en la concepción política de los individuos sino en el conjunto de sus experiencias vitales.

Dentro de este proceso, la experiencia de los familiares de detenidos-desaparecidos es extrema; ella los introduce a zonas límites -el dolor, la muerte-, desde donde sufren una ajenidad total frente a la realidad. Aquí, el vacío y la oscuridad parecen ser absolutos: se habita un mundo de las sombras que opera en los subterráneos de la vida diurna -la vida 'normal'- experimentando el espanto existencial del vacío de sentido y de la exterminación física.

Desde esa experiencia toda la realidad parece cambiar de color y de sentido. Como lo señala Peter Berger, en tales situaciones límites el individuo parece entrar en "acucientes sospechas de que el mundo puede tener otro aspecto diferente del 'normal', esto es, que las definiciones aceptadas previamente de la realidad pueden ser frágiles o hasta fraudulentas. Tales sospechas se extienden a la identidad de sí mismos y de otros y plantean la posibilidad de metamorfosis violentas" (1).

Los familiares aparecen así como actores fundantes -aunque por negación- de una sociedad que transformó su sentido como totalidad. Pues lo que varió no fue sólo su organización económica, las relaciones de fuerza política o las invocaciones ideológicas, sino el modo como esa sociedad se constituye a sí misma y el modo como se plantea el problema humano como totalidad: la sociedad cambió su historicidad, esto es, el modo como ella se hace a sí misma, como se representa y actúa sobre sí (2); transformó tanto su sentido histórico, como el tipo de sujetos que crea y el modo como éstos se constituyen.

En este contexto, la Agrupación de Familiares de Detenidos- Desaparecidos (AFDD), representa un sujeto social por negación: en la medida que la sociedad despliega su nuevo ser crea a su contrarios, y así la Agrupación aparece como el polo necesario de una de las oposiciones que funda a esa nueva sociedad: la oposición vida-muerte. El modo como se introduce esta oposición involucra mucho más que a los directamente afectados, y aparece como un hito en la transformación de la memoria colectiva de la sociedad. Esta oposición se graba en la sociedad como totalidad, alterando el modo como ella enfrenta y significa el problema de la vida y la muerte. Es en esta resignificación general de la sociedad donde se enmarca la experiencia de los detenidos-desaparecidos. Esta suerte de historia oculta por la historia diurna de la modernidad aparece como un fenómeno que revela una faz de la sociedad de cuyos signi

(1) *Idem.* p. 37

(2) Ver, Touraine, Alain: Introducción a la Sociología, Ed. Ariel, Barcelona, 1978.

ficados más profundos no somos aún del todo concientes, no sólo en cuanto a su realidad como hecho empírico, sino en relación a los procesos colaterales que desata en los individuos, así como a la huella que deja en la memoria colectiva.

La experiencia de los familiares resulta así parte fundante de un nuevo campo de significaciones que crea un nuevo tipo de sujetos sociales. La identidad de los familiares y de la Agrupación como colectivo se van a ir constituyendo en un mismo movimiento con el poder que los crea como realidad: ambos participan de una misma dialéctica que recrea a la sociedad como totalidad y que resignifica las prácticas sociales. Esa experiencia revela que ni la vida ni la muerte son fenómenos estáticos o unívocos en cuanto a su significado, y que más bien transforman su sentido de acuerdo al "uso social" que se haga de ellas. El sentido de la vida y de la muerte no es, socialmente hablando, ni pre-dado ni una creación puramente individual o aislada, sino una construcción social, una construcción simbólica que se constituye, se reproduce y se transforma a partir de las prácticas sociales ya sea en sus formas más elaboradas -como sistemas religiosos o filosóficos- o a través de la vida cotidiana y de las distintas formas de diálogo entre ambas.

En este contexto interesa aquí analizar la praxis de los familiares de detenidos-desaparecidos a través de un doble proceso de crisis y de creación de sentidos donde se resignifica la realidad y la propia identidad: postulamos la existencia de un proceso de ruptura frente a un nomos que ya no responde a la experiencia actual de los actores (crisis de sentido), y, paralelamente, un proceso de creación de sentidos que se expresa en última instancia como el germen de una moral alternativa, moral que no aparece como un puro discurso abstracto, "por encima" de las relaciones sociales, sino que surge de la propia operatoria del nuevo orden y del tipo de sujetos que crea.

EL EXTRAÑAMIENTO FRENTE A LA REALIDAD: SE ROMPEN LAS FRONTERAS DE LO POSIBLE (1)

Julio Cortázar se refirió a los detenidos-desaparecidos como a una "población fantasmal", como una ausencia que permanece entre nosotros como presencia abstracta, una obstinada negación de la ausencia final (2). A nuestro juicio, los familiares comparten esta condición de "población fantasmal", siluetas crepusculares que pululan por el nuevo orden requiriendo por los suyos: ambos parecen ser presentes virtuales, seres presuntos, ambiguos partícipes de la realidad. Herederos de un signo que se niega a desaparecer de escena, los familiares aparecen como los mediadores entre dos realidades de ambiguos y precarios márgenes: ausencia y presencia, muerte y vida son fenómenos que adquieren

(1) En lo fundamental, el relato se basa en entrevistas personales (no-estructuradas) realizadas por el autor -que en el texto aparecen citadas sólo las iniciales de las entrevistadas- y por testimonios recogidos de diversas fuentes a citar.

(2) Cortázar, Julio; La negación del olvido; art. en ANALISIS N° 33. Academia de Humanismo Cristiano, abril 1981.

licuosos significados y frágiles fronteras en el nuevo orden. Población fantasmal, pueblo de las sombras, las historias personales y como grupo de los miembros de la Agrupación constituirán el paulatino reconocimiento de su nuevo ser en esa sociedad, en un permanente fluctuar entre la ajenidad/oscuridad a que son lanzados y la vida diurna, la vida "normal".

La experiencia del desaparecimiento implica para los familiares el enfrentarse a un mundo inimaginado: "¿dónde estaba yo que no veía todo esto?" (I.M.). Ante ese mundo parecen no existir categorías para su comprensión pues, más allá del dolor que se siente hay anchas zonas de sin-sentido: "como un niño pregunto ¿por qué todo esto? ¡Hay tantas cosas que no entiendo!" (I.M.).

La experiencia implica poner en cuestión el carácter mismo de la realidad y de la propia identidad en ella: "yo había vivido hasta ese día como una chilena cualquiera, de una familia que por haber sido personas respetables y útiles a la sociedad con su trabajo y rectitud, podía acudir a carabineros o a la justicia si algo le ocurría a un familiar" (F.C.) (1).

Ser "una chilena cualquiera" aparece aquí como un vivir socialmente en base a la representación que "Chile" hacía de sí mismo, esto es, de lo que la historia de esta sociedad había sedimentado en las conciencias como un sentido común, como una imagen o mito de sí misma y del carácter de sus relaciones sociales. Y para la mayoría de los familiares, fundamentalmente para quienes no tenían una experiencia política anterior al desaparecimiento, verse como "cualquiera" implica reconocerse a sí mismo como un actor pasivo en la construcción de esa historia, como un receptor y reproductor de un nomos cuyos parámetros centrales eran elaborados en circuitos ajenos a su propia praxis, y respecto del cual no había sospechas por su valor de verdad, por la representación que hacía de la realidad.

Para quienes en cambio habían tenido una experiencia política previa al desaparecimiento, y que en general mantenían sospechas por la imagen "brillante" del nomos dominante, el proceso de extrañamiento es menos evidente que en el caso anterior, pero de igual manera se constata la incursión en zonas de significados que cuestionan las coordenadas habituales utilizadas para operar en la vida diaria. En este caso, la experiencia es filtrada por un discurso político e intelectual más estructurado que, aunque en parte permite explicar algunos de los hechos, es igualmente desbordado en su capacidad de racionalización por la infiltración de experiencias que no logran caber en ese discurso y que dificultan la operatoria automática de los referentes anteriores. Aquí parece darse un desdoblamiento entre una "razón que explica" y un "sentimiento que no comprende": "cuando soñé con mi padre y lo veía vivo, me dí cuenta que el inconsciente es tan fuerte que aunque tú racionalices objetivamente la situación, hay toda una parte que se rebela, que tú no logras romper" (2)

(1) En, Orrego, Claudio y Verdugo, Patricia: Detenidos-desaparecidos: una herida abierta. Edit. Aconcagua, Santiago, Chile, marzo 1981, p.170.

(2) MENSAJE N° 292, septiembre 1980, p.481.

Así, tanto para quienes tenían una experiencia política previa como para quienes no la tenían, se produce un extrañamiento frente a la realidad como producto de una experiencia que rompe las fronteras de lo que la sociedad había definido como posible. Pues incluso quienes operaban con un tipo de racionalidad "objetiva", que sospechaba de las representaciones "dominantes" de la sociedad, la experiencia deja al descubierto un vacío, una ausencia de representación para dar cuenta de ella. Y esto no en un sentido empírico -el hecho del desaparecimiento, sus autores y motivos-, sino en un sentido más general: la sociedad es sensiblemente otra, sus reglas de funcionamiento han variado; y esto no es algo externo -una variación de precios o de las reglas del tránsito-, sino un cambio de sentido de la sociedad como totalidad, que redefine su situación en ella: "hasta antes del once creíamos que en la sociedad chilena había un conjunto de valores que eran para todos, como si formaran parte de una idiosincracia nacional, y la experiencia vivida hace que nos demos cuenta que eso no es así" (P.P.).

CRISIS DE SENTIDO Y CRISIS NOMICA

A partir de esa primera ruptura o extrañamiento, los familiares parecen ser absorbidos por el lado oscuro de las cosas -como oposición al aspecto "brillante" de la vida "normal", y desde allí la realidad y la propia identidad son trastocados en sus significados anteriores.

La negación de la propia vida es quizás la primera tendencia que surge de ese vacío: "me botaría en la tierra y me dejaría morir" (I.M.). La reclusión en un sí mismo incapaz de proyectarse más allá del dolor aparece como la experiencia límite de separatividad respecto a la realidad, o más bien, respecto a un nomos que permitiría al individuo imaginar un sentido en ella: "vivo hoy, sólo hoy, ya no pienso para mañana. Hace un año que vivo en esta forma, ni un proyecto, ni una ilusión, sólo el pensamiento de querer encontrarlo... Mi tiempo se detuvo el día que lo detuvieron" (I.M.).

Si no hay sentido, no hay tiempo, la vida no fluye. Parecen escindirse el tiempo de las "cosas" y el tiempo interno, el quedarse sentido a las cosas: "es como estar detenido en la vida... ¿cómo reír si tu compañero puede estar siendo torturado en ese mismo momento?, ¿cómo disfrutar tranquila el aire, el sol, las flores?, ¿cómo jugar con mi hijo?" (G.B.). Como lo señala X. Barraza, "enclaustrado al límite de su piel, el hombre deja de ser histórico, pierde la capacidad de proyectar" (1). La separatividad que le implica la experiencia la enajena de todo ciclo vital: "¿han sentido ustedes una rebeldía contra la naturaleza? ¡Por qué miércales están creciendo los damascos en mi casa! ¡No tienen derecho, no tienen que florecer! (2). Parece ser que incluso aquellos fenómenos aparentemente más externos al ser humano, como la naturaleza en este caso, son filtrados por el sentido. Todo se lee a través del sentido; el florecer de las "cosas" no reemplaza su ausencia.

El dolor parece así relegar al sujeto aquellas zonas de la realidad donde los sentidos nacen y mueren: "¿qué guerra hay? ¿cuándo comenzó todo?"

(1) BARRAZA, Ximena; *Notas sobre la vida cotidiana en un orden autoritario*, en ARAUCARIA N° 1, Ed. Míchay, España.

(2) MENSAJE, op.cit. p.481.

(I.M). Ha sido expulsada de la realidad -ese espacio social que, aunque no era paraíso, permitía al menos imaginar un sentido en él-; y desde esa tierra de nadie -su 'otra realidad'- mira a la vida 'normal': 'en mis infinitas diligencias de ese primer año viví un mundo de pesadilla... en cada auto que pasaba rugiendo por las calles veía a seres indiferentes lejanos, como si fueran de otra raza, como si hablaran otro idioma. Recuerdo que varios meses después tuve que ir a Providencia y se me ocurrió entrar a conocer el tan mentado Edificio Caracol Los Leones. Empecé a subir pero de pronto me detuve. Sentí unas náuseas incontinentes y tuve que salir rápidamente. ¿Es que no se dan cuenta -pensé- que todo ese lujo está construido sobre la sangre, la tortura, la delación y el odio?' (1).

Parecieran coexistir dos realidades: una, que anuncia la llegada del 'nuevo mundo' y ofrece los bienes de salvación del mercado, la 'modernidad'; y tras esos anuncios esta población fantasmal atada al reverso de las cosas, sopechosa de todo anuncio de vida pues desconfía del material sobre el cual ésta se levanta: 'empecé a sentir odio por la vida despreocupada de los estudiantes universitarios, por esa alegría juvenil que daba un aire de 'normalidad'. Sentía que cada risa era una ofensa a mi dolor' (M.A.P.) (2).

Frente a 'la' realidad se instala como un reverso inmanente una 'otra' realidad. Ambas coexisten y desde allí se disputan los signos de vida y de muerte. ¿Quién porta los signos de vida: aquellos que se afanan en levantar un nuevo mundo aunque sea sobre un trasfondo de muerte, o los que claman que no pueden nacer vida si se funda sobre la muerte? Esta disputa de sentidos se hace presente conciente e inconcientemente en el conjunto de los actos de la sociedad, y resignifica ambos términos en su memoria colectiva.

EL "PODER" Y LA "RELIGION", DOS UNIVERSOS CUESTIONADOS

La experiencia de la búsqueda implica para los familiares el cuestionamiento de dos universos simbólicos fuertemente arraigados por su capacidad para ordenar el mundo, por la compulsión psicológica y moral que se experimenta frente a ellos, como son el 'poder' y la 'religión'.

El poder ya no aparece para los familiares como una abstracción guameciada tras la polivalencia del lenguaje, pues adquiere ahora una carnalidad cotidiana en tanto debe relacionarse con él para inquirirle una respuesta. Se confronta el símbolo con los hombres que lo aportan: 'yo fui a hablar con un general que era conocido de mi familia. Me atendía su secretario, un hombre lleno de adornos, de borlones rojos, en fin, el secretario de un general. También era muy atento. Me dice: "Señora, ¿cómo está usted?, ¿cómo se siente? ¿cómo está su salud? Dice mi general que por favor le dé nuevamente los datos porque se le extraviaron los que usted le había entregado' (3).

La experiencia de la humillación y de la impotencia frente al poder implica una percepción distinta del lugar personal que se ocupa frente a él: 'entonces empecé a sentir con fuerza lo que significa ser ciudadano de segunda o

(1) Orrego, C y Verdugo, P; op.cit. pp. 169-70

(2) Idem p. 134

(3) MENSAJE, op.cit. p. 480

tercera categoría" (M.A.P.) (1). Frente al poder el sujeto es otro y hay una revalorización del sentido del poder y de las formas de su ejercicio en esa sociedad: "de pronto descubrí que los uniformados eran como enemigos y que los jueces administraban la justicia para sustentar lo que se ha dado en llamar el 'orden establecido'" (F.C.) (2).

Respecto a la cultura política anterior, donde la 'fuerza' y la 'violencia' aparecían como elementos, si no ajenos, al menos marginales en la constitución de la sociedad, esta experiencia frente al poder implica una percepción quizás menos "ingenua" frente a él, donde se constata que estos fenómenos están presentes en la vida cotidiana de la sociedad y que la constituyen como tal: "no había experimentado aún en mí misma la dureza ciega de los poderosos cuya única norma es la fuerza" (F.C.) (3).

Asimismo, determinadas valoraciones internalizadas mediante la religión cristiana, son también remecidas por una experiencia que parece exceder a ésta en su capacidad para responder al individuo ante el dolor y la impotencia que experimenta. Los sentimientos de odio y venganza aparecen en muchos familiares -"quería matarlos a todos, torturarlos, despedazarlos"- (4) y si bien el planteo último es no darles curso -"venganza no, porque creo que si pedimos venganza nunca terminarían estas cosas en nuestro país"- (5), ello provoca fuertes tensiones psicológicas y morales en relación al nomos religioso: "porque yo tengo rabia, indignación, y si en un momento pudiera matar a alguien, lo haría... porque cuando uno piensa en el muchacho es una impotencia... Yo ahí como que borro el mandamiento de 'no matar', ya llegará el tiempo en que diré 'Señor, voy a analizar un poco, voy a pensar en ti'. Pero a lo mejor mi indignación es tal que no me permite ver el lado cristiano. Si mi hijo hubiera sido juzgado como uno pensó que tendría que haber sido, la situación habría sido diferente... Entonces yo a veces pienso en Cristo, pienso en matar, entonces: ¿dónde estoy?, ¿estoy bien?, ¿no estoy bien?" (I.M.).

En otros, el conflicto no llega a cuestionar los "mandamientos básicos", pero éstos se ven tensados en la medida que el individuo busca una adecuación de sus preceptos a las condiciones de su experiencia. Persona y religión parecen tener profundos momentos de desencuentro cuando la pura apelación al discurso religioso no calma el dolor ni aminora la impotencia: sólo parecen encontrarse cuando el individuo terrenaliza y personaliza aquellos principios buscando su adecuación a las condiciones de su experiencia: "para perdonar yo tengo que saber a quién perdonar. Si a mí la Iglesia me dice 'perdona', yo no sé quién hizo desaparecer a mi esposo y a mis dos hijos. Para poder tener esa tremenda capacidad, sobrehumana, de perdonar este crimen, yo tengo que saber quiénes son culpables. Lo mío no ha sido producto de un 'conflicto social': yo lo que sé como madre y esposa es que a mí me detuvieron a los míos el 29 de abril de 1976. Y yo quiero saber quién los detuvo" (A.G.).

(1) Orrego, C y Verdugo, P; op.cit. p. 134

(2) Idem. p. 170

(3) Idem.

(4) MENSAJE; op.cit. p.482

(5) Idem.

Aunque nunca se rompe del todo con la tradición religiosa -"a mí me educaron en un colegio religioso, y me enseñaron a no tener rencor ni odio contra la gente" (1), es evidente que la experiencia replantea las relaciones entre personas y religión. En muchos se acentúa el acercamiento a la religión, pero sobre otras bases, lo que grosso modo puede ser visto como una secularización del discurso religioso.

En los distintos ámbitos que impresionísticamente hemos descrito los referentes anteriores se ven rotos o cuestionados, y resultan incapaces por sí mismos de responder por la actual experimentación de las cosas. Junto a una crisis de sentido que recluye al familiar en un sí mismo que lo incapacita para proyectar, se da una descomposición del nomos que le servía de referencia y que le permitía imaginarse de una manera particular dentro de la sociedad.

A partir de esa ruptura de la identidad anterior la experiencia colectiva de la Agrupación aparece como un ámbito que les permite a los familiares reconocerse en esa crisis de sentido y, a la vez, generar condiciones para crear sentidos alternativos. Nuestra hipótesis es que el significado de la Agrupación excede a la pura búsqueda de información y es en lo fundamental un ámbito de resocialización en tanto permite la constitución de una nueva identidad social: a partir de una situación de no-pertenencia y de ausencia de sentido, la AFDD aparece como un ámbito que posibilita reconocerse en la sociedad y recrear un sentido en ella.

LA AGRUPACION COMO UN AMBITO DE RESOCIALIZACION

Al comienzo la Agrupación aparece como instrumento para buscar una respuesta y como un ámbito cuasi-terapéutico. Es difícil hablar allí de identidad grupal más allá del objetivo de la información y de la angustia compartida: "hadie se conocía y al comienzo nos mirábamos con curiosidad, a veces con desconfianza porque éramos todas diferentes y siempre estaba latente el temor de la infiltración... de los servicios de seguridad. Nuestros hijos y hermanos eran de distintas ideologías y hay muchas como yo que no han tenido nunca una participación en política..." (F.C) (2).

Junto a esta heterogeneidad, a la inexperiencia y al temor hay otro conjunto de elementos, externos e internos a la Agrupación, que constituirán el marco de un lento, engorroso y discontinuo proceso de maduración e identificación como grupo. El problema económico; de los hijos -"mi hijo... ¿es posible que crezca junto a esta madre sin alegría?, ¿es ineludible su destrucción por la situación que vivimos?, ¿está condenado a vivir sin padre y además sin madre?" (G.B.)-; el problema afectivo -tener otra relación amorosa aparece en primera instancia como una traición a la imagen del desaparecido-; el estigma social de ser "familiar de desaparecido"; para muchos, una marginación de sus propias familias; los amedrentamientos constantes de los servicios de seguridad y de comandos fantasmas, etc., son todos problemas que a la vez que distancian a la Agrupación de la vida "normal" de la sociedad, generan una suerte de cotidianidad límite que recrea la identidad de sus miembros.

(1) Orrego, C. y Verdugo, P.; op. cit. p.90.

(2) Idem, p.p. 171-2

Así, aunque de una manera asistemática, la Agrupación va progresivamente ensanchándose para poder ir dando cuenta del conjunto de aspectos que constituyen ahora la realidad de sus miembros. Siendo el eje la búsqueda, debe ir incorporando a su rodaje diario un cúmulo de elementos que constituyen ahora su ser social. Allí, las asistentes sociales, sacerdotes, sicólogos, abogados, etc., juegan un importante rol de apoyo, tanto respecto a las cuestiones técnicas relacionadas con la búsqueda, como en un sentido más psico-social: ellos aparecen como los mediadores entre la Agrupación y la "vida normal", permitiéndoles retomar la conversación con la sociedad, interrumpida por la marginación y el solipsismo a que conduce el desaparecimiento.

El dolor vivido colectivamente parece así adquirir otro sentido que su experimentación aislada e individual. En este último caso se tiende a conductas más desesperadas: según sicólogos que trabajaron con la Agrupación, el apoyo grupal explica en gran medida la no presencia de conductas patológicas frente a los quiebres emocionales. Pareciera que reconocer el carácter colectivo de la experiencia permite retomar un lazo con la vida y la sociedad, un primer intento por salir del sin-sentido: "le da sentido a mi vida, porque un día que yo faltó a la Agrupación me falta algo... es como que el día queda en el aire" (D.M.). La Agrupación parece recoger a ese ser desamparado frente al poder y desconocido ante sí mismo: "allí teníamos un espacio para compartir acerca del familiar desaparecido que no existía en ninguna parte" (G.B.). El contacto con los otros en esferas que sean significativas para el sujeto permite establecer los primeros puentes para salir de la anomia pues, aunque por sí mismo ello no supera el sin-sentido, permite comenzar a nombrar la experiencia, base comunicacional sin la cual es impensable la creación de sentidos.

Así, la Agrupación deja de ser sólo un medio para un fin, o un espacio físico de encuentro, para convertirse en un ámbito de resocialización que llena un vacío simbólico y material: "la Agrupación que es mi segunda familia" (1). Parece darse una reeducación, un proceso de aprendizaje colectivo en torno a las nuevas necesidades que enfrenta: "el tipo de educación que se va dando allí es distinta a la que se da en el partido político. Las charlas que se han dado están más bien determinadas por las necesidades del grupo. Pero también hay un diario mural, hacemos comentarios de noticias, pero todo eso se hace sin grandes aparatajes ni grandes sistemas de planificación, se va haciendo de acuerdo a las necesidades del grupo. Y en todas esas formas el interés es muy fuerte. La gente se va haciendo perita en sus intereses. Por ejemplo, en recursos de amparo, actas constitucionales, etc., en que van aprendiendo no sólo la cuestión técnica, sino también el contexto de todo eso, el por qué se da así, etc.. Si tú explicas el carácter político de las Actas Constitucionales, las señoras están calladitas en la sala, escuchando con una atención que llega a dar miedo" (P.P.).

LA GENESIS DE UNA MORAL ALTERNATIVA

Desde el punto de vista de la sociedad la Agrupación deja también de ser solamente un grupo de presión en función de su demanda, para constituirse en un campo de significación específico en el orden en que surge, donde aparece como germen de una moral alternativa. No queremos con ello magnificar el rol

(1) MENSAJE; *op.cit.* p. 482.

de la Agrupación pues no pensamos que por sí misma, esto es, por el puro sentido que ella porta, sea capaz de constituirse en un referente alternativo global al orden actual. Más bien creemos que actualmente éste no existe: no hay un actor, un movimiento social o político que aparezca como el aglutinador del conjunto de sentidos que, de forma más o menos dispersa, y más o menos consciente, aparecen en oposición al orden autoritario; lo que constatamos es, por el contrario, la existencia de demandas atomizadas y dispersas -a la vez que individuos y grupos escindidos moral e ideológicamente- que en general tienen como referencia a la sociedad anterior (defensa de "derechos adquiridos"), y que por ello no logran aparecer ante la sociedad como "reinención de la historia" a partir de las transformaciones operadas en la sociedad.

La especificidad de la práctica de la Agrupación es que, aunque tampoco logra reinventar la historia de la sociedad como totalidad, logra sin embargo crear una moral que posee un sentido alternativo a partir de las propias oposiciones surgidas del despliegue del orden autoritario. Pues aunque la Agrupación también actúa según una lógica de "recuperación", desarrolla a la vez una praxis que no es pura negatividad o defensividad sino que logra generar una moral -como proposición de "vida buena"- que se contrapone a un campo de la moral dominante. La moral que funda la Agrupación, aunque no da cuenta de la totalidad de ese orden, se instala en él como un campo de significación que ya no sólo emite señales para aquellas zonas límites de la negación, sino que alcanza una capacidad de irradiación que puede potencialmente interpelar a una política, una cultura y una psicología del terror y del temor (de la muerte) que de distintas formas inhibe (reprime) acciones e identidades sociales.

En el caso de los familiares es la experiencia límite del dolor lo que constituye la base primaria de la moral que surge de su práctica. Dolor cuya especificidad reside en una cercanía a la muerte que es permanente incertidumbre: nunca hay confirmación ni clausura total de los hechos, no hay fin del ciclo vida-muerte sino una recurrente ambigüedad que hace transitar desgarradamente a los familiares entre dos mundos, sin estacionamiento definitivo en ninguna zona. En la muerte "normal" (o por causas generalmente llamadas naturales) el shock queda relegado a zonas psicológicas y sociales relativamente limitadas: aunque la experiencia revela la fragilidad de nuestra existencia y remueve nuestras fórmulas rutinarias de operación en el mundo cotidiano, en general esa muerte no nos hace recurrir a explicaciones fuera de nuestro nomos habitual: ella es explicable dentro de sus fronteras. En cambio este tipo de "muerte incierta" -como ausencia que es permanente y ambigua presencia- implica para los familiares su expulsión de ese nomos y la introducción a ciertas zonas colectivas en la constitución de la identidad, tanto en un sentido psicológico como social. Por un lado, psicológicamente requieren preguntarse por el carácter de la sociedad, y verse a sí mismas como parte de ella, única forma de comenzar a explicarse la naturaleza de esa ausencia; y, por otro, son obligadas a salir de sí mismas e inquirir compulsivamente a esa sociedad por una respuesta, reconociendo en esa experiencia los principios colectivos que constituyen sus nuevas identidades.

Esto revela un momento donde drama personal e historia parecen encontrarse y constituirse al unísono. Ya no se es sólo el partícipe de una cotidianidad cuyos rituales parecían no sufrir grandes alteraciones y que no reclamaba de sí sino un mínimo de actividad, un "estar allí", un respetar mínimamente las reglas y "vivir". La historia comienza a pasar ahora directamente a tra-

vés de la persona: "han tocado en mi vida lo más sagrado que tengo" (I.M.). Su propio drama se va tejiendo ahora junto a aquél otro que parecía tan lejano a su quehacer cotidiano: persona e historia parecen reencontrarse y rehacerse juntas. Su vida ha sido ensuciada por la historia. Recobrase y reconcese, nacer de nuevo, la obliga a salir al ruedo cotidiano donde se disputa el curso y el sentido de las cosas. Requiere ahora dotar a las cosas de un sentido que nadie asume ya por ella. Esto aparece como una necesidad radical que provoca acciones que rompen con prácticas anteriores: "he ido a las huelgas de hambre, a los encadenamientos, he salido a la calle y ya me han detenido cinco veces. También me han molestado los del 'servicio de inteligencia' prehuntándome un montón de cosas. Y no consiguen asustarme porque no tengo nada que perder" (C.V.) (1).

Este momento límite del conflicto aparece como el momento constituyente de la identidad del grupo en relación a la sociedad como totalidad. Pues en esa lucha desenmascara no sólo al poder, sino que también la Agrupación se descubre a sí misma en la totalidad que la constituye. Como lo señala A. Touraine, "la participación en las luchas sociales crea una conciencia de identidad social...; la relación con el poder es lo que constituye sólidamente la identidad (social) (2).

A partir de un punto límite de la negación (que situamos fundamentalmente en la huelga de hambre "larga" de mayo-junio 1978, donde ya ni el intento de inmolación colectiva parece conmover a un poder que demuestra actuar con una lógica y una moral donde su demanda no tenía ningún valor), la Agrupación deja ya de actuar sólo en autoreferencia a su demanda, y su práctica comienza a afirmar criterios de generalidad que superan su propia particularidad como grupo y arrancan de una raíz moral alternativa. A partir de la negación absoluta de su individualidad -su demanda particular-, la Agrupación se reconoce formando parte de la totalidad social que la constituye; y su práctica parece afirmar ahora un sentido que ya no sólo tiene a su demanda como referencia sino a aquella totalidad.

EL DOLOR Y LA MUERTE EN LA GENESIS DE LA NUEVA MORAL

Hay experiencias en otros ámbitos que iluminan a este respecto. Raúl Zurita, dentro de una búsqueda poética, realizó lo que él denominara una "programación del dolor". A través de sufrir programadamente el dolor en carne propia -cortes en el rostro, quemazón de la mejilla, etc.- Zurita señala que "la exacerbación de ciertas situaciones límites significan finalmente la absoluta anulación de la individualidad. Se termina por tocar zonas compartidas, aquellas oscuras en que no se es 'ángel ni demonio' como diría Parra" (3). Su experiencia no se realiza por azar: intenta dar cuenta del dolor colectivo que impregna a su Patria, a quien le escribe: "Chile no encontró un sólo justo en sus playas. Apedreados nadie pudo lavarse las manos de estas heridas" (4). Su mirada apunta a explorar el significado del dolor como elemento constitutivo de una identidad colectiva, y por el significado de sus heridas en la vida de los individuos. En última instancia, señala, "a través de sufrir el dolor se

(1) Orrego, C y Verdugo, P.; op.cit. p.164

(2) Touraine, A.; op.cit. p.266.

(3) HOY N°189, 4-10 marzo 1981

(4) Las Utopías en Ganimedes/G. Ed. Ganimedes, Santiago, Noviembre 1980.

adquiere la responsabilidad de eliminarlo" (1).

En otro contexto, Octavio Paz alude a lo mismo: "en el momento último, cuando ya nada queda en nosotros -pérdida del yo, pérdida de la identidad- se opera la fusión con algo ajeno y que sin embargo es nuestro, lo único en verdad nuestro" (2). Aunque el texto de Paz apunta fundamentalmente a un tipo de "fusión mística" -con el Todo, con el Universo-, es posible recoger la dimensión social de la afirmación, esto es, una ruptura que al provocar un vacío de identidad genera el reconocimiento de una totalidad más inclusiva que nos constituye; ruptura que nos hace reconocer nuestro sentido y nuestros límites en esa sociedad. Paradójicamente tal momento es a su vez el momento de la libertad; sólo cuando reconocemos lo que nos constituye podemos optar; sólo cuando tenemos una imagen verdadera de nosotros mismos -de lo que nos hace y nos mueve- es posible asumimos y transformarnos. Momento trágico de la libertad, donde se asume la responsabilidad por la propia existencia a partir de la trama real de relaciones que nos condiciona y posibilita.

En relación a la Agrupación los elementos anotados permiten introducirnos a los ejes fundamentales que identifican la moral que surge de esa experiencia. Analizaremos dos ejes -"vida-muerte", "dominantes-dominados"- que acercan a una caracterización más acabada de esa moral.

Un primer eje, "vida-muerte", surge como momento originario de esa moral. La interpelación de la vida, por el contexto en que se da, es a la vez vital ("humanitaria") y política, en la medida que el poder se constituye a través de su negación. Es un reclamo primario por la vida como valor -que es casi un grito-. En el momento de cercanía a la muerte brota como un instinto de conservación frente a la posibilidad de la anulación. Allí parece darse un redescubrimiento del valor que adquiere la vida en esa sociedad: "estamos vivas, y esta es una palabra muy importante en el Chile de hoy" (3).

Sobre este valor primario se levanta la moral que surge de la práctica de la Agrupación: la valorización de la vida en su acepción más amplia, tan amplia que casi llega a perder significado: aquello que nombra aparece como incomprensible para quien no ha estado en contacto con su negación, o para quien no la ha percibido. Aquello que nombra, antes que un sector social o un programa, es una voluntad de salir de la muerte y de impregnar de vida los actos personales y colectivos para que no sean más no-vida: "¿hasta qué punto mi pequeña y silenciosa muerte en vida no era una manera de hacerlo desaparecer nuevamente? Sentí que no podía permitirlo, que la vida es más fuerte que la muerte y que yo quiero luchar por la vida" (G.B.). Esto no parece una pura defensa personal -"mi" vida, o la vida de "mi" desaparecido- sino el reconocimiento del nuevo valor que adquiere la vida y la muerte: su experiencia es el descubrimiento de un principio de totalidad que constituye a esta sociedad, uno de los ejes que la identifica como tipo de sociedad.

(1) HOY: *Idem*.

(2) Paz, Octavio; *Corriente Alterna*; Ed. Siglo XXI, México 1973, p. 87.

(3) MENSAJE; *op.cit.* p. 484.

Es desde allí donde la AFDD lee la realidad, y es desde allí donde ahora adquiere sentido su relación con los otros: antes que de un análisis ideológico sobre el carácter de las relaciones sociales, lo que en principio da sentido a esa relación es algo más primario: "de una cuestión emocional va surgiendo la necesidad de incorporarse. La cuestión emocional va abriendo los caminos y voy viendo lo que significa socialmente" (I.M.). Esa es la materia prima de un nuevo tipo de lazo que adquiere la Agrupación con la sociedad. Pues a partir de esa "emoción" -vista como la necesidad que constituye a la Agrupación- comienza a ver "lo que significa socialmente". En la práctica esto implica el reconocimiento de condiciones de vida común con otros seres: "mi dolor me hizo tomar conciencia de todos los dolores... uno pasa a hacer el problema del preso político, del que está sin trabajo, sin casa, del poblador, yo creo entonces que uno va asumiendo todos los problemas" (I.M.).

Se da así una transición del yo al otro a través de un tipo de experiencia que lleva a reconocer principios comunes de relación entre grupos y personas, y con el mismo orden social en el que actúan. A través de su lucha la Agrupación va así desarrollando otro principio de diferenciación e identificación, que lo denotamos a través del eje "dominantes-dominados".

A través de su praxis la Agrupación deja de verse a sí misma como pura individualidad que defiende una demanda particular, y progresivamente se va reconociendo como parte de un conjunto de grupos que comparten signos comunes respecto al poder. Este es un elemento del cual hay conciencia en la Agrupación desde sus inicios, pero que sólo se actualiza como praxis cuando su demanda es negada en el límite -cuando incluso la ofensa de la propia vida no provoca una respuesta del poder a su demanda-, momento donde su práctica asume principios de generalidad que exceden a la defensa de su valor y que la ligan a otros sectores sociales: "hay muchos que viven este tipo de situaciones extremas en Chile y en ellos encontramos siempre mayor solidaridad: los cesantes, las madres de los comedores, los presos, exiliados, relegados, estudiantes y profesores exonerados de las universidades. El número va creciendo. Hay una energía que va en aumento y busca su expresión" (1).

En las afirmaciones reproducidas constatamos que la identificación que se produce no es en relación a una clasificación de "sectores" o "clases" basada en un análisis ideológico a priori, sino que se da con grupos y personas concretas que han experimentado una situación evidente de marginación social. El principio de generalidad que surge de allí -los "dominados"- es el producto de una praxis donde se reconocen condiciones de vida común y donde se crea un lenguaje que nombra sus particularidades a través de él. Su alusión no es a los "estudiantes" u "obreros" en general, sino a aquellos sancionados por el poder en el despliegue de su estrategia, lo que los hace reconocerse como partes de una misma negociación.

Así, la moral que surge de la práctica de la Agrupación, resulta de la fusión de los dos ejes descritos, vistos como dos niveles de la praxis: uno, que se plantea el problema de la vida-muerte como oposición fundante de esa moral, de donde surge una "voluntad de vida" y una interpelación a la sociedad por ese valor; y otro, que incorpora la relación más genérica de "dominantes-dominados" como principio de identificación en la sociedad. Son ambos niveles

(1) MENSAJE, op.cit. p.484

los que explican a la larga la experiencia de la AFDD: situar la significación de su experiencia únicamente en el ámbito de la "vida" como noción abstracta, desustancializa la experiencia; y situarla sólo en el ámbito de las "fuerzas sociales en pugna", niega la especificidad y la fuerza simbólica de la Agrupación en el nuevo escenario de relaciones sociales.

En este sentido es en la noción de "solidaridad" donde ambas dimensiones pueden articularse, y ligarse además con experiencias que, aunque disímiles, tienen ejes comunes en relación al orden social. La noción de solidaridad se inserta en ese orden como un campo de significado que porta un principio de generalidad que da sentido a prácticas disímiles y a veces dispersas, pero que tienen en su base una experiencia común respecto al orden social como totalidad. Por otro lado, esta noción permite también introducirse en el ámbito cultural más general de donde surge la identidad específica de la AFDD. De hecho, tal identidad es incomprensible si no se la ve atravesada por el diálogo entre dos culturas políticas presentes como un trasfondo que a la vez que informa a esas prácticas es recreado por ellas; por un lado, la cultura política de la izquierda y el marxismo que enfatizan la división de la sociedad en clases; y por otro, la cultura humanista cristiana que pone el énfasis en la identidad esencial de los hombres en tanto hijos de Dios. No tenemos los elementos como para afirmar o negar si la noción de solidaridad se constituye socialmente como una síntesis de ambas culturas (al menos en el sentido común), pero sí es evidente que ella aparece como un campo de diálogo político-cultural entre distintos grupos que comparten una experiencia social común en el orden autoritario.

La "moral de la solidaridad" que surge de la práctica de la Agrupación pareciera entonces condensar, de una manera asistemática y rudimentaria, una parte importante de la memoria política, cultural y nos atrevemos a decir corporal, de un conjunto de sectores sociales que comparten zonas comunes de vida respecto al orden autoritario. Y en este sentido, la experiencia de la Agrupación aparece como un momento sacrificial de esa memoria: hay un momento, un paisaje en esa memoria que es esas muertes, y ello aparece como el origen sacrificial de una moral alternativa. Por otro lado, ella se presenta además como un sedimento o germen de una concepción de mundo que no surge de un discurso ideológico o de una necesidad de estrategia política, sino la praxis de un conjunto de actores sociales que crean y se reconocen en esa interpelación. De esta forma la experiencia de la AFDD trasciende a su propia historia y se conecta con la historia de la reconstrucción de un sujeto social que desde distintas zonas del orden autoritario busca generar sentidos y formas alternativas a él.

A MODO DE CONCLUSION: "SOLIDARIDAD" COMO UNA IDEA DE CHILE

"¿Cuál es el Chile, la virtualidad, la idea de Chile que hoy germina y que puede albergarnos, después de décadas de tanta euforia y espanto, cuando nos asomamos con la humanidad a un nuevo siglo?"

J. Martínez; E. Tironi: La Idea de Chile

"La palabra libertad es lo único que todavía me exalta".

A. Breton: Manifiestos del surrealismo

La noción de "solidaridad" aparece actualmente como un referente de identidad presente en un conjunto de actores sociales que sobrepasan a un puro espectro de clase y que, antes que una necesidad de adecuación táctica a las nuevas circunstancias políticas, expresa una experiencia que con distintos grados de elaboración se rebela frente a un modo de organización de la sociedad.

Ello no implica por oposición idealizar una incipiente "cultura de la solidaridad" que en muchos planos contiene rasgos de frustración y desarraigo debido a las experiencias traumáticas del pasado y a la marginalidad del presente; ni tampoco buscamos ensalzar sus contenidos por el hecho de que participan allí algunos "sectores populares", en tanto pertenecer a un estrato popular no exime en sí mismo de egoísmos y alienaciones: allí puede encontrarse tanto una rebeldía frente al orden como una fuerte intención de integrarse a él.

Sin embargo, en las "experiencias solidarias" surgidas con posterioridad a 1973 -fundamentalmente en el campo de los Derechos Humanos, del trabajo ("Bolsas de Cesantes", Talleres, etc.) y de la alimentación (Comedores Populares), etc.-, intuimos la aparición de prácticas sociales que junto con ser una respuesta inmediata a situaciones opresivas generadas por el poder, prefiguran una concepción del hombre y de la sociedad alternativa, estableciendo además un diálogo con la cultura política anterior.

Estas prácticas surgidas allí donde el poder ha hecho sentir en forma límite su estrategia, retrotraen a los individuos a sus necesidades más inmediatas, apareciendo así más como un enfrentamiento cotidiano a las situaciones generadas por el poder -como creación de distintas "estrategias de supervivencia"- que como programa político o ideológico. Si la política es fundamentalmente proyectiva y universalista, estas prácticas son antes que nada inmediatistas y particularistas; son una respuesta a necesidades concretas negadas por el poder que en su misma inmediatez replantean el carácter de esas necesidades. A partir de la experiencia de la negación y del enfrentamiento cotidiano a ella, los problemas de la "vida", el "trabajo" y la "alimentación" son allí experimentados de otra forma que la impuesta por el orden dominante: el sentido de los "otros" y el énfasis en la "responsabilidad colectiva" aparecen como valores y prácticas contrapuestas a una moral del mercado individualista y a una moral de la muerte que justifica la anulación del opositor.

Esta cultura desarrollada en condiciones límites encuentra también resonancias en importantes sectores del movimiento estudiantil, obrero y en núcleos de intelectuales que experimentan de otras formas la negación del orden. En su conjunto estas prácticas e invocaciones son la base de un movimiento social que germinal y contradictoriamente se desenvuelve en el nuevo orden, buscando desarrollar formas y contenidos que superan tanto las negaciones del autoritarismo como también las propias concepciones políticas, culturales y económicas, insuficientes para enfrentar la nueva realidad social. Este movimiento rudimentario y disperso se debate entre una memoria cautiva de sus traumas y lastres político-culturales, y una rebelión ante el presente que, aunque lo condena a vivir una situación de marginalidad social y de desarraigo frente a la Nación, es a la vez capaz de imaginar y llevar a cabo nuevas formas de relaciones sociales y políticas.

Profundizar en esta incipiente concepción de mundo que surge de la experiencia de importantes sectores sociales es un camino teórico y práctico fecundo para desarrollar una propuesta que sea a la vez capaz de aparecer como un horizonte alternativo para la sociedad como totalidad y de enfrentarse críticamente a su pasado, superándolo.

Pues la capacidad de imaginar un "mundo mejor" no se resuelve a través de mecánicas rearticulaciones clasistas-tacticistas sino a través de indagar en el nuevo carácter que adquieren las relaciones sociales en el autoritarismo, en el nuevo tipo de actores y problemas que crea, y en las condicionantes que ello pone para una propuesta alternativa. Esto obliga a superar las concepciones maniqueístas respecto a las identidades sociales en las cuales la propia identidad aparece constituyéndose únicamente en oposición a un otro -ya sean "pecadores", "burgueses" o "enemigos de la patria"- a quien se le confiere todos los rasgos del mal, idealizando por lo tanto la propia imagen como encarnación del "bien" y de todas las virtudes de la humanidad. Tal tipo de moral inquisitoria, ya lo sabemos, constituye una antesala del totalitarismo.

De igual modo, las contradicciones actuales del capitalismo autoritario no se remiten sólo al eje de las "clases", de los intereses económicos-corporativos de distintos sectores sociales o de la política represiva, sino que se afincan en una crisis moral que tiene raíces en su misma concepción del hombre, de la economía y del poder; y que como tal ésta excede al puro ámbito nacional y se enmarca dentro de la crisis más generalizada de una civilización que, aunque es difícil de prever en sus consecuencias inmediatas, se manifiesta actualmente en el terreno ecológico, en la política armamentista y en la vida cotidiana misma como "crisis de sin-sentido", como exasperación colectiva de un modo de vida que manifiesta sus insuficiencias para regular la vida social.

La proliferación de movimientos, ecológicos, antibélicos, la creciente demanda por "salud mental" (y todo ello expresado no sólo como movimientos sino fundamentalmente como necesidad generalizada de una civilización), así como la adhesión actual al movimiento polaco y a la disidencia en los "socialismos reales", revelan un doble descontento: contra un tipo de sociedad industrial tecnocrática, "cosista", cuya utopía se fundó ilusoriamente sólo en los

bienes ofrecidos por la "Ciencia" y el "Progreso", y contra un tipo de sociedad burocrática que invocando valores universalistas es capaz de aplastar a los individuos.

Una síntesis superior a ambas propuestas es la tarea práctica e intelectual de nuestro tiempo, cuestión que debe enfrentarse no sólo en los discursos políticos sino en la vida cotidiana misma como proposición de formas de vida y sentidos que, aunque no apunten en forma inmediata a la problemática del poder, sean capaces de aparecer por el momento como referentes colectivos para una práctica alternativa.

El desfase actual que se percibe entre literatura y sociedad, y entre la política y la gente, responde a la distancia entre aquellos discursos y las necesidades y frustraciones diarias, Gurús, adivinos, animadores de TV, cantantes, psicólogos y artistas son hoy interlocutores más válidos para la gente que las ya clásicas propuestas sociales y políticas, agotadas en su forma y contenidos. Este inmediateismo -el aquí y ahora de las necesidades-, aparece como un sano intento de asumir las propias insatisfacciones en general ello va hoy acompañado de un desentendimiento de la sociedad como totalidad, clausurado con ello la posibilidad de su transformación, sólo factible como práctica colectiva, como asunción colectiva de la historia.

Tender los puentes entre el hoy y el mañana, entre individuo y sociedad (persona y estructuras), entre intuición y razón, ciencia y espíritu, immanencia y trascendencia (vida y muerte) son los desafíos que cotidianamente enfrentamos.

88 p. 8

LT. 90 am tapes /



El Area de Estudios e Investigaciones de SUR busca promover el pensamiento académico libre de los profesionales ligados a la institución, constituyéndose en un lugar de enriquecimiento humano y teórico de los mismos. Busca, en particular, fomentar un diálogo riguroso en torno a los grandes problemas nacional en lo económico, social y político.

PROPOSICIONES es un publicación interna del Area de Estudios e Investigaciones de SUR, orientada a promover la crítica sobre su labor y a extender la invitación a otros medios intelectuales y profesionales a incorporarse a sus trabajos de seminario.

PROPOSICIONES aspira a ser, en el contenido y la forma, expresión del estado actual de la reflexión crítica de un grupo intelectual: reflexión provisoria, parcial, que aspira sin embargo a revisar profundamente el pensamiento dogmático de cualquier especie, rechaza su coagulación en redacciones rígidas o articuladas en extremo. Lo que aquí se presenta por eso, más que un conjunto de artículos, es un conjunto de memoranda para un debate en desarrollo.

La esperanza es que cada memorándum despierte la discusión, la imaginación, la creatividad; que estimule el parto de un pensamiento nuevo. Ninguna de las ideas aquí contenidas proclama título alguno de autoridad, ni de verdad establecida. Por eso no se exponen: se proponen, para quien quiera recogerlas, profundizarlas o negarlas.



Area de Estudio e Investigación
boletín interno